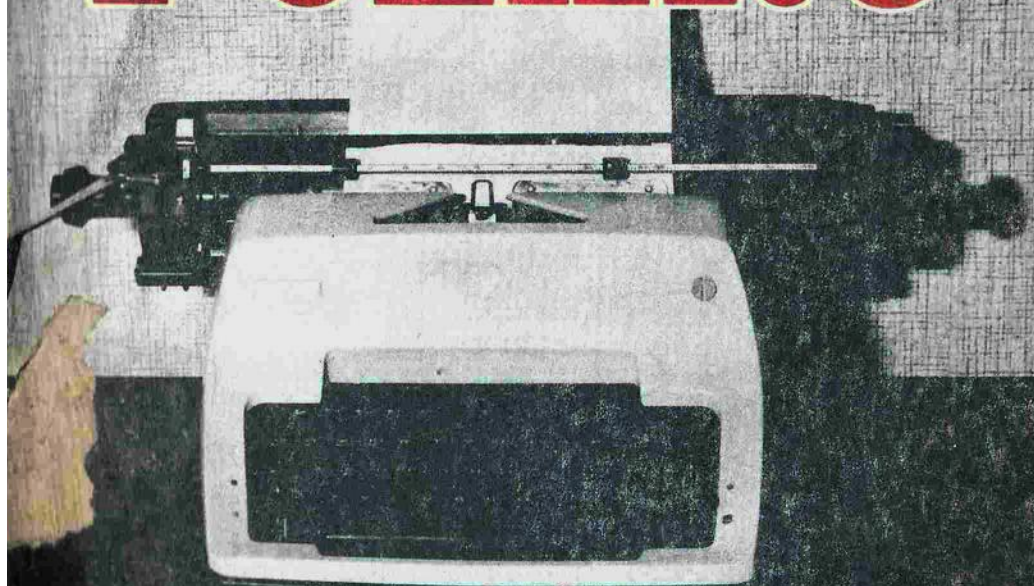


Gastón Acaña

FIRME Y CLARO



Ediciones

EL ESTANQUERO

Santiago Chile

K U K L O X . X Y Z

Es propiedad.

Nº 53.464

K U K L O X . X Y Z

Gastón Acuña

FIRME Y CLARO

*Al amigo Emilio Filippi,
con una cordialidad que nuestros
diferencias políticas no sepáran.*

GA

21/10/81



Ediciones

EL ESTANQUERO

Santiago Chile

1981

K U K L O X . X Y Z

K U K L O X . X Y Z

PROLOGO

Hace dos años, martes a martes, escribo una columna en "La Tercera".

Sueltas, acaso deshilvanadas, de seguro insuficientes, estas páginas condensan un punto de vista personal sobre lo acaecido y debatido en nuestra patria durante dicho lapso. Lapso de transición, de ajuste, cargado de promesas e interrogantes, en que tensa y estremecida el alma nacional viene buscando un reencuentro con su destino.

Muchas veces me he preguntado si es legítimo que alguien, sin más título que el de simple ciudadano, opine acerca de ese destino. Me he preguntado si es prudente, desde un rincón cualquiera que linda con el anonimato, meter baza, a veces con ira, a veces con entusiasmo, en la suerte que nuestro país se juega, donde otras voces más altas y más autorizadas riñen su preeminencia.

A responder tal objeción, que sólo mi conciencia tiene derecho a formular, viene este prólogo.

En décadas pasadas, para muchos de los hombres de mi generación, Chile fue como un sordo dolor en el costado. Nos dolía Chile. Nos disgustaba. No quiero ser injusto condenando el reciente pasado a troche y moche, propensión en que la parcialidad suele caer y hasta encenagarse. Quiero decir que Chile nos parecía insuficiente.

El horizonte patrio se había empequeñecido hasta no ser capaz de dar cabida a las fuerzas de redención y renovación que bullían en su seno. Bajo la corteza formal de las instituciones del Estado, terriblemente desgastadas por la perpetuación de malos hábitos, en lo hondo de la conciencia del país germinaba un anhelo radical de cambios, el ansia de volver a ser colectivamente una tarea, la voluntad de crear una sociedad más eficiente, más dinámica y, sobre

todo, una sociedad más justa.

Pero eso no era todo. Nos penaba, por añadidura, el remordimiento de una tradición de reciedumbre, sobriedad y grandeza, cuyo vuelo no habíamos tenido el coraje de conservar y a la que sólo podía restituírnos un Estado rector, impersonal y fuerte.

Aunque la palabra es equívoca y se ha abusado de ella zurciéndole colgajos que no le vienen o de los que no tiene menester, algunos hombres de mi generación englobábamos esa toma de conciencia en la expresión **nacionalismo**.

Que el anhelo era real lo prueba el hecho de que los partidos políticos de la época, al menos los partidos de masas, más sensibles para detectar la voluntad multitudinaria, conjugaron con estrépito la revolución, si no en sus realizaciones, al menos en sus programas. El que fracasaran en tal intento no niega la autenticidad del anhelo, sino que prueba hasta qué punto las capas dirigentes políticas se habían divorciado del país y le eran extranjeras. La unidad nacional no se logró. No se logró el consenso. Rodamos de parodia en parodia, fingiendo una renovación farsesca, donde aquellos que perseguían con sinceridad un ideal fueron superados y avasallados por el espíritu de los tiempos, por la viciosa conformación que ese espíritu había estatuido, encharcada, pacata, invencible como el peso de la noche.

Por eso mismo, en cuanto a lo que como civilidad nos toca, los hombres de mi generación, nacionalistas o no, somos miembros de una generación frustrada que no supo o no pudo construir el Chile que quería.

Ya en 1969 era obvio que las capas dirigentes civiles del país, cualquiera que fuese su origen o facción, habían desertado de su rol conductor. Los acontecimientos los habían superado y el país se desbocaba sin riendas. Hay que reconocer que en vísperas del "Tacnazo", sólo quedaban en pie los fantasmas de la vieja institucionalidad, bambalinas de mera apariencia que no despertaban adhesión, no inspiraban respeto y ni siquiera acaso temor reverencial. Ese día del "Tacnazo", a las 2 de la tarde, el gobierno no tenía más fuerzas capaces de sostenerlo que los camiones de la basura. Si no cayó fue simplemente porque las FF.AA. no deseaban ni consideraban función suya interferir en la cosa pública. Tocaba todavía a los civiles cocerse en la salsa que por su propio gusto habían condimentado.

Pero un gran desgarramiento parecía avecinarse inevitablemente. Era cuestión de tiempo. Aunque el resultado de las elecciones presidenciales de 1970 hubiera sido otro, el desenlace apenas se habría pospuesto.

Pienso que tuvimos buena suerte, ya que las cosas ocurrieron como debían ocurrir, sin casuales dilaciones. Había que despejar una última incógnita, probar una última alternativa. Tras la fracasada "revolución en libertad", el país tenía derecho a constatar si la vía pacífica hacia el socialismo era un camino o no. Si en esa ala de las capas dirigentes, casi desbordada hacia la iz-

quierda, habían aún capacidad de conducción, había mérito, había la dignidad siempre respetable de un ejemplo, o si también ella, para su desgracia, como las otras estaba ciega y era desertora.

La respuesta la conocemos y la vivimos todos minuciosamente.

Es más, me atrevería a sostener que en quienes quedó más clara y desalució más ilusiones fue en aquellos que la vivieron desde el interior de la Unidad Popular.

En todo caso, para unos y otros constituyó el postrer trago amargo del fondo de una copa.

El 11 de septiembre, cuando las FF.AA. tomaron a su cargo el peso de una responsabilidad al que las capas dirigentes civiles habían renunciado ostensiblemente, el país agonizaba hecho trizas.

Seamos francos para reconocer que si bien esa destrucción, en lo material y en la virulencia de los odios, corre por cuenta de la UP, tendríamos que remontarnos muy atrás para fijar su verdadero origen.

Nuestra patria había sido ya antes craquelada por la deshonestidad de otros ejemplos, donde competían la incuria, la obsecación partidista, el derroche fiscal, la demagogia y el sostenido castrar de los destinos nacionales, con cargo a responsables muy variados.

El marxismo no necesitó más que hincar su ponzoña con efecto de palanca en el resquemor de esas grietas o esas fisuras purulentas.

Ahora bien, las FF.AA. no buscaron el presente griego que descargamos los civiles en sus manos. Muy por el contrario, hasta el último minuto prestaron su concurso a cualquier formulación medianamente razonable que evitara el colapso, sirviendo a los últimos gobiernos con una fidelidad, una paciencia y un desinterés que éstos no hicieron nada por ganarse y que, a simple vista, no se merecieron.

Que esto haya sido así debemos atribuirlo a la hidalguía de nuestros soldados, a su profesionalismo y a su noble tradición institucional.

Fue Chile quien llamó a las FF.AA. Fue la civilidad la que las colocó ante un insoslayable emplazamiento, hostigándolas hasta la majadería en sus cuarteles, tironeándolas de las mangas de sus casacas, arrojando insolentes puñaldos de maíz bajo sus puertas.

Se engañaban no obstante, y tal vez se engañan todavía, los que creyeron que la decisión final fue motivada por esos coqueteos o esas provocaciones imprudentes. La intervención de las FF.AA. el 11 de septiembre fue un dictado severo del deber y no de otra cosa. Provino de una apreciación exacta de la magnitud de las heridas, ya irrecuperables, que el partidismo había inferido a nuestra patria.

La Unidad Popular era entonces sólo un pontón a la deriva, en que ninguna coherencia quedaba en pie y de la que huían los ratones, entregándola a los

vientos, oleajes y naufragios. Llegado el momento de los quibos, sus más vehementes líderes deshonraron bajo los catres sus ardores o los hicieron invisibles en vergonzantes buhardillas, dejando en la orfandad de los fusiles, para pagar la cuenta, a un disperso puñado de ilusos o entusiastas.

Ninguna contrición civil será capaz de pagar la obra que las FF.AA. han realizado en este interregno. Una mínima honestidad obliga a reconocer que respondieron a ese tremendo, casi imposible desafío, con una rectitud, una devoción y una claridad de miras que han ido muchísimo más allá de lo que teníamos derecho a esperar de ellas o exigirles.

El más somero de los balances permite evidenciar que en su labor titánica las FF.AA. no se han limitado a barrer los escombros de esa inconmensurable destrucción, poniendo decoro y orden, cuarto a cuarto, en una casa que hasta en sus más subalternas dependencias se había prostituido. Como en otras encrucijadas igualmente dramáticas de nuestra historia, han tenido, además, la entereza de poner en marcha transformaciones y cambios largamente pospuestos por la lenidad cobarde de quienes debían haberlos realizado y, a la vez, audacia y realismo para proponer a la ciudadanía un objetivo nacional coherente. Chile hoy es otro y, como es lógico, el que las FF.AA. se hayan excedido en tales esperanzas, es algo que el partidismo no les perdona.

Esa misma honestidad obliga a reconocer también que las capas dirigentes civiles, que el día antes no habían sabido qué hacer con el país, y que tampoco habrían sabido qué hacer con él si se lo hubieran devuelto al día siguiente, abierta o solapadamente han sido en exceso precoces para regatear a las FF.AA. la tutoría de los destinos nacionales, demandándoles una restitución prematura que en ningún caso habrían estado —ni están aún hoy— en condiciones de asumir.

En efecto, el puente de unidad que las FF.AA. tendieron sobre el abismo en este interregno fecundo ha sido construido con la adhesión y la confianza de las mayorías silenciosas; pero, al mismo tiempo —y esto también hay que decirlo!— en medio de una atmósfera hostil, de recelo, de infundado desdén apenas encubierto o, cuando más, de condicionada tolerancia, por parte de las presuntas capas dirigentes civiles, las cuales muchas veces no han podido contener su impaciencia, ni siquiera a la vista del cerco de agresión exterior, o de las sombras que se agolpaban en nuestras fronteras.

Basta hojear estas páginas, escritas a veces con pesar, pero duramente, para comprobar que no exagero.

De tal actitud, tan corta de alas, brota el principal obstáculo para un reencuentro generoso de la civilidad responsable. Reencuentro que no puede hacerse sobre la arena de 1973, ni mucho menos de 1970, emporcadas ambas por los odios y las disenciones, sino sobre la arena limpia de mañana.

Y al decir esto, no me refiero sólo a la llamada oposición, feble y ucróni-

ca, que refugia su cegata mezquindad al amparo de algunas condescendencias clericales, sino, preponderantemente, a ese clima de fronda entretejido por pretenciosos elitismos que se obstina en regatear a las FF.AA. su tarea y, ávido de heredarlas a la brevedad, con evidente menosprecio de las mayorías nacionales, se ha empeñado en construir en torno a ellas un vacío político, renegando de la madurez cívica del pueblo chileno.

Pero el 11 de septiembre no se hizo para satisfacer a una élite, ni para entregarle, por inesperada coyuntura, el goce de un poder del que su incompetencia la había privado en una larga sucesión de bochornosas jornadas. Se hizo en busca de un consenso nacional muchísimo más ancho, asentado en las bases mismas de la comunidad de los chilenos, y al que sólo un nuevo tejido social que nos reuna puede dar permanencia.

No es rehuyendo el contacto con la base social, no es ignorándola, no es desmantelando sistemáticamente las organizaciones naturales en que esa base social se cobija, hasta reducirlas a la impotencia, como daremos nueva vida al tejido social. Y esta no es responsabilidad de las FF.AA., que ya hartos han hecho; no es siquiera responsabilidad del Jefe del Estado. Es función que obliga a los civiles, a todos los civiles, y con mayor razón a aquellos que se arrojan su representatividad.

El futuro de Chile no podrá construirse en el vacío.

Pero todavía hay que decir algo más. Precisamente por el vacío político hostil, receloso o sordamente condicionado, que los espíritus de capilla vienen creando en este interregno, al alero de una reconstrucción económica que era indispensable, y que no admitía otras variantes, ha penetrado en los estratos conductores de la civilidad una corriente de frívola ostentación y exitismo, inmediatista, absolutamente extraña al carácter de la raza, que por su ramplojería a ratos espanta y a ratos exaspera con su desparpajo de chicharras.

Para los espíritus banales, que flotan en esa corriente, es como si la tarea de Chile estuviera cumplida y hubiera sido hecha para su exclusivo solaz. Los sacrificios de la reconstrucción nacional, la sangre y sufrimiento que hay de por medio, la tensión exterior que nos apremia cargada de apenas embotados puñales, el centenar de miles de trabajadores del PEM, el muy alto índice de cesantía que aún nos crucifica, la inmensa montaña de trabajo comunitario que aún queda por delante y el noble afán de restituir a Chile la plenitud de su grandeza, son desdeñables minucias que no enturbian la fruición de sus consumos, ni abochornan la demasía de sus pretensiones por ganar dinero fácil a un ritmo insaciable.

Diríase que esos espíritus banales se niegan a comprender que nuestro destino es todavía terriblemente vulnerable y que ésta es todavía hora de vigilia y de sudor, de generosidad y devoción, de abnegación y sobriedad, y no una hora de holganza, hartura y egoísmo.

Este espíritu banal, de siútica superficialidad, pervierte el sentido de la Liberación Nacional, la traiciona, y amenaza transformarse en un obstáculo aún más grave y más peligroso para el reencuentro de la civilidad, por cuanto tiende a concentrarse en la antesala de los centros vitales de decisión nacional, y su deplorable ejemplo, por venir de tan alto, tiene necesariamente que agriar la convivencia.

Personeros tal vez muy respetables en la esfera de sus aptitudes técnicas privadas, que hasta ayer no habían tenido ocasión de mediar o dirimir en la suerte del país, embriagados por la inmadurez, la administran hoy con cierta temeraria sanfazón en que parece oírse aquella frase: "Después de mí, el diluvio".

A la fronda meramente política se suma, así, una fronda financiera, y ambas mutuamente se avivan la cueca.

He aquí el enemigo.

El pueblo, en cambio, las mayorías silenciosas, con ese instinto admirable que surge del venero de nuestra tradición histórica y nuestra madurez, ha respondido a esta difícil prueba, a ratos de cruenta cirugía, con infinita mayor moderación, fidelidad y desprendimiento. En vano oposición y fronda han tratado de agitar sus entrañas. Sereno, paciente, confiado, silencioso, ha estado siempre pronto para dar su ¡Sí! y su respaldo en el momento necesario.

Por eso pienso que es en el pueblo mismo, al calor de esas mayorías silenciosas que abrigan las auténticas raíces del alma nacional, y no en la enraizada y extranjerizante atmósfera elitista, donde la civilidad ha de forjar definitivamente su reencuentro comunitario.

No sería nacionalista si no lo creyera así.

Bajo la somera cáscara de la Fronda, el alma nacional conserva intacto el por largo tiempo postergado anhelo de crear una sociedad más justa.

Sería tonto, sería ridículamente tonto suponer que el alma nacional está dispuesta hoy a cifrar ese anhelo en otro aval que no sean las FF.AA. y el Jefe del Estado que las representa.

A pesar de este largo interregno y del incidioso apuro por acortarlo que muestran diversos postulantes, no hay otro interlocutor válido al que el país quiera escuchar.

La sociedad más justa que anhelamos, al que este interregno ha puesto sus cimientos, tendrá entonces que ser una creación colectiva, participativa, gestada desde el seno de las mayorías silenciosas, trabajadores, mujeres, profesionales, juventudes y, según pienso, con el concurso determinante de las sociedades intermedias.

No me interesa ni me corresponde dibujar cómo ello sea. Me basta con que sea. El instinto certero de la raza sabrá darle forma.

Tal convicción es la que me indujo a escribir y el acicate para seguir ha-

ciéndolo firme y claro. Los civiles no podremos entendernos si no llamamos las cosas por su nombre y no las ponemos en su debido lugar.

Por delante de nosotros hay una nueva generación llamada a construir y consolidar el Chile que nosotros no pudimos. Para cumplirlo, le será indispensable conservar fresco en la memoria un inventario exacto de hechos, posturas, errores, aciertos y personas. Es a esas juventudes nacionalistas, inmersas en la mayoría silenciosa, a las que brindo estas líneas de modesta reflexión.

I

TRADICION PORTALIANA

TRADICION Y DESTINO

Spengler ha dicho: "Quién crea una tradición, vence al destino".

En efecto, antes que de las riquezas naturales, del genio de los líderes o de los sistemas ideológicos que puedan adoptar, el destino de los pueblos frente a los desafíos de la suerte o de la adversidad, su grandeza o su postración, dependen muchísimo más de los hábitos en que han arraigado sus conductas. Para los pueblos, hábitos y disciplinas colectivas son lo primordial.

Crear una tradición es precisamente eso: fijar de manera perdurable para el alma nacional un modo colectivo de conducirse.

Tradición es cultura en su más elevado sentido. No una memoria vanidosa que se solaza en las vanaglorias del pasado, ni una obstinación por conservar vivo lo que el tiempo ha dejado atrás. Menos aún desenterrar el pretérito, momificado ya, para encastillarse en él en una enconada negativa a mirar con audacia hacia adelante.

No. Tradición son modales, estilos de comportamiento, disciplina, hábitos hechos carne y a los cuales se permanece fiel. En suma: educación moral y cívica.

El petróleo, el uranio, el caucho, la riqueza del mar, o la de la luna si se quiere, pueden dar a una nación una embriagadora prosperidad de circunstancias. El empuje de un caudillo genial puede llevarla muy lejos en el éxito. Pero ambos por sí solos, éxito y prosperidad, serán efímeros. El incendio de

un fanatismo ideológico podrá, tal vez, colocarla en el primer plano de la actualidad; reducida sólo a eso, no durará mucho.

Basta mirar la historia para apreciar que el destino de los pueblos no se compra tan barato. Por eso, quizá, suelen pagarlo tan caro.

Lo que dura, lo que permanece por sobre cualquier golpe de la fortuna, más allá de cualquier veleidad, es la fuerza interior de cohesión que hace de un pueblo un ser consciente de sí mismo. Esa fuerza interior de cohesión que hace a un pueblo verse a sí mismo como una tarea colectiva que se transfiere, se perfecciona y se sublima de generación en generación.

Lo demás es añadidura.

Pero los hábitos colectivos no se aprenden en los textos ni se desprenden de los programas políticos. Se reciben y se adquieren por el ejemplo vivo. El rol de las capas dirigentes de una nación, su grave responsabilidad ante la historia, es transferir modos de ser con su ejemplo, enseñar con su ejemplo.

En 1891 se quebró en Chile una tradición. Dejó de tener validez suprema de mandato una escuela de conducta que hacía del servicio público el más alto honor a que podía aspirar un ciudadano; una escuela severa en el decir y en el actuar, construida sobre la moral del mérito, el sentido del deber ciudadano y el rigor del ejemplo.

Desde esa fecha, en la rodada cuesta abajo nos han quedado sólo los jirones raídos de un impulso.

Desde esa fecha, como a través de un túnel, el alma nacional ha venido buscando su reencuentro, ha ensayado múltiples caminos y ha sufrido incontables frustraciones. El pueblo solicitaba ejemplos de sus capas dirigentes y recibió programas, formulaciones, ideas, promesas o palabras. Desde esa fecha, ha recibido buenas o malas añadiduras, pero se le ha negado lo esencial. Peor que eso, a menuso recibió pésimos ejemplos de frivolidad, de dilapidación o de indolencia.

Baste recordar que entre 1891 y 1920, la juega parlamentarista provocó 80 crisis totales de gabinete, lo que da el monstruoso promedio de un vuelco político-administrativo cada cuatro meses y quince días durante ese solo lapso.

Los decenios siguientes no fueron mejores.

Por eso, sorprende el desfado y hasta la insolencia con que grupos civiles dirigentes, que el país conoce bien, reclaman su derecho a ensayar programas no cumplidos y repetir fracasos muy recientes a los que Chile, sea en las urnas o en la calle, dio ya un veredicto lapidario.

La elección de 1970 está fresca en la memoria de todos. Tenemos muy presente el mezquino empecinamiento de una candidatura oficialista que pretendía prolongar por cien años una fórmula de gobierno que, a la rastra, duró apenas seis. No hace falta recordar quién sembró los vientos preliminares de la UP, quién hizo posible su entronización minoritaria en el poder.

La sola superficialidad con que se muñequa la elección de 1970 entre las bambalinas del Congreso, la insolvencia de los avales con que se quiso garantizar su resultado final, sumadas a las secuelas que la elección tuvo – ¡inolvidables para Chile!– son ya por sí mismas un suficiente llamado al pudor; reclaman pudor.

Al desoir tal llamado, sus protagonistas nos están dando otra vez un deplorable ejemplo de impudicia.

Por eso, también, cuando el paso de los decenios nos permita mirar con claridad, de frente y sin pasiones, al actual régimen de las FF.AA., probablemente nuestra gratitud, nuestro reconocimiento, más que apreciar la ingente obra de reconstrucción económica que ya ha realizado, más que admirar la reciedumbre e inquebrantable voluntad que ha caracterizado al Jefe del Estado en la prosecución de sus metas, valorará por excelencia el silencioso forjar de una tradición.

Por sobre toda otra consideración, hoy, Chile ha vuelto a ser una tarea colectiva. Compete a la civilidad encarar esa tarea, darle músculo, nervio y piel, de tal modo que reenganche ese eslabón roto en 1891. Compete a la civilidad dar testimonio de altura de miras, de desprendimiento, de despersonalización, de sentido del deber ciudadano, de responsabilidad o, al menos, de decencia.

No somos dueños de ese país, no tenemos derecho a manipularlo a nuestro gusto y amaño. Tenemos que responder de él y transferirlo a los chilenos que vienen cargado de una nueva tradición moral, grávido de una nueva conciencia nacional de sí mismo.

En el contexto de lo que es hoy nuestra altiva y orgullosa, pero casi completa soledad americana, sólo de este modo seremos capaces de vencer al destino.

11.9.79

LA PERVERSION DE LOS INSTINTOS

La “*Ophrys sinaensis*”, una orquídea de Palestina, con fines de polinización, imita con tal exactitud en sus flores la apariencia, el color y la contextura de una abeja silvestre, que, los machos de esta abeja –la “*Scolia ciliata*”– desgastan estérilmente sus esfuerzos en la flor al intentar en vano copular con ella. Experiencias de laboratorio prueban que se trata de un acto sexual frustrado.

Difícil imaginar truco más artero que el de esta prostituta vegetal que se cimbra y coquetea con el viento.

Los machos de las moscas del género *Epidimes* capturan presas, que entre-

gan a la hembra como parte del rito nupcial. Especies más evolucionadas del mismo género han enriquecido esta curiosa conducta. Glándulas especiales, que poseen en sus tarsos delanteros, secretan una sustancia que se condensa en hilos al contacto con el aire. Con ella envuelven la presa capturada, en un elegante estuche de seda, para obsequiarla a la mosca de sus ojos durante el cortejo nupcial. Pero lo sorprendente es que ciertos Epidimes no se dan el trabajo de capturar una presa. Holgazanes, recurren al cuento del "balurdo". Buscan sin escrúpulos algún trocito de hojarasca, granos de arena u otra basura. lo envuelven con astucia en su delicada trama de seda y se lo entregan a la hembra. Así, mientras aquella está entretenida en desenvolver el regalo, la poseen.

En el comportamiento social de las hormigas hay también aberraciones. Ciertas especies tropicales han perdido el hábito de hacer sus propios hormigueros. La reina de estas especies penetra furtivamente en el hormiguero de otra, se apeg a la reina local y se impregna en su olor. Cuando lo ha conseguido, seduce con él a las obreras, que se olvidan de atender a su propia soberana y se entregan fieles al cuidado de los huevos y larvas que pone la demagoga invasora, condenándose con ello a la esclavitud y luego a la extinción. En especies más sofisticadas, la reina infiltrada secreta de sí, además, una sustancia embriagadora que fascina a las obreras y acelera su esclavitud.

Ni la abeja que agota su apetito gnésico en una flor, ni la mosca que acepta el falso regalo, ni la hormiga que cae en la esclavitud frente a la demagoga infiltrada, adolecen de alguna falla estructural en su comportamiento, digna de serles reprochada. Son simplemente las víctimas de subterfugios y artimañas que pervierten y descarrilan su conducta natural.

El mal viene de fuera.

En los últimos tiempos se viene sosteniendo con frecuencia que la intervención del Estado en la planificación económica es funesta en sí, malsana, perniciosa, desconociéndose o renegándose abiertamente del irrenunciable imperio rector que el Estado ha de ejercer en los destinos nacionales. Y esto como si en las postrimerías del siglo XX se pudiera volver a la concepción demoníaca de un Estado "semáforo", que nadie respete, y apenas limitado a despejar los tacos de la locomoción colectiva en el tránsito hacia el porvenir, u otros privados transportes.

Se afirma también, con majadera insistencia, que el excesivo poder de los gremios y sindicatos, y la arbitrariedad con que hicieron empleo de él, trastocó nuestra producción y corrompió la economía, como si alguna vez gremios y sindicatos hubieran disfrutado de una participación jurídica responsable en el trazado de la economía.

Y no fue así.

Fue la demagogia electorera la que, infiltrándose en las sociedades intermedias, pervirtió su rol y mal empleó el poder social participativo de esas socie-

dades intermedias.

Se repite, como un lugar común, la lenidad de nuestra administración pública, y se la acusa por igual de ineficiencia, como si ello estuviera implícito en su naturaleza, olvidándose que naciones como Francia y Alemania deben su solidez histórica a la columna vertebral de sus opacos, anónimos, pero perseverantes servidores del Estado.

La verdad es que ha sido la avidez por comprar militancias y pagar servicios políticos la que creó en Chile la monstruosa frondosidad de nuestro aparato burocrático y desquició los escalafones administrativos. Es de admirar que, peso a ello, la administración fiscal chilena haya conservado en los pasados decenios una honestidad y una solvencia que, contra todo lo que se diga, la convierte en ejemplo de virtud en Iberoamérica.

Hay, sin duda, en estas imputaciones un error de perspectiva, una frivolidad temeraria o, paradójicamente, una hipócrita impudicia. La causa del mal está en la perra y no en la leva. Ha sido la "partidocracia" la gran corruptora del rol del Estado, de la función gremial y sindical, y de la administración pública. Y la "partidocracia", por lo demás, no es más que una perversión de los sanos instintos que han de regular la conducta cívica de los partidos políticos.

Es allí donde hay que curar.

Diríase que mediante un juego malabar se quisiera esconder tras bambalinas el verdadero foco de la enfermedad social que hemos sufrido, descargando a la vez, sobre la periferia inocente, culpas que le son ajenas.

Pero cabe aún otra reflexión. Si en niveles de vida primitivos, como los de la abeja, la mosca o la hormiga, no es posible confiar a ciegas en la rigidez de las leyes del instinto o las reglas de la naturaleza, cuando confluyen factores de perturbación, menos aún puede confiarse por sí solas en que basten las leyes naturales de la economía, o la libre oferta, en las relaciones de una entidad muchísimo más compleja y vulnerable, como es la condición humana, si no van acompañadas y fortalecidas por un muro de contención moral.

Lo que importa en esencia no son las estructuras, las instituciones o las leyes, sino el espíritu que las llena. El Estado portaliano fue una creación espiritual. Forjó un estilo y una tradición moral perdurable. Es la solidez moral de la creación que hoy se ensaya en Chile y es su rigor castrense los que pueden abrir nuevos horizontes comunitarios para todos. No lo será, en cambio, el mero juego de instintos de consumo, producción y lucro, fácilmente pervertibles.

Y todavía una reflexión anexa. En torno a las medidas que adopta el Supremismo Gobierno se alzan con precipitado entusiasmo voces atipladas para hacer su exégesis. Tras escuchar algunas de ellas, tienta puntualizar el siguiente recado:

Estamos de acuerdo en defender y apoyar los objetivos y metas del

régimen de las FF.AA., porque le tenemos plena fe; pero no precisamente por las razones o argucias que aducen determinados señores. No nos vengan, como la mosca Epidimes, con basuritas envueltas en seda, cuando lo que importa en esas metas es la médula y el cuesco moral que ellas contienen. No nos vengan a ventilar con seducciones, como la orquídea de Palestina, fingidas hetairas vegetales; ni como la hormiga del cuento nos pretendan mimetizar otros olores en el aroma limpio de la reconstrucción nacional.

No vale la pena que lo hagan, porque — ¡gracias a Dios! — el alma nacional conserva sanos sus instintos y tiene la oreja fina para distinguir lo que suena a hueco.

7.8.79

DOS CARAS PARA CHILE

Han pasado ya bastantes días, pero el significado de dos hechos de crónica policial reciente me siguen rondando el ánimo y me sigue rondando, también, la indignación al comparar el uno con el otro. Pienso, pues, que todavía dan para una pequeña reflexión.

Juan Claudio Honorato Villalobos es el nombre de un chofer de taxi de 35 años. El día 29 de noviembre pasado, circulaba por Ñuñoa, haciéndole empeño a los porotos, lobos de ganar en la durísima competencia con otros miles de taxistas, trabajadores modestos como él, que pelan el ajo para sobrevivir en la sociedad de consumo. Nada lo estimulaba a meterse en mochas que no le incumbían o a hacer gratuitamente y a su solo riesgo el papel quijotesco de superman. Un trabajo mortificante y poco remunerador, mal comprendido, donde hay que pelear la chaucha, tolerar pasajeros borrachos que vomitan los asientos o arriesgar cogoteos en la soledad de la madrugada. Pega ingrata, fatigante, sin horarios, de constante tensión ya por el parte, el pinchazo, la panne inesperada o el roticuaco que, por subirse al taxi, cree haberlo comprado con su prepotencia. Un chileno modesto como tantos, obligado a defenderse a codazos contra la mala suerte y seguir tirando "pa'delante".

¿Qué lo impulsó a jugarse el pellejo por ese cabrito al que un demente había secuestrado? ¿Qué lo hizo arriesgar un balazo del miserable aquél que tenía su pistola apoyada en las sienes del niño? Pudo cerrar los ojos y pasar; pudo correrse. Pero, no. Respondió a su instinto moral de buena raza, a la hombría solidaria de su virilidad natural, sin aspavientos.

Tuvo que ser harto hombre para detener el taxi e invitar al delincuente a subir, sin importarle hacer añicos su herramienta de trabajo o que le volaran la cabeza así no más. Se detuvo desarmado, por puro ñeque, pana y generosi-

dad. Porque era de hombre hacerlo; porque era de chileno bien nacido.

Claudio Honorato y los taxistas que a él se sumaron en la persecución del secuestrador nos han dado un ejemplo. Un ejemplo callado, silencioso, sin ruido, de lo que es el auténtico sentido comunitario, la solidaridad, la defensa resuelta de la ley, la ayuda al prójimo hecha con entereza y valor.

Es una cara de Chile. La cara que ha hecho grande a este país. Una cara que podemos mirar e imitar con orgullo. Roto chileno recio, paletado, choro, que no se achaplina ni se corre. Con gente como él se va a cualquier parte, funciona cualquier sistema, opera rectamente cualquier fórmula constitucional. Gente así es la que uno quiere como vecino, como compatriota, como conciudadano, como amigo. Gente así es la que da solidez a las instituciones. Firmes en las duras y en las maduras, básicamente decentes.

Miguel Tagle Irrázaval se llama el agricultor que el 13 de noviembre le quemó las ranchas a 82 pescadores en la caleta de su fundo Las Salinas de Pullay, en La Ligua. No sé qué edad tiene, ni me interesa. Lo que tengo claro es que hace 7 años, antes del 11 de septiembre, estaba respirando muy cortito. No tenía la más remota esperanza de conservar ni siquiera un macetero con quiscos de todo lo que eran sus fundos. Ahora se bota a ronco, se las da de macanudo, se hace justicia y ley por sí mismo, con sus matones, sus camiones y su gasolina de incendiario, siguiendo el estilo de estúpida brutalidad y prepotencia de La Quintrala, que fuera dueña de esas mismas tierras.

¿Qué lo indujo entonces a arrasar con esa pobre, humilde gente? ¿Qué lo llevó a quemar así no más sus rucos, sus tablones, sus herramientas, la ropa de sus niños, llegando a mansalva, de noche, a arrancarlos de sus jergones, como un señor de horca y cuchillo?

Lo que tengo claro es que la vida le ha deparado mucho más satisfacciones que al taxista Honorato, que ha tenido mucho más oportunidades de educarse bien, de adquirir una conducta responsable y conocer el peso de sus actos. Lo que estoy seguro es que nunca nadie le vomitó el tapiz del auto, que nunca le faltó plata para comprar bencina (incluso para quemar casas) y que seguramente nunca le escaseó con qué parar la olla.

¿Qué lo arrastró entonces a limpiarse el traste con la ley, con el respeto por el prójimo y a imponer su voluntad inclemente como un déspota sin entrañas? No interesan aquí las minucias argumentales. No podía hacerlo. No debía hacerlo. Sólo lo explica un instinto moral pervertido por la soberbia, la infundada y alevosa seguridad de sentirse intocable e impune, el ruin afán de poner la pata encima.

Es otra cara de Chile. La cara que nos ha empequeñecido siempre. La que nos ha desgarrado y separado. Una cara que no podemos mirar más que con vergüenza y desprecio. También con indignación. Con gente con él yo no voy a ninguna parte. No hay fórmula, ni sistema, ni constitución que pueda funcionar. Gente así nadie la quiere como vecino, ni como compatriota, ni como

conciudadano.

Mientras más alto el nivel de cultura, de educación, de bienestar propio alcanzado dentro de la comunidad (de "standard de vida" si se quiere medirlo más groseramente), más grave es la responsabilidad adquirida por cada uno de nosotros, los chilenos; mayor el deber imperativo de rendir un ejemplo de conducta cívica. La riqueza, los títulos profesionales o universitarios, la cuna, los bienes materiales, la propiedad, no generan sólo goces, generan también obligaciones. En la sociedad burguesa, el bienestar obliga.

Un principio básico de equidad hace que cualquier delito, cualquier atropello a las normas cívicas se cargue con el peso de un tremendo agravante moral cuando es perpetrado por quien, por su fortuna, su "status", estaba más obligado que otros, más obligado que los pobres, que los humildes, en su conducta civil. Esto ya condena al señor Tagle Irarrázaval.

Pero se añade aún el agravante del escándalo. ¡Ay de aquellos por quienes viene el escándalo!

Aquí también se nos ha dado un ejemplo. Un ejemplo ruidoso de falta de sentido comunitario, de vejación al derecho y la ley, de maltrato al prójimo y de cobardía.

Alarma pensar que este pésimo, repugnante ejemplo haya sido dado en el seno de una Comunidad Agrícola a la que están vinculadas significativas figuras públicas de reciente o pasada actuación. Alarma como síntoma de una ceguera que ya, otrora, sembró un espíritu de justificada revancha.

El peso de la ley ha de arrancar de raíz estos síntomas para que jamás vuelvan a brotar. Y si la ley es impotente o ineficaz para ello, hemos de arrancarla entre todos los chilenos mediante nuestra indignada repulsa y nuestra implacable sanción moral.

¡Los que no lo entiendan así sobran en Chile!

11.12.79

ACERCA DE PERTURBACIONES E INFLUENCIAS

Recientemente, alguien ha dicho por ahí: "Me preocupa que los partidarios del Gobierno puedan a veces ejercer una influencia perturbadora sobre las autoridades".

Es curioso, a mí me pasa lo mismo.

Los consejos y los consejeros sin domicilio conocido dentro del aparato del Estado, pero con bola libre para sugerir, recomendar, nominar u objetar funcionarios y proponer soluciones sin asumir sus riesgos, suelen ser de escasa ayuda a los gobiernos cuando llega el momento de pagar.

Perturban.

En la administración del Presidente Ibáñez se graficaba esta función inominada y notoriamente cómoda con un chilenismo decidor. Se les llamó "orejeros". Había orejeros buenos y orejeros malos, que soplaban en el pabellón augusto toda clase de insinuaciones de un tinte levemente suprepticio, discreto, poco comprometedor, ejerciendo así una influencia gris sin eminencia. Daban su opinión desde la vereda, por la trastienda, soslayando tomar la menor responsabilidad y eludiendo cualquier cargo en la cautela de su propio, promisorio, seguramente acariciado porvenir.

Me asiste la certidumbre que esto no es bueno para ningún gobierno. Para los altos y medianos funcionarios que cargan en derecho con el peso muchas veces amargo de hacer las cosas, ejecutar, programar y dar la cara por los resultados de lo hecho, no es nunca grato tropezar de pronto con esos soplos invisibles que suelen colarse por las puertas entreabiertas de los ministerios o de las subsecretarías, y que objetan, corrijen, censuran y juzgan (a veces inapelablemente), sin que el alto o el mediano funcionario sepa siquiera de dónde y con qué argumentos llega el disparo de ese franco-tirador situado en la vereda y, también, un tantico en la retaguardia. Es como si junto al aparato del Estado se erigiera una sombra y junto al funcionario, un espectro cuchicheante. Ténues, ocasionales, pero por eso mismo imprevisibles, perturbadores, parálos.

Mala cosa, ciertamente.

Me consta, porque en aquel tiempo, como funcionario, lo viví. Y lo he vivido también algo más tarde.

El estilo portaliano tiene dos gradientes, dos actitudes: Gobernar o dejar gobernar. Cuando Portales es ministro, lo es a rajatabla, ¡y se nota! Cuando no lo es, repugna meter cuchara en la cosa pública desde los pasillos y antecámaras. A lo más hacer oír su gruñido amonestador a la distancia. Su conducta obedece a una lógica y una moral. Don Diego, que sabía muy bien lo que es canela en materia de asumir responsabilidades de mando, tenía por el mando y la función cívica supremo respeto.

Para mandar hay que empuñar timones, riendas, meterse en el cocido, echarse al hombro sin asco los sudores y pesadumbres del servidor público, asumir el albur del éxito o el fracaso responsables, del acierto o el error firmados de puño y letra, con entereza, con integridad, con modestia, como lo han hecho incontables jefes, oficiales y civiles en este Gobierno de estirpe portaliana, cuyo más alto ejemplo lo está dando a diario el propio Jefe del Estado.

Es por eso que los que tiran a mandar desde la vereda, sin perder la virginidad, los que tararean de oídas sobre el arte de mandar, nunca me han gustado. Hay algo sospechoso en su actitud retacada. O somos o no somos. Dan ganas de pasarles la guitarra y el micrófono para que de una vez por todas se enfrenten con el público desde el escenario y no desde la galería. En la cancha se ven los gallos. Los gallos que de veras cantan y también los que desafinan.

No creo honestamente que el grueso de los partidarios del Gobierno puedan ejercer una influencia perturbadora sobre la autoridad.

Algunos, sí.

El influjo de las grandes mayorías silenciosas es siempre benéfico. En ellas resuena como un eco el sentir del alma nacional. Las grandes mayorías no tienen vocación de mando, confían, obedecen y juzgan. Son las minorías las que suelen sentir ese apetito.

El afán de mando es propio de la "élite". También lo es de las oligarquías. La diferencia está en que mientras la élite manda pecho al frente, responsablemente, con la autoridad que le da el mérito probado en el crisol de su deber, las oligarquías prefieren hacerlo en la penumbra. Así lo hicieron los partidos. También así lo pueden intentar hacer otras personas y grupúsculos.

Según vamos sabiendo, además de "élite" y oligarquías habría otra categoría más. La que pareciera llamarse "democracia de élite". Confieso hidalgamente que esta última pirueta semántica no estaba en mis libros. Como Condorito, frente a esta "rara avis", exijo una explicación.

17.12.79

EL CRISTAL CON QUE SE MIRA

Los aniversarios patrios, sobre todo aquellos que más conmueven nuestra fibra moral, se aprovechan a veces para vestir y emboscar una intención crítica. Así, la proximidad del 21 mayo se ha prestado a que algunos descontentadizos evoquen con melancolía la apertura del Congreso Nacional y, a propósito de escopeta, nos repitan la cantinela del pasado democrático y parlamentario chileno.

No es tener mucho respeto por la figura de Prat emplear al prócer como mascarón de proa; pero, en fin, tratándose de hacer oposición cualquier cosa sirve y cualquier pretexto se da por bueno según el teñido cristal con que se mira.

Pues bien, ya que nos pretenden recordar la historia, a ella vamos.

Cierto es que la gesta de heroísmo y sacrificio immortalizada por Prat en la rada de Iquique se corresponde con un período de legalidad, de estabilidad constitucional y de auténtica democracia que alcanzó un rango de esplendor como raras veces occidente ha visto. En aquel entonces Chile fue realmente el faro de América. La solidez de sus instituciones, la madura sobriedad de sus hábitos políticos, su atmósfera de orgullosa libertad constituían un modelo de excepción a muchas leguas por delante del resto de las naciones. Salvo Inglaterra, Suiza y los países escandinavos, tal vez ningún otro era capaz de matarnos

el punto.

En Francia, el Segundo Imperio acababa de colapsar tras los desastres de Metz y Sedán y los horrores de la Comuna de París. Estados Unidos se reponia apenas de la cruenta Guerra de Secesión, norte contra sur, ¡reñida por libertar a sus esclavos! Rusia gemía bajo los zares. No hacía veinte años que Japón empezaba a emerger desde la oscuridad medioeval. En España ardía la segunda guerra carlista. La unificación de Alemania y de Italia eran dos sueños, recién ayer realizados, y todavía "en rodaje". Asia y Africa permanecían sumidas en el colonialismo y el cipayaje. Latinoamérica, con la excepción del Imperio del Brasil, era crucificada por la barbarie del caudillismo, la asonada y el motín sin Dios ni ley. Para citar un solo ejemplo, en Méjico, Porfirio Díaz iniciaba el segundo año de una dictadura brutal que iba a durar ¡Hasta 1911!

Mientras tanto, en Chile, la constitución portaliana y el régimen imaginado por Portales para nuestra Patria iban a cumplir, en 1879, cuarenta y seis años. Medio siglo de ininterrumpido progreso. ¡Medio siglo de estabilidad institucional, civilidad y grandeza!

Pero, al mismo tiempo, qué enorme distancia con las costumbres, los hábitos políticos, las prácticas y las instituciones que hemos conocido después. El 21 de mayo de 1879 era Presidente de la República de Chile don Aníbal Pinto. Cuando don Aníbal Pinto dejó el poder, lo dejó pobre como una rata. Había descuidado hasta tal extremo sus asuntos particulares que tuvo que vender el hogar de su familia e irse a vivir a una modesta casita que le arrendó el poeta Eusebio Lillo. El ex Presidente Pinto no tenía jubilación perseguidora para pasearse por el mundo dando conferencias y se ganó la vida haciendo traducciones para una imprenta. Cuando salió de La Moneda no se le ocurrió tampoco enmendarle la plana a sus sucesores ni ventilarse como figura pública de primera magnitud, formulando declaraciones a troche y moche. En aquel entonces, como enseñó Portales, servir al Estado era el más alto honor a que podía aspirar un chileno. Tras el deber cumplido, los ex mandatarios volvían a ser simples ciudadanos.

En vida del capitán Prat, los miembros del Congreso Nacional no ganaban sueldo. Servían por el honor de servir. No habían inventado el truco de jubilar con quince años de servicio. Se habrían muerto de vergüenza antes de cobrar dieta. Tampoco se habían otorgado una asignación familiar de privilegio, discriminatoria y ofensiva para el resto de sus compatriotas. No se habían regalado franquicias aduaneras o pasajes gratis en los medios de transporte, o entradas de favor a los partidos de fútbol. Fue indispensable demoler primero el régimen portaliano para que senadores y diputados llegaran a estas frivolidades, ridículas y minuciosas, en el uso y abuso de su poder.

En vida del capán Prat, los partidos políticos no eran financiados desde el exterior. No pasaban el platillo por las cortes europeas para pagar sus candidaturas. A sus tesoreros se les habría caído la cara antes de hacer el papel de

gestores, rapiñando contribuciones de la empresa privada o negociando “precios mínimos” para acarrear fondos a las arcas de su partido, o a sus bolsillos.

En vida del capitán Prat, los funcionarios públicos rendían cuenta detallada y responsable de los dineros del Estado, como él mismo lo hizo, hasta la última chaucha, al término de su misión en Argentina. ¡Era otro estilo! Un estilo de honestidad, rectitud, respeto al mérito, sentido del honor y del deber. Por ese estilo, por ese Chile dio su vida Prat. No por otro. A esa democracia, a esa libertad, a esos hábitos de solidez institucional queremos retornar. No a los otros.

Libertad, sí. Democracia, constitución, ¡por supuesto! Pero al Chile que queremos volver es aquel que fue la quinta potencia naval del mundo. El Chile de cara a un océano donde no se disparaba un cañonazo sino era para saludar a su bandera. El Chile cuya moneda era máspreciada que el dólar en todos los confines del Pacífico. El Chile que con los frutos de su suelo alimentó a Australia y California. El Chile culto, próspero, emprendedor, educado en hábitos de trabajo, bullente de actividad por el que murió Prat. No al otro. No al Chile con pan para tres días. No al Chile con gobernantes que se humillaron ante la CIA o ante un “hermano mayor”. No al Chile ínfimo, minimizado, corrupto, pedigüño, disminuido y castrado que terminó el 11 de septiembre. No al Chile de las promociones y las repartijas, educado en un hábito de por-diosero. No a su libertinaje de caos y su democracia de juerga que el Capitán Prat tuvo la dicha de no conocer. Porque si Prat lo hubiera conocido no habría experimentado en su espíritu otro sentimiento que el desprecio y otra reacción que el asco.

A ese Chile no queremos volver. Es vano que traten de vendérselo.

20.5.80

EL METRO COMO MEDIDA

No sé si a todos les pasa; pero, cuando subo al Metro, me parece viajar a ratos en una máquina del tiempo. Tengo la impresión de que no sólo me lleva de una a otra estación, sino también de uno a otro país; del Chile presente aún en bosquejo al Chile de mañana, más grande, más limpio, más ordenado aún, más puntual, más eficiente. Un Chile orgulloso de su pulcritud, respetuoso del servicio público, aseado, donde toda la gente cuida del bien colectivo y lo mira como propio.

Sera una idea mía, pero lo siento así.

Esta construcción que sólo es cemento, mosaicos, maquinaria y riel, ha tenido, tal vez sin proponérselo, la singular virtud de adelantarnos en la formación de nuevos hábitos civiles y de ofrecer así un anticipo de lo que nuestra Patria puede llegar a ser próximamente.

Los escépticos, los que no creen que el país pueda cambiar y ser otro, los que se resignan al pasado y lo añoran, tienen aquí un ejemplo sencillo, elementalísimo, de cómo el orden trae el orden, la disciplina más simple forma conductas y el esmero en servir despierta el amor por el servicio. Diríase que al subir al Metro, los chilenos de ayer se comportan como lo harán mañana.

Ni más ni menos.

En estos breves años de operación, nadie ha sentido el bárbaro impulso de mutilar sus muros o sus asientos con la injuria del lápiz-pasta, la cortaplumas o el alquitrán. El papel, la cáscara, el pucho o el escupo que todavía le ruedan displicentes a más de algún transeunte en nuestras calles, quedan tácitamente vedados allí por una censura moral de la que todos nos sentimos súbitamente partes. Ni la aglomeración ni el natural apuro de quienes viajan quiebra el respeto por los demás. En un país donde los jardines todavía requieren de alambres de púa para preservar sus prados, el Metro nos cambia.

Ser distintos, ser diferentes, mejores, es cosa de lato aprendizaje. La educación de la conducta requiere mucho ejercicio. Es obra de una atmósfera colectiva que ciñe y calza como un buen zapato. Sin oprimir; pero moldeando. Cuando los correos, cuando los ferrocarriles, cuando los hospitales, cuando las aduanas y los tributos funcionen como el Metro, Chile será definitivamente otro y el pasado nos parecerá un mal sueño. Cuando los colegios, cuando las universidades, cuando la prensa, cuando los municipios y el Congreso funcionen como funciona el Metro, con idéntica atmósfera y ciñan y calcen también moldeando como un buen zapato, ese pasado quedará definitivamente sepultado, definitivamente atrás.

En el fondo, lo que se discute hoy no es más que esto. Cómo pasar de un Chile que no nos gustaba a un Chile que, como el Metro, de veras nos guste. En estos siete años, más allá o más acá de cualquier discusión ideológica, teórica o jurídico-constitucional, lenta, silenciosa, pero perseverantemente se ha ido formando las bases para un nuevo estilo de conducta colectiva, que hace de cada uno de nosotros ciudadanos responsables, partícipes en el quehacer nacional.

Responsabilidad y participación no son sólo expresiones formales, políticas, como lo quisieran entender algunos. Se participa al estudiar y al enseñar, se participa al trabajar y al producir, se participa al convivir y al debatir con respeto, con esmero, con pulcritud, con eficiencia, con honestidad. Por así decirlo, se participa cuando Chile viaja de estación en estación.

En política, que es de todos los hábitos el más difícil de cambiar, hay

quienes quisieran todavía tener la libertad de arrojar sus cascaras y sus escorpos en cualquier parte y que echan de menos el desenfreno del alquitrán. Gente que quisiera volver a marcar a cortapluma sus iniciales en el ámbito universitario, o en el sindical, en el Congreso o en el Municipio, emporcando de papales y basuras lo que con muchísima mayor razón que el Metro ha de estar limpio, impoluto y ser tan puntual como eficiente.

En estos siete años, desde distintas trincheras es posible que quepa formularle al régimen que nos gobierna diferentes críticas. Cabe tal vez discutir su política agraria o laboral, su fase de transición o la Constitución que nos entrega. Pero más allá del cemento, del mosaico o del riel con que cabe medir su obra, es más importante que valoremos ese silencioso, lento, pero perseverante ordenamiento de la conducta colectiva que, al igual que el Metro, nos ha brindado. Es allí y no en otra parte donde está la clave del asunto.

Tal vez esto no lo acepten ni lo entiendan aquellos que no son "peatones". Aquellos que no se mezclan con la multitud y que usando de otros más confortables y excluyentes "vehículos" se pasean y deambulan por el mundo, apenas pasajeros en tránsito en el Chile de hoy. Tal vez no lo entiendan ni lo acepten aquellos que atrincherados en sus torres de marfil, tras las murallas de su obsecación sectaria, se empecinan en rechazarlo todo, negarlo todo, condenarlo todo.

Pero el Metro está allí y es perfectamente visible que se alarga.

26.8.80

EL PODER DEL EJEMPLO

Portales pensaba que servir al Estado es el más alto honor a que puede aspirar un ciudadano. Por eso mismo, creía que al Estado hay que servirlo bien y que el buen servicio público no es ningún mérito ni merece mayor aplauso. Simplemente, se da por descontado.

Es un deber.

La eficiencia, la honestidad, la rectitud, la despersonalización son para don Diego conaturales a la función pública. La modestia y el desprendimiento, hasta el extremo de empobrecer, van con el cargo. Aquel que presta sus luces al Estado no ha de esperar particular reconocimiento. Está suficientemente pagado con el honor de servir. Cumplida, satisfecha la tarea, por la que se ha dado todo, el retorno al silencio de la vida privada con el orgullo del deber cumplido, es lo que aguarda al funcionario fiel. Así lo entendieron hombres como Bello, como Rengifo, como Tocornal, como Montt, como Varas, como Sotomayor o Vicuña Mackenna.

Esto y no otra cosa fue lo que hizo a Chile grande.

Cuánto habíamos olvidado durante casi un siglo tal estilo de servicio público es algo que no hace falta poner de manifiesto. Siempre hubo los contados, los excepcionales funcionarios que, tras el anonimato de su escritorio, perdidos en la obscuridad de un ministerio, de un municipio, de una escuela o un liceo, en los ferrocarriles o en los correos de la República, conservaron intacta esta tradición portaliana. Gracias a ellos fue que el país pudo sobrevivir.

Fueron los menos, los ignorados.

El elogio, el estímulo, el ascenso se reservaron casi siempre para los otros. Para los que se enriquecieron y disfrutaron, para los arribistas y figurones insaciables en su avaricia por trepar, burócratas esterilizadores y grandes duques del partidismo, coleccionistas de prebendas y destinaciones que se esfumaron sin dejar tras sí más que el calor infecundo de un asiento, un retrato y un hoyo.

Entre las virtudes tal vez más significativas y menos destacadas que ha tenido el actual régimen de las FF.AA. figura la restauración de ese estilo de servicio público portaliano, por largo tiempo perdido, y en el que en estos últimos años se han distinguido por igual centenares de civiles y militares.

El Jefe del Estado ha sabido distinguir con singular acierto innumerables colaboradores, extrayéndolos de esa enorme reserva de civismo que constituye el alma nacional, y que cualquier régimen demagógico y partidista, como los que tuvimos antaño, habría desechado y pospuesto por inútiles a la prosecución siempre ramplona de sus fines.

Aunque sea romper la norma, pienso que hay un caso en que la dedicación y entrega al servicio público, así como sus tangibles resultados materiales, exceden el mero deber. No tengo el honor de conocer personalmente a don Patricio Guzmán, Alcalde de Santiago, quien en los próximos días hará dejación de su cargo, pero creo que su gestión municipal tiene la avasalladora fuerza de un ejemplo en la noble tradición que nos legó Portales y estoy cierto que así lo estima también sin excepciones la ciudadanía.

Aunque hiera su modestia, es justo decirlo.

Las naciones no prosperan por milagro, prosperan por la obra de sus hombres. Prosperan por la capacidad que estos tienen de subordinar su propio interés personal al interés colectivo, al bien común. No es el afán de lucro o de figuración, sino precisamente el sacrificio de esos apetitos lo que hace su obra impecable y da valor a sus actos. Por cierto, esto no pueden entenderlo aquellos teóricos que piensan que el servicio público debe regirse por las mismas leyes que el comercio o la economía. Hoy, que están tan de moda y son tan profusamente divulgadas las corrientes utilitaristas y economicistas y se mira con tanto menosprecio la función del servidor del Estado, el ejemplo de don Patricio Guzmán sienta una escuela y da la exacta dimensión que el espíritu portaliano en el rol de estos funcionarios juega.

Confiemos en que este estilo y no otro, nunca el de esos teóricos del utilitarismo, sea el que prime en el futuro entre los ciudadanos a los que el deber convoque y a los que el Jefe del Estado pida su concurso.

Mientras así sea nada tenemos que temer ni de los ilusos que queman discotecas, ni de los obsecados que toman iglesias, ni de los pavos reales que claman por figuración. El país seguirá su marcha ascendente, dejándolos donde deben estar: en la vereda.

10.2.81

1891-1973: EL VACIO EN EL ALMA

Hacía falta que alguien nos hablara sin eufemismos de lo que ocurrió en Chile tras la caída de Balmaceda. Ya era tiempo de hacerlo.

Sin una historia coherente de ese desolador período, que se conoce como “la República Parlamentarista”, resulta imposible explicarse el Chile de hoy. Hay que apreciar en toda su magnitud, en toda su sordidez y en toda su mezquindad ese largo rodar de tumbo en tumbo y de degradación en degradación, provocado por la deserción de las capas dirigentes, para que se nos haga inteligible el terrible desgarró producido en el alma nacional que demolió nuestra pasada grandeza.

Gonzalo Vial lo ha logrado.

Los dos primeros tomos de su Historia de Chile, constituyen un cuadro vívido, a ratos fascinante, casi siempre sobrecogedor, de dicho período. Podrán discutirse o aceptarse con alguna reserva los juicios que el autor adelanta en este admirable bosquejo de la sociedad chilena y del proceso de descomposición interna que la corroyó, pero la claridad de los hechos que Gonzalo nos va entregando adquiere por sí sola el carácter de una terrible acusación. Se yerguen con tan tremenda fuerza que, a ratos, la Patria duele como una puñalada.

Los capítulos se suceden encadenados con una lógica implacable. Nos llevan de la mano en una minuciosa exploración del cuerpo social chileno y nos obligan a mirar en toda su hondura, sobre la carne viva, las llagas que una a una se van abriendo, sangran y se enconan. Y sin embargo, fluye del texto una soterrada esperanza, como el presentimiento de una esperanza, iluminada por el estupendo valor moral de algunas figuras, como José Abelardo Núñez, Claudio Matte, Fermín Vivaceta, trágicas a veces, como la de Nicolás Palacios, Alejandro Venegas o el propio Pedro Montt.

No hay pasión, no hay grandilocuencia. Por el contrario, como si Gonzalo

se impusiera a sí mismo el difícil rigor de contenerse en la objetividad, la prosa pasa serena, casi fría, mesurada, descansando con precisión en la cita, en la cifra, en el párrafo textual que completa un brochazo certero. Y sin embargo, ¿cómo leer algunas páginas sin que el rubor suba al rostro y uno se debata entre la vergüenza, la impotencia y la indignación?

Es Chile al que tenemos aquí, es a su pueblo, el pueblo antaño orgulloso y recio de Chañarillo y Yungay, de California y el salitre, pero ahora cada trozo de su piel nos escuese y nos subleva. Porque, como Gonzalo dice, es un país de muertos.

Las cifras hablan por sí solas: "En 1902, la mortalidad en Curicó y San Felipe era superior a la de Bombay; la de Talca, Concepción, Santiago y Chillán excedían la de Madrás; la de Valparaíso, Talcahuano y La Serena sobrepasaban la de Calcuta..." "En 1909, la mortalidad chilena superaba por un 500/o la de Italia, Argentina o Francia; por un 1000/o la de Gran Bretaña y Uruguay; por un 2000/o la de Nueva Zelanda..." "Tocante a los niños —agrega— los guarismos, con toda su frialdad, son intolerables. Sobre 626.623 fallecidos desde 1905 hasta 1910, 303.417 (48,420/o) no alcanzaron los cinco años. ¡Durante aquel sexenio, día a día, hora tras hora, murió en Chile un niño cada menos de diez minutos!"

Y más adelante señala: "Pero el mal estaba más al fondo. Los diputados que gestionaban ferrocarriles, calzados, alzas de sueldos o compras de casas, hacían algo muy obvio e indiscutiblemente incorrecto. Pero quizás mayor daño producía el sutil y hondo contubernio entre los negocios más importantes y que movían más dinero —las salitreras, los bancos, las principales casas del comercio foráneo— y los parlamentarios y altos políticos. A los cuales no les era pedido por sus acaudalados "amigos" nada tan burdo como una gestión administrativa, sino una especie de protección o patronato general ante los poderes públicos. La recompensa era también discreta... pero sabrosa. Cargos de directores en bancos y empresas. Participación económica en éstas, con tan holgado plazo para pagar que casi, casi parecía un regalo".

Hay que leer a Gonzalo Vial. Nos debe Gonzalo los tomos siguientes de esta historia; pero ya estamos en deuda con él por estos dos primeros que terminan en Santa María de Iquique. A Vial se le podrá discutir; pero no podrá eludírsele. Esta obra ya iniciada quedará como un hito insoslayable en el enjuiciamiento histórico de las primeras décadas de nuestro siglo veinte.

Ostentación y miseria. Frivolidad y corrupción. La desnacionalización, el sectarismo, la vida inútil, la falsa riqueza, el desprecio social, el vacío en el alma van ganando poco a poco terreno; penetran la educación, la Iglesia, los partidos, el Congreso, la empresa privada, gestando ese divorcio cada vez más irreparable que va a romper el alma nacional, mientras la oligarquía, la fronda, ya sin ningún freno, sepulta en su ceguera una a una las nobles virtudes del legado portaliano.

Es necesario que nos empapemos en el proceso que Gonzalo Vial ha puesto al desnudo. A la luz de los ejemplos que ese proceso nos da y de las lecciones que nos propone, se magnifica la tarea de reconstrucción de hoy, se aprecian con diáfana claridad los peligros que aún pueden amagarla, y se hace más evidente el desafío que encaramos de un gran reencuentro.

Por supuesto, no un reencuentro entre ideologías y facciones, entre grupos y personalismos, no un parche de cáscaras vacías afortunadamente hoy rotas, sino un reencuentro del pueblo chileno con el alma de la raza, que llene ese vacío y que selle su granítica unidad en el estilo nacionalista y portaliano que forjó nuestra primitiva y ya casi legendaria grandeza.

9.6.81

II GENESIS DEL PODER

Ausente del país por algo más de un mes, no me será posible comentar cada martes los acontecimientos inmediatos. Dejo, en cambio, una serie de artículos que aportan un punto de vista (personal, por cierto) respecto de lo que estimo debe ser la participación ciudadana en la génesis del poder, tema, sin duda, el más fundamental para el futuro de nuestra patria.

ROL DE LOS PARTIDOS POLITICOS

La manera como la ciudadanía participa en la generación de las leyes, y de las autoridades llamadas a aplicarlas, constituye el nudo crítico de cualquier Constitución moderna. En efecto, la Constitución puede consagrar muchos principios de bien común y reconocer a cada ciudadano con gran amplitud sus derechos; pero, el modo como estas declaraciones de la Carta Fundamental se “aterricen” en las leyes y en los actos de administración de la autoridad, dependerá muy directamente de quiénes sean los que dicten esas leyes y quiénes sean los que ejerzan esa autoridad.

¿Cómo y en quiénes la ciudadanía delega las facultades de legislar y gobernar? ¿Cómo la ciudadanía elige a sus gobernantes y legisladores? Aquí está el cuesco del asunto institucional. En la vida de cada ciudadano esto es lo que lo toca más de cerca. De aquí depende el que la democracia sea realmente democrática y funcione como tal. De aquí depende el amparo que el

ciudadano tenga frente a los actos de arbitrariedad administrativa y la seguridad que le asista respecto a que las leyes sean justas, sensatas y no establezcan discriminaciones o privilegios odiosos. De aquí depende el que la sociedad toda se gobierne con tino y el desarrollo nacional se proyecte con éxito.

Si en asunto de tanta importancia el ciudadano pestañea, fijo es que pierde. Ha de tener los ojos muy abiertos, puesto que es de él de donde en último término emanan los poderes públicos, es decir, la ley y la autoridad. En esto consiste la soberanía.

Como el conjunto de ciudadanos de un país no puede ejercer la soberanía directamente (no sería posible, ni práctico, ni eficaz), ha de delegarla en mandatarios, personas que ellos designan o eligen de común acuerdo mediante algún procedimiento razonable, a la vez que equilibrado.

Hasta el 11 de septiembre de 1973, en nuestra Patria, el único procedimiento que operó para que la ciudadanía eligiera a sus gobernantes y legisladores estuvo encomendado (de hecho) a los partidos políticos.

Si bien teóricamente era posible que un ciudadano independiente fuera elegido senador, diputado o Presidente sin la intervención de los partidos políticos, sin su auspicio o su consentimiento; en la práctica, las probabilidades de que esto pudiera ocurrir eran muy limitadas.

En el Congreso Nacional la presencia de un independiente era golondrina que no hacía verano. Sus posibilidades de hacerse oír o de pesar en las resoluciones del parlamento resultaban francamente pobres. Dependía de la buena voluntad con que lo acogiera la aplastante mayoría de "honorables" afiliados a una u otra colectividad. De hecho, moría pollo.

A la vez, si bien teóricamente un ciudadano sin partido podía llegar a la Presidencia (y así ocurrió en los casos de Ibáñez y J. Alessandri), el éxito de su gestión dependía casi por completo del apoyo que los partidos políticos le prestaran al darle mayoría en el Congreso. Es más, la designación de sus Ministros estaba muy supeditada a dicho apoyo, al extremo que ambos gobernantes citados se consideraron "prisioneros de los partidos" en sus respectivas administraciones.

En menor escala, pero con igual intensidad, el fenómeno se repetía respecto de los municipios. Como con gran frecuencia ningún partido lograba mayoría de regidores, era habitual entre ellos "rotarse" la alcaldía mediante algún "pacto de caballeros". Este tipo de acuerdos se complementaba con un "cuoteo" de las vacantes disponibles entre el personal de obreros y empleados de la municipalidad. En todo caso, el alcalde dependía de la mayoría política de sus regidores para administrar la comuna.

De hecho, el rol de los partidos iba bastante más allá. Dueños del parlamento, a la vez que tutores del gabinete presidencial e incluso del Presidente, tenían el pleno dominio del aparato administrativo. Parece casi inútil recordar que la designación del grueso de los cargos públicos, desde los directores

de servicio hasta los porteros y desde los vicepresidentes de instituciones semifiscales hasta los choferes y los jardineros dependía de su benevolencia. Como dependían también las matrículas de los colegios, las asignaciones de viviendas, los préstamos y una infinidad de otros pequeños pero vitales menesteres del ciudadano modesto, para el cual no había otro "sésamo" que la tarjeta de recomendación de un prominente "político".

De hecho, además, las elecciones de autoridades en casi todas las llamadas "sociedades intermedias" (Universidades, organizaciones estudiantiles, sindicatos, juntas de vecinos, cooperativas, gremios, etc.) estaban supeditadas muy directamente al influjo de esos mismos partidos.

En suma, hasta el 11 de septiembre, nuestra democracia descansó en los partidos políticos. Esto no tiene nada de extraño puesto que el pluralismo partidista es la fórmula con que operan casi todas las actuales democracias.

Lo extraño es, sin embargo, que siendo tan aplastantemente decisivo el rol de los partidos políticos, siendo ellos la columna vertebral de todas las instituciones, su propia vida interna no estuviera reglamentada ni sujeta al más mínimo control. No sólo singular, sino increíble, parece el hecho de que tan vitales organismos, llamados a servir de filtro y canalización de la voluntad ciudadana en la generación de las leyes y de la autoridad, con tan omnímoda intervención en los destinos del país, no fueran responsables de sus actos ante nadie, nadie los fiscalizara y adoptaran sus decisiones con la libertad, la independencia y el desenfado con que puede hacerlo un club deportivo de barrio.

Mientras para la elección en un sindicato, por chico que sea, o para su determinación de ir a una huelga, la ley exige que se haga en presencia de un Inspector del Trabajo, árbitro imparcial que garantiza la seriedad del acto y da garantía de que se efectúe con procedimientos democráticos, para las elecciones internas en un partido o la proclamación y designación de sus candidatos la ley no exigía nada. Quedaba entregada al arbitrio de lo que los propios partidos dispusiesen. Quien se detenga un minuto a pensar en esto comprenderá lo peligroso que resulta y lo irracional que es.

Surge así la primera pregunta que la ciudadanía tiene que formularse respecto al futuro institucional de Chile. ¿Debemos volver a ese procedimiento tal cual era? ¿Es cuerdo, es prudente, dejar al arbitrio interno de los partidos, con tanta amplitud, con tanta vagüedad, con tanta liberalidad, la decisión de los destinos nacionales?

Personalmente, creo que no. Y así lo piensa mucha gente.

27.5.80

VIDA INTERNA DE LOS PARTIDOS POLITICOS

Siendo tan omnímodos su poder y su influencia, la vida interna de los partidos políticos y la manera cómo estos adoptaban sus decisiones era vital para la suerte de Chile.

Por cierto, cada partido tenía una declaración de principios, un programa de bien público, un procedimiento para reconocer a sus militantes, un reglamento interno, un tribunal de disciplina, en fin una serie de normas y reglas para regular internamente su conducta. Todas cosas muy interesantes y dignas de respeto.

Pero, para la suerte del país y para el destino de sus ciudadanos era mucho más importante la manera como esas normas y reglamentos se "aterrizaban" en la práctica. El mecanismo interno de las asambleas, las convenciones, los congresos; el procedimiento interno en la preselección y designación de sus candidatos; la forma de elección de sus directivas; sus pactos y alianzas electorales; en fin, todo aquello que en la vida diaria de estas colectividades definía su conducta pública, desde el pase de un militante para ser ministro de Estado o alto funcionario, hasta la manera de votar una ley sus senadores y diputados, o la determinación de suscitar una crisis de gabinete o de mayoría en el Congreso. Este era el meollo del asunto.

Resulta, no obstante, que en tales cocimientos el ciudadano independiente (la gran mayoría, por supuesto) no tenía pito que tocar, el militante común y corriente piteaba también muy poco y todo este manejo vital para la suerte de Chile funcionaba sin la menor fiscalización pública o legal.

Todos sabemos que hemos tenido partidos políticos regidos internamente por lo que se llama el "centralismo democrático", que no es más que la simple dictadura de una directiva sobre bases militantes que han de acatarla sin chistar. En cuanto al resto de los partidos, la democracia interna anduvo también como la mona. Para nadie es un misterio que las directivas (en el fondo oligarquías y grupúsculos internos dominantes) manipulaban a su amañó la amplia gama de actuaciones públicas ya descritas.

Y vamos por puntos.

¿Es aceptable que las decisiones internas de estos organismos, a quienes de hecho estaba entregado el dominio del país, se efectuaran sin la presencia de un ministro de fe que garantizara ante la ciudadanía el respeto de la democracia interna de cada partido y el escrupuloso cumplimiento de las normas que le daban existencia?

¿Es admisible que entidades en cuyas manos estaba la suerte de Chile, reconocieran filiación y dependencia de entidades internacionales, cuales quiera que fuere su carácter?

¿Se concibe que sus fuentes de financiamiento, el origen de los inmensos recursos que llegaron a emplear en su difusión y sus candidaturas, no estuviera a la luz pública, permitiendo así que cayeran en la dependencia financiera de otras potencias extranjeras o de poderes internacionales?

¿Cabe imaginar que, siendo por definición y origen, interpretaciones ideológicas, compromisos doctrinarios, interpretaciones plurales sobre lo que debe ser el hombre y la sociedad del futuro, pudieran trasgredir en forma tan abierta, con tanto descaro, sus propias convicciones al concretar pactos y alianzas absolutamente aberrantes desde el punto de vista ideológico, incompatibles con la fe de sus militantes y con sus propios principios?

¿Puede admitirse que el poder de hecho que tuvieron para canalizar la generación de las leyes y de las autoridades, se extienda, además, con una fuerza de succión tan absorbente al resto de los componentes de la comunidad y tiña con tanta intensidad toda la vida nacional?

¿Es legítimo que, además de ser mediadores de la soberanía, se conviertan también en mediadores de todos los menesteres mínimos del ciudadano y lo transformen en un menesteroso, pendiente de la tarjeta de recomendación que abre con arbitrariedad todas las puertas?

¿Es sano que la administración pública del Estado y la semifiscal pierdan su dignidad profesional y la carrera funcionaria se transforme en una competencia de saltos a la garrocha mediante la vara elástica que le aportan los partidos?

¿Deben ser los Presidentes de la República otra vez prisioneros de los partidos?

¿Hemos de volver a las leyes sin financiamiento, a los Presupuestos que nacen quebrados, al manejo de los recursos fiscales cuoteados por la pesca de electores?

¿Permitiremos que candidatos desconocidos en su zona, sin preparación o méritos se trepen al Congreso en hombros de los partidos que los imponen, o de sus insólitas alianzas?

Y por último, para no prolongar una enumeración que podría llenar varias páginas, si los partidos políticos han de volver, ¿aceptaremos que sean ellos mismos los que dicten un Estatuto que reglamente su propia vida interna? ¿Dejaremos que sean los conejos los que regulen el modo cómo han de comerse las lechugas?

¿Van a entregarle los ciudadanos, en quienes descansa la soberanía, el exclusivo y absoluto papel de mediadores en la vida pública?

He aquí otro grupo de preguntas que es conveniente que cada ciudadano se formule ahora, para pensarlas con calma y hacer memoria.

3.6.80

RAZON DE EXISTENCIA DE LOS PARTIDOS POLITICOS

Los partidos son agrupaciones de carácter eminentemente ideológico, doctrinal. En su conciencia íntima, cada ciudadano tiende a construirse una visión ideal de lo que debe ser el porvenir colectivo, el tipo de sociedad en que le gustaría vivir, la manera como debe ser la Patria que él quiere dejarle a sus hijos. De esta inquietud, cargada de anhelos y aspiraciones de bien común, brotan los partidos. Aparecen entonces como interpretaciones plurales ideológicas que se presentan alternativamente al conjunto de la ciudadanía para que ella pueda optar, escoger, probar una u otra a la luz de sus ideales y la manera como éstos se cumplen en la práctica. Adoptar su éxito o rechazar su fracaso.

En la naturaleza de los partidos está, pues, su pluralidad, su carácter opcional. De ello se sigue que la existencia de un partido único, un partido totalitario, excluyente de toda otra alternativa, es una incongruencia lógica. Puede ser cualquier cosa, pero no es un partido.

Los países sometidos a la dictadura totalitaria comunista han renunciado a tal esencia de pluralidad. Están privando a sus ciudadanos de la posibilidad de optar. No les dan alternativa. De allí que cuando se autodenominan "democracias populares" cometen un acto de pasmoso cinismo.

La existencia de un partido totalitario es incompatible con la existencia de los demás y constituye para ellos un peligro mortal. Basta ver lo que ocurre hoy en Cuba. De ello se sigue, también, que, si se acepta la existencia de los partidos, es indispensable excluir de su juego de opciones a aquellos que — en sus principios o en sus actos — nieguen o se propongan eliminar la pluralidad. No hacerlo así es preparar el suicidio.

Ahora bien, así como la existencia de un partido único mata al sistema, cuando el número de los partidos se multiplica excesivamente, el sistema se estanca y paraliza. Grupos de partidos cada vez más pequeños y con minúsculo influjo en la ciudadanía intervienen en el juego, alterando la composición de las mayorías. Pueden así, con sus escasos votos, influir crucialmente en las determinaciones nacionales e inclinar el equilibrio hacia uno u otro bando, al precio que les dicte su antojo.

Por otra parte, si el número de partidos es demasiado pequeño, existe el peligro de que el país se polarice en dos bandos irreconciliables o que uno aplaste definitivamente a los demás.

No hay que olvidar que en todos los partidos, aún en los más democráticos, hay una soterrada tentación totalitaria. El calor del fanatismo ideológico, el espíritu de cuerpo que en ellos predomina, el deseo de alcanzar pronto el poder y de conservarlo a toda costa, los empuja naturalmente a procurar la aniquilación de sus contradictores. La ansiedad por ganar votos e im-

nerse a la opinión pública en la conquista del poder los induce a infiltrarse en las sociedades intermedias y los arrastra a trasgredir circunstancialmente sus ideales en procura de alianza y apoyos o en la adopción de posturas públicas que contradicen su doctrina.

En consecuencia, el régimen de representación de la ciudadanía a través de los partidos políticos encierra ciertas complejidades y oculta ciertos vicios que no es fácil curar. En esto no hay ningún misterio. Es algo que hemos vivido y experimentado en nuestra Patria y que vemos a diario en otros países. No implica tampoco una necesaria condenación del sistema. Simplemente es así. Lo importante es que no lo olvidemos, que no nos engañemos nosotros mismos con su supuesta perfección.

En la medida en que los partidos se mantienen fieles a los ideales doctrinarios que les dieron origen; en la medida en que su actuación pública se mantiene consecuente con esos ideales; en la medida en que se resisten a la tentación totalitaria y respetan su carácter de opción; en la medida en que su conducta refleja con autenticidad el pensamiento de sus bases militantes y opera en ellos la democracia interna, los partidos están respondiendo razonablemente a su finalidad y justifican su existencia. En la medida en que esto no es así, se transforman en un cáncer que roe la moral pública y esteriliza los impulsos de la comunidad nacional. Entonces son la causa funesta de todos sus males.

De consiguiente, una función tan vital como la que los partidos pretenden arrogarse, al asumir el rol de mediadores e intermediarios de la ciudadanía en la generación de las leyes y de las autoridades, no puede quedar entregada a su capricho, su irresponsabilidad, su sólo arbitrio. Parece imperativo que tal función, si se la acepta, quede enmarcada en normas objetivas de disciplina y rigor jurídico, con mecanismos legales capaces de paliar sus defectos y con procedimientos tan diáfanos a la luz pública como para que la ciudadanía pueda juzgarlos en todo instante.

Y brota, entonces, una pregunta más. ¿Deben ser los partidos políticos los únicos intérpretes y mediadores de la ciudadanía en la generación de las leyes y de las autoridades? ¿Son realmente dueños exclusivos de este rol?

10.6.80

VIAS DE PARTICIPACION

En los tres artículos anteriores, con palabras sencillas, hemos hecho un análisis crítico muy elemental del rol de los partidos políticos y de la experiencia que ellos nos han dejado en años recientes. Con mucho mayor profundidad, este mismo análisis lo vienen haciendo diversos pensadores modernos, alarmados por los síntomas de descomposición que el sistema evidencia.

En efecto, sometido a las complejas tensiones de la sociedad contemporánea, pareciera ser que el sistema de representación político-partidista tiende a acentuar sus defectos y a hacer más notorios sus vicios. Esta creciente permeabilidad a la corrupción va acompañada de una cierta parálisis. La sociedad se estanca, pierde rumbo y se hace vulnerable al asalto del totalitarismo revolucionario. Un clima de desorden, de injusticia, de violencia y de anarquía desbordadora invade la moral colectiva. Si bien hay excepciones, tal fenómeno se presenta con excesiva frecuencia. Es tal la dramática intensidad que a veces adquiere que, la vida social que está llamado a preservar, parece por último casi indigna de ser vivida. Basta mirar a nuestro derredor para entender este sentimiento.

De allí que diversos analistas y pensadores se hayan formulado la misma pregunta que nosotros nos hacíamos el martes pasado. ¿Deben ser necesariamente los partidos políticos los únicos intérpretes y mediadores de la ciudadanía en la generación de las leyes y de las autoridades? ¿No hay otras vías posibles de participación plural cuya presencia dé más solidez al sistema y lo haga menos permeable a la descomposición? ¿Es posible incorporar otras vías de participación ciudadana que morigeren el empuje incontenible del partidismo y lo fueren a enmarcarse en su auténtico rol o, si así no es, lo sustituyan?

En la búsqueda de una respuesta a estas preguntas que la realidad actual hace angustiosas, esos pensadores han vuelto su atención hacia las "sociedades intermedias", que por mucho tiempo estuvieron dejadas de mano en su función pública. Vislumbran así a las "sociedades intermedias" como un "Poder Social" equilibrador del "Poder Político".

La Declaración de Principios del Gobierno de Chile, en uno de sus párrafos (párrafo que uno de sus co-redactores se empeña en olvidar, pg. 28) sostiene similar criterio. Distingue entre un poder político y un poder social, y ve a este último como un vehículo que sirva de límite, a la vez que de enriquecimiento, del poder político.

A primera vista esto suena oscuro, enigmático, difícil de entender. Pero en el fondo es muy simple. Basta explicarlo con palabras al alcance de todos para que se torne comprensible y evidente.

Veamos cómo es esto.

Cualquier chileno, aún el más común de los mortales, se encara a la sociedad en que vive con dos preocupaciones básicas. Por una parte, le inquietará el porvenir de Chile como conjunto, lo que debiera ser en el futuro y la forma de materializar ese ideal mediante una acción conjunta con todos sus demás compatriotas. Por otra, le inquieta muy directamente resolver los problemas inmediatos ligados a su hogar y su trabajo, sus perspectivas actuales de perfeccionamiento familiar y profesional, y la manera como atender eficazmente a ellos colaborando con otros ciudadanos que viven y trabajan en una situación similar a la suya.

La primera es una preocupación eminentemente política, comprometida con una definición ideológica. Quienes la sientan más viva y fuerte, procurarán organizarse en una agrupación doctrinal, tratarán de formar un "partido" con el cual influir en el resto de la ciudadanía, con miras a construir esa sociedad ideal a que aspiran.

La segunda, en cambio, es una preocupación que podríamos llamar "gremial", o "corporativa", y que impulsa a los ciudadanos a agruparse en torno a problemas muy concretos, propios del lugar donde viven o a la naturaleza de su trabajo. Quienes la sienten tratarán de agruparse para mejorar las condiciones inmediatas de su trabajo o de su hogar. De esta segunda inquietud nacen los sindicatos, los colegios profesionales, las cooperativas, las juntas de vecinos, los centros de madres, los municipios, etc. Es a éstas agrupaciones, destinadas a coordinar el esfuerzo y los intereses concretos de ciudadanos que tienen una misma actividad de trabajo o viven como vecinos en un mismo sector, a lo que se llama las "sociedades intermedias".

Hay, pues, dos vías muy reales de participación ciudadana. Una mediante la cual el ciudadano interviene en la gran planificación del porvenir colectivo como un todo. El Chile que debe ser. La otra, en que participa activamente en la solución comunitaria de sus problemas inmediatos relativos al trabajo y al hogar. La solidaridad en el Chile de hoy mismo.

En el primer caso, se ha expresado hasta el 11 de septiembre de 1973 a través de los partidos políticos.

En el segundo, se ha expresado a través de su sindicato, su gremio, su colegio profesional, su organización estudiantil o docente, su asociación empresarial o de productores, su junta de vecinos o su centro de madres.

Cuando se las mira de cerca, ambas formas de participación tienen (a lo menos) igual importancia, igual autenticidad, igual legítimo valor colectivo. Sin embargo, las "sociedades intermedias" han ido perdiendo progresivamente peso, influencia, significación, en provecho de los partidos políticos; han terminado por depender de los partidos, han caído bajo su tutoría y su dominio. Esto es anormal y es ilógico. En verdad, fueron las "sociedades intermedias" las que dieron origen a la institución del Parlamento. Los primeros parlamentos, llamados a generar la ley, garantizar los derechos y limitar

el poder despótico de los monarcas absolutos, se gestaron desde las corporaciones y los gremios, desde las "sociedades intermedias" celosas de defender sus derechos. Sólo a partir de la Revolución Francesa, que impuso un individualismo desatado, los partidos políticos empiezan a tomar la supremacía y se convierten en depositarios exclusivos de la voluntad ciudadana. ¿Por qué cegar entonces esta vía? ¿Por qué no dar a las sociedades intermedias derechos para participar en la generación de las leyes y de las autoridades?

La evolución histórica de los partidos políticos los ha llevado muy lejos de lo que fue su primitivo rol. Su sentido se ha desfigurado a tal extremo y se ha pervertido tanto que el sistema hace crisis. ¿No será hora de restablecer el equilibrio y restituir a las sociedades intermedias el peso y la influencia que realmente se merecen?

17.6.80

NATURALEZA DE LAS SOCIEDADES INTERMEDIAS

La intensa politización en que vivió Chile hasta el 11 de septiembre nos hace muy fácil entender qué es un partido. Lo que se nos suele olvidar es hasta qué punto tuvieron un poder omnímodo en los destinos del país y, sobre todo, hasta qué punto ese fue un poder irresponsable, a la vez que ejercido a puertas cerradas, a la voluntad y el amañó sin control de quienes dirigían los partidos.

En cambio, el grueso de los chilenos no se dan cuenta con la misma facilidad del rol que juegan las "sociedades intermedias", puesto que su papel ha ido quedando cada vez más minimizado, y más al margen de las grandes decisiones nacionales, por el poder de succión del partidismo.

Sin embargo, las sociedades intermedias (gremios, sindicatos, colegios profesionales, asociaciones de productores, juntas de vecinos, etc.) son la forma más natural de participación que tiene cualquier persona. Lo que ocurre es que quienes las integran han perdido conciencia del valor comunitario que estas sociedades tienen y de sus vastísimas posibilidades de influir legítimamente en la vida colectiva. En otros términos, han perdido conciencia del derecho que tienen a pesar como cuerpo en los destinos nacionales. Tanto es así que muchas de ellas se han transformado en meros "timbres", en un papel con membrete.

Tal vez, lo más práctico para aclarar la importancia de las sociedades intermedias y el rol que están llamadas a jugar, sea hacer un paralelo entre ellas y los partidos políticos.

a) Las sociedades intermedias son agrupaciones naturales. Todo hombre nace en una familia y tiene en su vida un trabajo para ganarse el pan.

Los partidos son agrupaciones artificiales. Nadie nace en un Partido. La convicción política es algo que se toma y se deja.

b) Las sociedades intermedias son permanentes. Mientras exista familia y exista la necesidad de ganarse la vida trabajando habrá agrupaciones de vecinos y habrá agrupaciones de trabajadores.

Los partidos son transitorios. Nacen, evolucionan y desaparecen. Las ideologías están sometidas a constante transformación. Pierden vigencia y pasan.

c) Las sociedades intermedias son anteriores al Estado. No es el Estado quien las crea, sólo las reconoce y reglamenta su ejercicio.

Los partidos son creaciones del Estado. Surgen artificialmente como mecanismos alternativos y opcionales para generar el poder.

d) Las sociedades intermedias cubren virtualmente toda la población. Toda persona que posee un hogar, o estudia o trabaja en alguna actividad, está ligada a una u otra sociedad intermedia.

Los partidos abarcan un segmento reducido de la ciudadanía. Hay siempre una gran masa independiente no comprometida con ninguno de ellos.

e) Las sociedades intermedias están vinculadas a un sector específico, sea de la geografía física o de la geografía económica del país. Juntas de Vecinos, Centros de Madres, etc. en un caso; gremios, sindicatos, profesionales, etc. en el otro.

Los partidos políticos carecen de área específica, se propagan sin limitaciones.

f) Las sociedades intermedias son compatibles entre sí. Una misma persona puede estar afiliada a varias de ellas. (Un agricultor puede ser profesional e integrar una junta de vecinos).

La afiliación a un partido excluye la afiliación a otro. La doble militancia partidista es una perversión del sistema.

g) La afiliación a las sociedades intermedias responde a una calidad propia del individuo. Se pertenece a ellas en cuanto madre de familia, trabajador, empresario, profesional, vecino de un sector, etc. y su fuerza nace entonces del papel que cada uno de sus miembros cumple en la comunidad.

A los partidos políticos se pertenece sin distinción de función o calidad, por la mera circunstancia de ser un ciudadano y adherir a un programa.

h) Las sociedades intermedias están despojadas de todo compromiso doctrinal o sectario. Su misión es abordar los problemas comunes y concertar los intereses inmediatos de sus asociados, en cuyo tratamiento si bien caben distintos criterios pragmáticos de eficacia, no caben las disenciones ideológicas.

Los partidos son entidades por esencia ideológicas. Priman en ellos los criterios programáticos y doctrinales, puesto que se plantean como formulaciones teóricas respecto de lo que debe ser el porvenir colectivo.

i) Por el carácter orgánico que les es propio, las sociedades intermedias tienden a la unidad nacional y la favorecen. Un agricultor y un minero podrán disentir respecto a la prioridad de sus actividades en el desarrollo comunitario, pero estarán identificados por un mismo propósito en cuanto padres de familia, vecinos o integrantes de una misma región. Hay siempre vasos comunicantes, puesto que cada sociedad intermedia no totaliza todo lo que cada ciudadano es. Nunca la divergencia entre una y otra sociedad intermedia es total, puesto que no totaliza todo lo que cada uno de sus miembros es.

Los partidos políticos, en cambio, tienden a acentuar la división nacional, desunen y desgarran por su afán totalizador ideológico, que exige a cada miembro de ellos un compromiso global que abarca todas las expresiones colectivas. El país se parte en bloques sin posibles vasos comunicantes. Todo fanatismo ideológico es el preámbulo de la guerra interna.

De esta somera contraposición, que podría estirarse mucho más, se desprende que la naturaleza de las sociedades intermedias es diametralmente opuesta a la de los partidos políticos. A la vez, se desprende la enorme amplitud de su ámbito de acción y la capacidad potencial que tienen como vías de participación democrática para los chilenos y de aglutinamiento de las fuerzas vivas del país. En su conjunto, las sociedades intermedias condensan, en amplísima gama, todas las aspiraciones y anhelos del alma nacional, o, si no es así, están en condiciones de canalizar esas aspiraciones y anhelos en la medida en que se les dé vigor.

Es más, el modo como cada persona se integra a cualquiera de ellas, le permite participar con una experiencia y conocimiento inmediato de las materias que son de preocupación colectiva. La participación se hace entonces real, objetiva, vivaz. En el seno de un sindicato o de una junta de vecinos, de una corporación universitaria o de un gremio, cada uno de los integrantes sabe muy bien cómo enfocar los temas que allí se tratan, y tiene un fundamento legítimo y muy sólido para aportar su opinión. No es un número, un mero voto disperso en la inmensidad del electorado; está, por el contrario, articulado a su cuerpo social de modo inmediato y directo, como persona.

¿Por qué, entonces, negar a las sociedades intermedias, legítimos representantes de dos funciones tan básicas como son la familia y el trabajo, el derecho a participar o intervenir en la generación de las leyes y de las autoridades llamadas a ejecutarlas? ¿No tienen derecho a una voz propia en el trazado de los destinos nacionales? ¿Han de ser los partidos políticos los que necesariamente las interpreten a través del teñido cristal de sus doctrinas? ¿Los trabajadores o los padres de familia no han de ser escuchados como tales al dictarse las leyes que regulen su suerte futura?

24.6.80

ROL DE LAS SOCIEDADES INTERMEDIAS

El martes pasado hicimos un paralelo elemental entre los partidos políticos y las llamadas sociedades o cuerpos intermedios como vías de participación ciudadana, a la vez que nos preguntábamos por qué las sociedades intermedias no poseen cauces propios de participación en la génesis de las leyes y de las autoridades.

Habituados como estamos a que el país se haya manejado exclusivamente por mediación de los partidos políticos, la pregunta suena en un primer momento como extravagante, insólita, caprichosa. Pero, si nos detenemos a pensar que la urdiembre del tejido social chileno está conformado por las sociedades intermedias y que ellas, de un modo u otro, incluyen en su seno e interpretan en sus más básicas e inmediatas aspiraciones a la totalidad o casi totalidad de nuestros compatriotas, ya no parece tan absurdo postularlas como una posible fuente de la ley y de la autoridad.

Quizás donde más fácil se visualice esto es en la organización y desarrollo de la vida comunal: en los Municipios.

Si hay un campo donde los sectarismos ideológicos, las doctrinas políticas, el partidismo militante sobran es en los problemas de la comuna. Cuestiones como urbanización, luz, agua, alcantarillado, aseo, tránsito y mil otras propias de la comuna (desde el parvulario o el jardín infantil, hasta la cancha deportiva, la plaza de juegos para niños, la posta de primeros auxilios o el teléfono público) son de índole muy concreta, actuales, inmediatos, bien poco tiene que hacer con social democracia, liberalismo, socialismo o lo que sea. Para unir el esfuerzo de los vecinos y sacarlas adelante basta buen criterio, honestidad, espíritu solidario, sentido común y afán de bien colectivo. En cambio, sobran como camisa de once varas los postulados ideológicos, el compromiso de bandería, las consignas y tinturas partidarias. Pareciera lógico, entonces, que fueran abordadas desde las asociaciones naturales de los vecinos, desde sus juntas, sus centros, en común. ¿Quién está en mejor condición de juzgar lo que debe o no debe hacerse en esos asuntos que los vecinos mismos?

No obstante, las Municipalidades han estado entregadas al arbitrio y la riña de los partidos, de sus pactos, sus alianzas, sus enconos, en tanto que las agrupaciones naturales que reúnen a los vecinos han quedado marginadas de todo poder de decisión municipal. Repugnando de un ambiente de cambullones y arreglines, el grueso del vecindario se ha desentendido de lo que allí ocurra y de la administración de la comuna.

Ya sabemos qué consecuencias trajo esto, hasta qué punto las Municipalidades se esterilizaron, su aparato administrativo se burocratizó y los dine-

ros comunales se fueron a la chuña. Ha bastado poner término a la intervención de los partidos para que las Municipalidades se esponjen, adquieran nueva vida y sus recursos rindan mil veces más.

Durante años, la intrusión partidista en la vida comunal hizo el efecto de un tapón, ahogando la auténtica expresión de las aspiraciones comunitarias, y tendió un muro de aislamiento entre el Municipio y sus habitantes. Tras ese muro, los destinos, el progreso y la conducción de las Municipalidades se cocinaron a puertas cerradas, con una mira electorera, con un afán proselitista, como instrumento de propósitos extraños a la voluntad de sus vecinos.

Y si a nivel comunal, las sociedades intermedias se ven entonces como la vía más sana de participación democrática ¿por qué no han de serlo también a nivel regional? Las comunas son la base de una pirámide, cuyo primer vértice es la región. Allí se suman y condensan en un haz los impulsos, aspiraciones y voluntades que brotan de la base social. Allí debieran concertarse. ¿Acaso las agrupaciones de trabajadores, de agricultores, de comerciantes, de mineros, los gremios, los sindicatos, no constituyen fuerzas vivas, representativas del sentir nacional?

Si visualizamos las sociedades intermedias como un tejido integrador de la comunidad, podemos también imaginarlas vertebradas piramidalmente a cualquier nivel, hasta resumir nacionalmente las voces armónicas que nacen del trabajo y el hogar. Entonces se comprende que las sociedades intermedias tienen un derecho legítimo a participar en la generación de las leyes y de las autoridades. Se comprende también que al cegar este cauce de participación, al castrarlas, al amputarlas para entregar al partidismo político la totalidad del poder, la exclusividad del poder, se está distorcionando la voz del alma nacional y se están creando presiones y gérmenes de creciente insatisfacción en la raíz misma de la soberanía.

Quienes niegan a las sociedades intermedias este rol participativo esgrimen un argumento de apariencia sólida. Sostienen que otorgarles intervención en la generación de las leyes y de las autoridades rompería la unidad nacional, puesto que se trata de organismos representativos de "intereses", donde siempre primará la visión parcializada y unilateral de esos intereses por sobre la conveniencia del país. En otros términos, los agricultores, los comerciantes, los profesionales o los trabajadores medirán siempre los problemas del país con la vara de su provecho.

Pero este argumento, de apariencia tan sólida, se deshace si lo revertimos a los partidos. ¿Acaso sus pasiones ideológicas, sus fanatismos excluyentes, su estrechez doctrinaria no rompe de un modo más dramático y a veces más irreconciliable la unidad nacional? ¿Acaso sus miras frente a la conveniencia del país no están tan o más comprometidas por sus propios intereses electorales, sus luchas por el poder o sus apetitos? ¡Lo hemos visto! ¡Lo estamos viendo!

No, ese no es un argumento. Las sociedades intermedias como los partidos son vulnerables a la corrupción. Las sociedades intermedias, como los partidos, están marcadas por intereses parciales (ideológicos y electorales los unos, económicos o sociales los otros). En las sociedades intermedias y en los partidos políticos la democracia interna en las decisiones colectivas puede transformarse en ficción. Ambos pueden caer en manos de oligarquías (lo hemos visto en el caso de algunos sindicatos y cooperativas). Pero estos defectos, estas imperfecciones, estas limitantes, no son nunca tan graves como en los partidos. Si hubiera que escoger cuál es la vía más sana y más auténtica de participación y la menos frágil a las tentaciones y los vicios, es indudable que esa elección no favorecería a los partidos. No se ve entonces por qué han de primar los unos sobre las otras.

10.7.80

ALGUNAS CONCLUSIONES

A través de una serie de artículos he procurado, en forma muy elemental, aportar un punto de vista que algunos sectores están muy interesados en opacar, respecto de lo que es el centro neurálgico de la futura institucionalidad chilena; vale decir: el problema de la generación de las leyes y de las autoridades.

En todos los aspectos que aborde la nueva Constitución, ninguno tiene importancia más vital que éste. Tenemos que construir una democracia auténticamente participativa, fiel reflejo de la voluntad soberana. El que lo sea realmente va a depender en esencia de las vías que tenga la ciudadanía para expresar su voluntad y los órganos que le sirvan de intérprete y mediadores. Si el instrumento de mediación e interpretación es feble, infiel, distorsionador, si al interpretar y mediar tuerce y desfigura esa voluntad soberana, la nueva institucionalidad será un fracaso. Si ese instrumento de mediación e interpretación resulta excesivamente poroso a la corrupción y la descomposición moral, retornaremos al caos de donde venimos. La historia se volverá a repetir con su ciclo de tambaleos, declinación y fracaso.

¡Con una diferencia! Que las segundas partes siempre fueron peores.

O imaginamos un sistema racional, moderno, orgánico, sólido, sensato, equilibrado, como el que imaginó Portales, o esta será una de tantas Constituciones condenadas a transformarse en papel picado.

Ahora bien, creo que del somero análisis que hemos hecho se desprenden algunas conclusiones objetivas que no importan necesariamente una defini-

ción, sino que señalan simples prioridades alternativas.

a) Podemos aceptar a los partidos políticos como únicos intérpretes e intermediarios reales de la voluntad soberana, tesis en que tantos voceros de las clases ilustradas se obstinan; pero, si es así, parece absolutamente imperativo procurar un previo saneamiento de esas instituciones, pervertidas e irresponsables hasta ayer.

Ello implica por lo menos tres cosas:

1. Dictar un Estatuto que regule su nacimiento, su existencia y su conducta en términos que den garantías suficientes de democracia interna en ellos, consecuencia entre su doctrina y su acción, absoluta desvinculación con entidades supra-nacionales, claridad meridiana en sus fuentes de financiamiento y, en fin, cuanto pueda velar por su pureza.

2. Exclusiones de aquellas colectividades que por su doctrina o sus actos renieguen de su carácter de opción plural o abriguen tendencias totalitarias.

3. Que ese Estatuto se dicte antes de que los partidos recuperen su vigencia y en términos de resguardo constitucional suficientes para impedir que sea amañado o modificado por ellos a su antojo.

Cualquier cosa por debajo de estas mínimas exigencias es un suicidio.

b) Podemos estimar, como parece lógico y como nos ha enseñado una amarga experiencia, que los partidos políticos no merecen ni pueden ser los dueños del poder si queremos preservar la salud de la República. Podemos estimar que no es conveniente ni sano que sean los únicos mediadores e intérpretes de la voluntad ciudadana y la única vía de participación de la ciudadanía.

En ese caso, como lo señala la Declaración de Principios del Gobierno de Chile, la solución está en establecer un equilibrio entre Poder Político y Poder Social, creando dos fuentes paralelas de la ley y la autoridad a través de los partidos y de las sociedades intermedias.

Ello implica:

1. Excluir el partidismo de las sociedades intermedias, despolitizándolas.

2. Vigorizarlas y vertebrarlas en términos de eficacia para que sean un auténtico receptáculo de las aspiraciones comunitarias.

3. Reglamentar su existencia y su conducta con un Estatuto equivalente al de los partidos.

Se ha sostenido que tal paso implicaría politizar a las sociedades intermedias, convertirlas en "otros partidos políticos", hacerlas aún más vulnerables al influjo ideológico de los partidos que se disputarían su control.

No hay tal. Es exactamente a la inversa. Precisamente, al negarles canales propios de participación (especialmente en la generación de las leyes), es que las sociedades intermedias se ven forzadas a recurrir a los partidos como a padrinos. Es precisamente porque ellas no tienen vías para pesar directamente que los partidos pueden instrumentarlas.

En la medida en que las sociedades tengan voz y vías propias para pesar en los destinos nacionales, mayor será su conciencia de cuerpo social y menos permeables se harán a los influjos de cuerpos extraños.

Se ha sostenido también que tal paso implicaría polarizar la comunidad en dos bandos, uno político, conformado por los partidos, y otro social, conformado por las sociedades intermedias. Eso es cierto, pero no debemos olvidar que todo organismo vivo, y una nación lo es, es por excelencia un equilibrio de fuerzas. La enfermedad y la muerte vienen en ese organismo, como en cualquier otro, cuando el equilibrio se rompe, y una fuerza aplasta, abruma, ahoga a las demás, como ocurrió en Chile con el partidismo.

c) Por último, podemos estimar que los partidos políticos definitivamente no dan garantías de solvencia y que su existencia ya no se justifica, que agotaron sus posibilidades históricas en Chile. Y en ese caso, cabe postular que la única vía de representación de la soberanía sean las sociedades intermedias, como diversas voces vienen sosteniendo últimamente.

En ese caso, la nueva institucionalidad requeriría de un proceso previo de intensa preparación y aglutinamiento corporativo, ya que las sociedades intermedias tal como están hoy distan mucho de estar preparadas para tan magna tarea.

Lo que creo que hay que tener muy claro es que no existen más caminos que estos, al menos a grandes rasgos. Podrá haber variantes técnicas en el detalle; pero todas vierten hacia una u otra de estas alternativas. No hay otras. Pienso, también, que todos y cada uno de los chilenos debemos sopesarlas con sumo cuidado, examinarlas con gran altura de miras, despojados de toda pasión u obstinación y encontrar una respuesta certera, porque de ello depende la suerte de nuestra Patria.

8.7.80

LOS INTERMEDIARIOS DE LA SOBERANIA

En el reciente seminario sobre "Las Constituciones Contemporáneas", auspiciado por la Corporación de Estudios Nacionales conjuntamente con la Universidad de Chile, los expositores extranjeros visitantes mostraron una preponderante tendencia crítica respecto del régimen de partidos tradicionales. Experiencias recogidas en España, Francia, Austria, Italia, Uruguay y diversos otros países concurren con la nuestra, vivida aquí tan recientemente, y alertar respecto a la necesidad de revisar con cautela la intangibilidad de un sistema cuya propensión al fracaso lo ha hecho en diversas partes del mundo eviden-

ciarse, a la vez, como excesivamente frágil, espureo y frustrante.

No es que se cuestione el principio de opciones plurales, representativas y democráticas que concurren a la generación de la autoridad y de la ley. Menos aún que se niegue el aporte iluminador que allegan al debate de la cosa pública, en el diseño del porvenir, las distintas corrientes ideológicas de auténtica raigambre democrática. No.

Lo que está realmente en tela de juicio es si los partidos políticos deben o no conservar el monopolio exclusivo como intermediarios de la soberanía. Si han de seguir siendo sus únicos voceros e intérpretes, dueños arbitrarios, omnímodos, sin contrapeso alguno, de las decisiones que gestan tanto al Ejecutivo como al Congreso. En otros términos, lo que la experiencia práctica ha puesto en solfa durante las últimas décadas en las naciones occidentales —y con mayor razón en las otras— es, ni más ni menos, que la génesis del Poder.

¿Puede entregarse impunemente a los partidos el manejo sin disputa de las llaves del reino de este mundo? ¿Son ellos los únicos intermediarios legítimos, válidos, de la soberanía? ¿Debemos devolver a ellos la plenitud del Poder, todo el Poder?

En una entrevista radial hace unos días, un muy conocido hombre público, nos recordaba una vez más con tono amonestador aquello de que la soberanía reside en el pueblo. Nos decía: “Es el pueblo el que tiene la soberanía y **nadie más**. En el pueblo reside la soberanía y éste la delega”. Luego se preguntaba: “¿Y cómo la delega?” Para contestarse a sí mismo: “La delega por elección”.

Pero esta respuesta, tan sólida, deja abierta una interrogante no aclarada: ¿Elección de quiénes? ¿Administrada por quiénes? ¿Presentada, fraguada y propuesta a la voluntad soberana del pueblo por quiénes? ¿Sólo, exclusivamente por los partidos políticos? ¿Son ellos los únicos privilegiados propietarios de esa delegación y en ellos debe imperativamente recaer? Si fuera así, lo menos que se puede señalar es que la recomendación viene de muy cerca. Demasiado cerca.

El tema tiene una importancia y un interés enorme. Es la vida misma de las sociedades democráticas en el futuro y la libertad del hombre lo que están en juego. No es chacota. No se trata de meras disquisiciones teóricas y exquisiteces de quienes gustan elucubrar fórmulas constitucionales de fantasía, buscándole la quinta pata al gato. Simplemente, nos va en ello el pellejo del alma a todos.

¿Queremos realmente de nuevo un Presidente que sea prisionero de los partidos políticos, hechura de varios o de uno de ellos, su títere? ¿Queremos de nuevo oír a un Presidente decir: yo no soy el Presidente de todos los chilenos, soy el Presidente de la coalición que me eligió, o uno que, sin decirlo, actúe como si lo pensara y dilapide su gestión en el afán de consolidar por cien años el Poder para su partido, aunque esto lleve a una situación suicida? ¿Queremos un Presidente forzado a negociar la selección de sus Ministros en

el seno de los partidos políticos, abiertamente o en la trastienda de los mismos? ¿Queremos Secretarios de Estado más sumisos al dictado sectario de su partido que a la voluntad arbitral del Presidente?

¿Queremos que la generación de las leyes quede sometida exclusivamente al prisma de las pasiones y sectarismos ideológicos? ¿Queremos que los partidos políticos sean el único harnero seleccionador de los hombres que en el Congreso Nacional han de dictar las leyes y quienes disciernen sobre la idoneidad de éstos para cumplir una tarea altamente tecnificada?

¿Queremos restituir la administración municipal, el bienestar y el manejo de los dineros comunales a manos de las pintorezcas combinaciones de mayorías y minorías políticas que hasta ayer las cocinaron?

Y por sobre todos estos querereres o no querereres, ¿creemos que si así se construye en definitiva la nueva institucionalidad, podremos luego dormir tranquilos, seguros de haber consolidado nuestra democracia y libertad?

La verdad es que ésta es la gran pregunta que nos ronda a todos en el corazón.

¿Y después qué?

Esta es la gran pregunta que contiene los desaforados, voraces, incontenibles apetitos de quienes braman por un rápido "aperturismo", entendiendo por tal la entrega lisa y llana de los destinos nacionales al cambullón partidista.

En tiempos de estabilidad internacional, la solución es fácil: Copiar, seguir el modelo consagrado, el modelo de aquellas naciones que, puesto en práctica, ha probado tener éxito. Pero, en tiempos de angustia como los de hoy, en tiempos desgarrados de búsqueda y de ensayo, no hay hacia dónde volverse. Hay que parir de sí. Hay que inventar una nueva sensatez coherente y atendida a la realidad tal cual es. De nada sirve refugiarse en la obstinación del pasado, por exitoso y viable que haya sido, ¡si es que lo fue! Hay que innovar.

Tal vez la más grave crítica que se puede hacer al actual proyecto de Constitución, trabajo de indiscutible mérito técnico, es haber ignorado el nudo de la cuestión. El haber consagrado como únicos intermediarios válidos de la soberanía —y esto en términos extraordinariamente difusos, insuficientes y timoratos— a los partidos políticos. Tal vez por esa omisión, más que por otras, el proyecto resulte definitivamente inadecuado.

Hay que encarar el problema en su raíz. Hay que mirarlo con hombría y de frente. El temor reverencial que inspiran las fórmulas consagradas, muy trilladas por el hábito y que se han hecho letra muerta, no tiene por qué enmudecernos. Cuanto respecto a ello se debata será inmensamente positivo. Es más, mientras su cabal respuesta no esté absolutamente clara, ningún paso consistente y seguro se habrá dado hacia la nueva institucionalidad que todos queremos.

La discusión no está planteada entre parlamentarismo o presidencialismo. La discusión no está planteada entre régimen de partidos sometido a un estatuto o régimen de partidos absolutamente irresponsable. Nuestra vivencia de las últimas décadas no se satisface con esto. El problema de fondo es el rol que los partidos han de jugar en la génesis del Poder. Si serán sus únicos, ilimitados, despóticos dueños o tendrán que compartir y limitar su calidad de intermediarios de una soberanía cuyo exclusivo y auténtico señor es el pueblo de Chile y nadie más.

Pero un debate serio del problema requiere integridad de intenciones. Integridad que no posee, por supuesto, la reciente declaración aparecida en la prensa con la firma de un grupo de ex-embajadores. Para fundamentar el imperativo de que Chile construya una nueva institucionalidad democrática eficiente no se necesita recurrir al argumento especioso de su difícil postura internacional. Más de medio centenar de países que sería ridículo calificar de democráticos y cuyo atropello a los derechos humanos alcanza dimensiones de hecatombe viven y han vivido largos años en la más confortable convivencia internacional y han sido agasajados como niñas bonitas por el resto del mundo. Y esto le consta muy bien a algunos de esos ex embajadores, que presentaron a Chile precisamente en esas naciones con particular complacencia, sin asco, sin inquietarse por las tropelías que en ellos se cometían o temer que redundaran en aislamiento o pérdida de prestigio moral.

Si no fuera tan evidente la filiación política de los firmantes y el móvil que en verdad los mueve, apenas disfrazado tras el ex-rango con que se enmascaran, su lógica argumental, más que a malicia o subterfugio, habría que atribuirle a estupidez.

¡Te conozco, mascarita!

27.11.79

CHILE COMO TAREA

Es imposible no sentir orgullo y admiración por la madurez cívica de este país, por su innato sentido de las proporciones, por su ingénita mesura y su sensatez sin aspavientos.

Quien quiera que haya concurrido a las urnas este 11 de septiembre, sea para dar el SÍ o para dar el NO, tiene que haber palpado como algo tangible la atmósfera de mutuo respeto, de orden y disciplina, que esa inmensa masa de más de seis millones de votantes le imprimió al acto.

No era una decisión fácil, ni por el contenido de lo que estaba en discusión, ni por la complejidad de los valores que había que ponderar en pro o en

contra, ni por el clima previo de natural pasión con que se cargó el debate. Y sin embargo, llegado el momento, en la soledad de su conciencia, cada chileno se comportó como persona y depositó el aval de su criterio razonadamente, ponderando con ecuanimidad sus múltiples factores.

Muchas veces hemos pretendido competir con otras naciones en la arena del deporte o del arte, con la calidad de nuestros vinos o de nuestras mujeres; pero, si hay algo en lo que podemos darle a cualquiera cancha, tiro y lado, si hay algo en lo que podemos dar al mundo una lección, es en el manejo serio, responsable, reflexivo de nuestro destino. El jueves 11 de septiembre, Chile dio una demostración cabal de lo que debe ser la conducta de una nación adulta que se precia de ser civilizada.

Podrán negarlo afuera, seguirán diciendo las inepcias y mentiras a que ya nos tienen habituados; pero, quien quiera que haya presenciado este Plebiscito tendrá que reconocer que el fallo de la voluntad soberana ha sido inapelable. Las mayorías silenciosas optaron por el SI, dieron el SI sin vuelta que darle. El país eligió y su mandato tiene tal fuerza, tan incontrastable peso, que no cabe otra cosa que acatarlo.

Con certero instinto, esas mayorías fueron al hueso del asunto, a lo que era primordial en esta disyuntiva, sin perderse en las minucias, en lo que en el debate colgó de superfluo adorno o chuchería. No hay más que hablar.

Estamos enfrentados ahora a una tarea gigante. Una tarea de unidad y construcción. Tarea donde sobran, donde están ya absolutamente de más los dimes y diretes del día antes, los "creí que" y los "pensé que". Tarea a la que todos los que sienten un sincero respeto por la voluntad nacional se deben y están ahora obligados a serle fiel.

Las cegueras y obstinaciones de ayer, los prejuicios y reservas que nos enconaron, excusables en tanto el pueblo no dio su veredicto, no tienen ya excusa ni justificación hoy. El país ha dicho: "Quiero esto y lo quiero así". Punto.

Un vasto horizonte de estabilidad y de paz se abre hacia mañana. ¡No lo despreciemos! El mensaje del alma nacional ha sido en extremo claro. Nos está invitando a deponer las armas del sectarismo en aras de ese horizonte. Nos pide que lo miremos de frente, con generosidad, con optimismo. ¡No lo desoigamos!

Quienes erraron al juzgar tienen hoy la ocasión de rectificar su juicio. La tarea es demasiado grande, demasiado hermosa, la decisión demasiado clara, demasiado irrefutable para que un chileno que se precie de tal pueda negarle su concurso.

16.9.80

EL FIN DE UNA JORNADA

Chile inicia mañana un nuevo período de gobierno constitucional y pone término a la etapa de transición que tuvo su origen el 11 de septiembre de 1973.

La fecha tiene así un doble significado. Por una parte, adquiere carácter augural, abre hacia el futuro un ciclo de períodos presidenciales llamados a reanudar la fecunda tradición portaliana, en una democracia moderna, dinámica y participativa.

Por otra, representa el fin de una jornada. La magna tarea de estos siete años se consolida en el ordenamiento jurídico de la Constitución ya vigente y, en consecuencia, la más primordial de todas las metas propuestas se ha cumplido.

Justo es entonces arrojar una mirada hacia el dramático, difícilísimo período que queda ahora atrás. ¿Quién de nosotros, hace siete años, hubiera creído que esa meta se iba a alcanzar de un modo tan firme, sereno y cabal? ¿Cuántas veces en estos siete años vaciló y tembló la confianza de la civilidad, abrumada por la magnitud y complejidad de problemas que parecían insolubles? Yo me atrevería a decir que ni el más optimista de nosotros las tuvo todas siempre consigo.

Y sin embargo se ha logrado. Se ha logrado con cordura, con éxito. Se ha logrado pese al excepticismo de muchos y la enconada obstrucción de algunos. Se ha logrado construir esa meta con materiales duraderos, capaces de desafiar el tiempo y la adversidad.

Está hecho y lo hicieron las Fuerzas Armadas de Chile.

Porque muchísimo más justo todavía es reconocer precisamente eso. Como otras veces en su historia, las Fuerzas Armadas han dado una portentosa prueba de su capacidad institucional, testimoniando que son depositarias de las reservas morales del alma de Chile. Es su obra. Obra ejecutada con certero instinto, con unidad inmovible y, sobre todo, con desinterés ejemplar.

Ningún programa, ningún plan, ningún esquema, ninguna política económica o administrativa habría podido sostenerse un solo día, ninguna habría podido germinar ni cimentarse sin el respaldo consciente de las Fuerzas Armadas y sin su inmovible decisión de aceptar sobre sus hombros el peso amargo de esta larga jornada.

Cuando se piensa en esto, cuando se mide el tamaño de los obstáculos, la gravedad de las responsabilidades, las asechanzas, las tentaciones, las suspicacias e incomprensiones de que se les hizo blanco, uno no puede menos que sentir a la vez orgullo y gratitud.

Orgullo, porque en ese espejo sin mácula miramos hoy, como miraremos

siempre, las más nobles virtudes de nuestra raza. Con justicia puede decirse que nuestras Fuerzas Armadas son el pueblo en armas. El vero pueblo, el pueblo eterno, eso que en el clamor íntimo de nuestro corazón llamamos Chile.

Tal vez suene a insolencia, pero vale la pena considerar cuán distinto habría sido este lapso de siete años en cualquier otro rincón del continente y, sobre todo, en aquellos países que más acerbamente nos juzgaron.

Pero el orgullo sería insuficiente si no fuera acompañado por una gratitud tan tenaz como sincera y contrita. Porque la civilidad ha contraído con las Fuerzas Armadas de Chile una deuda sin medida y, además, está obligada con ellas a un acto de remordimiento.

Fue la impotencia de la civilidad, fue su fracaso en el desempeño de su rol, lo que obligó a las Fuerzas Armadas a echar sobre sus espaldas la pesada carga de sacar al país a flote, sin descuidar por ello su misión profesional, que en estos años ha estado sometida a muy similares apremios.

Como el éxito suele embriagar y ahuyentado el miedo es frecuente que renazca la soberbia, este es el minuto más oportuno para que los civiles hagamos un acto de contrición, a la vez que de abierto y formal reconocimiento.

Chile es lo que es hoy gracias exclusivamente a las Fuerzas Armadas y al General Augusto Pinochet que las condujo.

El resto son minucias.

Hay un sólo modo como la civilidad puede pagar esa deuda. Es asumiendo con humildad y prudencia la misión que otrora claudicó; pero ceñida esta vez al ejemplo de servicio público y honestidad de miras que ha recibido en estos siete años; curada de las lacras de demagogia y sectarismo que antaño la enlugaron. Más aún, con la certidumbre de que nunca más podrá colocar a las Fuerzas Armadas en una urna de cristal, de espaldas a la realidad pública y privadas de toda intervención en los destinos nacionales.

Mañana el General Pinochet jura como Presidente constitucional. Largo es el camino recorrido desde el 11 de septiembre, pero aún resta mucho por andar. Bajo su guía firme, el país convaleciente tendrá que aprender sin apremios a conducirse dentro de las normas de la nueva Carta y generar de sí formas eficaces de representación. Siempre existirá el peligro de que las pasiones se desboquen y rebroten los antiguos vicios. No es fácil vencer al pasado. No está aún vencido.

Pero el pueblo chileno ha demostrado en estos siete años su madura, ponderada sensatez, tenemos un Presidente que es árbitro rector, a quien ilumina la mejor estrella, y las Fuerzas Armadas son ahora la conciencia vigilante de la Constitución misma. De allí que Chile pueda mirar con confianza la etapa que se inicia con el fin de esta jornada.

10.3.81

LASOMBRADEUNADUDA

Hasta el martes pasado me fue fácil escribir. Como chileno y como nacionalista nunca tuve la menor duda respecto a cual era mi deber frente al régimen. Un régimen que había tomado sobre sus hombros la ímproba tarea de sacar a mi patria del abismo. Un régimen que lograba hacerlo con rectitud, con honestidad y con éxito.

No cabía otra actitud que la de un apoyo incondicional y resuelto, golpeando sin asco sobre los vacilantes, los blandos, los tibios o los obsecados. No había lugar para distingos ni matices. Era el sí o el no. Para cualquier chileno con el corazón bien puesto la elección era indudable.

De allí mi repulsión por aquellos civiles que, en las difíciles, amargas jornadas que culminaron ayer, más de una vez pospusieron el interés patrio a su propio, mezquino interés y muñequearon, tironearon o conspiraron para acomodar esa magna tarea de reconstrucción con vistas a sus futuros acomodos o a sus expectativas. Uno puede sentir antipatía por la oposición; pero intelectualmente la comprende. Por esos otros civiles, no puede sentir más que desprecio.

Más de una vez, en la disputa ingrata con unos y con otros (sobre todo con esos otros) fue necesario callar, guardar silencio, por respeto, por conservar la unión en torno al régimen, en último término por decoro, dejando atravesados en el tintero epítetos que se me venían con muchas ganas a la garganta en presencia de algunas truhanerías. Porque esta regla de unidad, respeto, decoro y silencio no fue precisamente muy usada por quienes con frecuencia nos dieron con el mocho del hacha y usando armas de muy mala ley.

En vísperas del plebiscito estuvimos a punto de callar definitivamente, exasperados por esta guerrilla de mampuesto. Sólo porque la hora era crítica, hubo que apretar los dientes y seguir.

Pero ahora la cosa es diferente. No estoy seguro si esta columna de los martes puede ser todavía útil o si sólo sirve para complicar y hasta para enturbiar el ambiente.

El Presidente Pinochet inicia su gobierno constitucional en una atmósfera por demás auspiciosa, sólidamente arraigado, más firme que nunca. Tiene ya tras sí una obra maciza, que se yergue en el horizonte de este siglo con majestad de cumbre entre llanuras y pantanos. Es evidente que los próximos años serán de portentosa fecundidad, en un clima próspero, de progreso y desarrollo económico, en el que el país cosechará cuanto se ha sembrado en los siete años anteriores.

Pero es ahora un gobierno constitucional en que caben los matices en la medida en que ya no sólo hay metas, como antes, sino que también hay

plazos. Plazos en que la civilidad tendrá que definirse. Plazos en que tendrá que adquirir una fisonomía política de la cual dependerá el futuro y la prolongación de esta obra ya lograda. Fisonomía de la cual dependerá el que esta montaña tan duramente construida se mantenga erguida, o se erosione, se desgaste y se aplane, por esa vocación de chatura y ceguera que caracteriza políticamente hasta hoy a nuestras clases ilustradas.

Pues bien, de allí viene la sombra de esta duda, apenas incipiente. Siento una gran admiración por la capacidad técnica de los equipos civiles que rodean al gobierno. Capacidad que descansa y es posible gracias a los desvelos del Presidente, su instinto para ir al hueso de los asuntos, su sentido de lo esencial y su coraje para perseverar en ello sin cejar un ápice.

Aprecio la serenidad que muchos de los colaboradores técnicos civiles más destacados y brillantes han tenido para mantenerse al margen de las corrientes y sus contiendas, mérito en ellos inapreciable en singulares casos.

Pero ahora será necesario algo más que esto. No sólo eficiencia administrativa y técnica logradas a cualquier precio bastan. El tejido humano, el tejido político de representatividad tiene que ser construido para dar consistencia y perdurabilidad a lo obrado (y cuando hablo de tejido político, por cierto no hablo necesariamente de un tejido político partidista).

Entonces, cuando me pregunto sobre ese futuro que hay que consolidar, debo confesar que no siento la misma admiración, ni la misma confianza, ni la misma identificación. Temo interpretar a otros muchos chilenos, cuando digo que allí, en ese punto ahora crucial, no me siento representado.

El modo como se puso término a los Colegios Profesionales, el modo como se clasificó las carreras universitarias, el modo como se pone término a los juzgados del trabajo (para citar tres síntomas) puedo entenderlo desde el ángulo técnico, el ángulo de la fría eficiencia. No lo entiendo ni lo comparto desde el ángulo vital de ese tejido frágil que germina bajo la antigua piel hecha pedazos y que, por esa misma fragilidad requiere más amor y está pidiendo no ser herido.

Hay algo ahí que no habla el lenguaje apropiado ni responde al estilo preciso. Hay algo ahí que no suena acorde al alma de este país.

El éxito de este gobierno que se inicia con tan espléndidos auspicios es decisivo para la suerte de Chile en el siglo XXI. Sobre los colaboradores civiles que acompañan inmediatamente al Presidente de la República pesa una tremenda responsabilidad. De su tino, de su acertada interpretación de las directrices presidenciales, de su vuelo político, depende el que ese tejido social encarne, dé musculatura, nervio y médula a la vertebración jurídica y a la osamenta institucional ya construida.

Si así no ocurre, no será tan fácil escribir esta columna de los martes.

17.3.81

III

ROL DEL ESTADO

NACIONALISMO, SOCIALISMO Y LIBRE EMPRESA

En vísperas de Navidad todo llama a la concordia. Con mayor razón hoy, cuando, en el plano nacional y el internacional, el desarrollo de los acontecimientos promete ser tan auspicioso para la unidad de Chile.

La conducción serena, objetiva, de nuestra política exterior ha permitido, en el último tiempo, avanzar con notable firmeza en la consolidación de nuestras relaciones con el resto del mundo. Aún en aquellos problemas limítrofes más candentes, gracias a la mediación de Su Santidad y al incontrastable peso moral de su llamado a la concordia, se avizora una solución definitiva o, al menos, un progresivo desarme de los espíritus y de las intenciones.

A su vez, internamente, tras el gran salto adelante que representa la nueva institucionalidad que libremente el país se dio, la dinámica implementación de las siete modernizaciones nos abre un horizonte de prosperidad y bienestar como nuestra Patria no había visto en este siglo. La noche parece haber quedado definitivamente atrás.

Los recelos, suspicacias y tensiones a que dio origen, durante el presente año, el período previo al Plebiscito, dan inequívocos síntomas de declinar. Hasta el nacionalismo, ese estilo de ver la vida y ver la Patria habitualmente tan execrado y vapuleado por su "dureza", es materia hoy, casi inesperadamente, de comentarios que traslucen una comprensión y un calor que habría que calificar de "tiernos".

Tal vez por eso, confiando en no generar injustificados nerviosismos, me atrevo a introducir algunas reflexiones sobre el tópico, naturalmente contradictorio y debatible, que sirve de encabezamiento a estos párrafos.

Hay un juego proverbial de la razón que consiste en preguntarse qué fue primero, si el huevo o la gallina. A ese juego me llama el debatido tema de la intervención del Estado en Chile que, en el decenio precedente, llegó a ser una enfermedad nacional, alcanzando niveles de exasperación, abusos y torpezas que no hace falta describir.

No sé si cometo una imprudencia, pero me pregunto si cabe estimar esta tendencia al estatismo sólo como una perversión del alma nacional, como una mala copia a que nos indujo el contorno sociológico de occidente, o también, aunque sea un poquitito, como una necesidad proveniente de las circunstancias.

Como somos jóvenes, somos un tanto monos, copiones. Nos da por buscar en una u otra escuela de moda, el "modelito" apropiado, partiendo de la precaria premisa de que lo que funciona bien en algún otro lado, nos quedará a nosotros de perlas. Es algo que ya le pasó al bueno de José Miguel Infante con aquello del "federalismo". Pero explicar por este sólo efecto la agobiante moda socialista y estatista que nos arrebató, me parece mucho.

Dudo que se la pueda atribuir tampoco a una mera propensión anímica de los chilenos. Posibilidad que una mirada a nuestra mejor historia nos desmiente. Entonces, ¿no habrá alguna otra razón por ahí? ¿Por qué, de pronto, fuimos tan vehemente y tan estrafalariamente estatistas hasta apenas ayer? ¿A qué se debe esta aparente embriaguez, esta casi locura por meter al Estado por delante de todo, que se nos desata en la época del 20 y agarra tanto vuelo, aún en figuras tan insospechadas como Gabriel González Videla o Jorge Alessandri, para no ir más lejos?

Desde el 91 para adelante tuvimos una economía eminentemente liberal, tan liberal que llegó un instante en que casi no se pagaban impuestos. El Estado no contaba para nada. Ahora bien, una elemental lógica histórica debiera hacernos sospechar que la gallina del socialismo y el estatismo, aún en sus dimensiones más descomunales y aberrantes, proviene de un "huevo" puesto en aquel entonces y fecundado por esa sociedad tan vehementemente liberal.

Cuando una sociedad liberal claudica de su cometido, renuncia a su deber creacional y deja de ser fecunda, no sólo en el plano de la justicia, sino en el plano contable del desarrollo y la eficiencia, sucede que a la nación no le queda más camino que buscar palancas de justicia y progreso en el polo opuesto. En otro "modelito". La culpa no suele ser del modelo, sino de la forma como se le aplica.

Los gobiernos empezaron a ser metetes, a intrusar en la planificación económica y en el desarrollo chileno, cuando el balance de las realidades vino a

probar, por allá por el decenio del 30, que la empresa privada había renunciado a su eficiencia. CORFO nace para industrializar un Chile que estaba hacía rato de para. La previsión social y la legislación laboral surgen porque las masas trabajadoras no daban ya más ante el abuso de un régimen que se llamó de las "pulperías" (pulpería viene de la palabra pulpo). El Estado se ve forzado a desarrollar planes intensivos de vivienda, porque hasta ese entonces se vivía en "conventillos". La presión por la reforma agraria se suscita por el abandono progresivo de los campos, que se van cubriendo de zarzamoras bajo un régimen de medieros e inquilinaje que no hace falta consignar aquí.

No es justo entonces condenar así no más todo lo que el Estado ha hecho en Chile. Entre otras cosas, lo educó, le dio instrucción y le puso zapatos. El año 38, yo todavía me acuerdo, buena parte del país andaba a pata pelada.

No es bueno suponer, tampoco, que una economía liberal es garante, por sí misma, de desarrollo, de progreso y sobre todo de justicia. Ha habido épocas en que no lo fue. Por el contrario, ha habido épocas en que su esterilidad, su mezquindad, su chatura y su ceguera pusieron el "huevo" que todavía nos duele.

Se nos perdonará, entonces, a los nacionalistas, que mirando con mucha simpatía y entusiasmo cuanto una economía liberal haga por el desarrollo, tengamos también un ojo puesto en la justicia y pensemos que, allí donde esa economía liberal claudique, allí donde renuncie a su deber creacional o se haga estéril y mezquina, habrá que meter palanca por el polo opuesto y reservar al Estado una "manito" y hasta un sable si hace falta.

Y esto en interés de la misma economía liberal, para evitar que por un descuido ponga un "huevo" y nos salga de nuevo una gallina calchona como la que tuvimos que desplumar en 1973. El Estado no suele brillar por su eficiencia en el manejo de la economía; pero más vale algo que nada. Todo sea por el interés de Chile y de su pueblo que, al fin y al cabo, es lo único que realmente cuenta.

23.12.80

EN SUBSIDIO DE LA SUBSIDIARIEDAD

El año que termina ha sido un año extraordinariamente fecundo en realizaciones. Ha sido el año de la nueva Constitución y el año de la Reforma Previsional, para citar apenas sus dos más grandes hitos. Es, también, el cierre de una etapa.

Los plazos, tan urgidos y tironeados por la impaciencia de quienes entien-

den más de calendarios y de fechas que de metas, y que gustan de arrear el ganado flaco con la esperanza de una estampida, solitos se han ido cumpliendo.

Como quien trepa a una montaña, podemos ahora echar una mirada atrás y ver, con orgullo y confianza, el enorme camino que hemos recorrido, insensible casi en cada paso, pero tremendamente repechador cuando se comparan las distancias.

Dudo que haya en el mundo un país, un gobierno y un régimen que, al tirar raya sobre estos últimos siete años pueda hacerlo con tanta tranquilidad de conciencia, con tanta certeza de haber cumplido su deber y con resultados tan descolantes como el nuestro.

Al que le parezca esto una exageración, que eche un vistazo en su torno. Las Agendas de 1981 traen un listado de 167 países, desde Afganistán hasta Zimbabwe-Rodesia. Yo diría que si a las tres cuartas partes de ellos (incluyendo algunas destacadas naciones de Europa y América) les preguntáramos cómo han andado por casa en el último quinquenio, lo más probable es que tomaran esa amabilidad por un sarcasmo. ¡Tanta es la diferencia!

Como de ciertos detergentes, en nuestro caso habría que decir: "Cuando un gobierno se preocupa, se nota".

Seguramente, más de alguien considerará muy majadero de mi parte (o al menos muy inoportuno) el que yo haga notar que este gigantesco salto hacia adelante ha sido la obra del Estado chileno; pero, francamente, no veo cómo podría calificarse de otro modo la programación, la planificación, la conducción, la implementación y el reordenamiento realizados o el motor que los ha llevado a cabo. Sería harto peregrino considerar a las Fuerzas Armadas como exponentes de la libertad de empresa o la libre iniciativa. Más peregrino todavía, si bien menos patente, sería imaginar que esta obra de planificación y reordenamiento hubiera sido factible sin las facultades rectoras y arbitrales que el Estado chileno ha tenido en estos siete años. Aún los más fervorosos partidarios del principio de subsidiariedad tendrán que reconocer que sería hoy inaplicable sin este por demás enérgico, muy oportuno y muy insustituible "subsidio".

Y esto nos lleva otra vez al manido tópico del huevo y la gallina. Los evangelizadores del principio de subsidiariedad, con un amor y un entusiasmo que la eficiencia del principio mismo justifican, suelen excederse en su propaganda de la buena doctrina. Como venimos de un estatismo al que la demagogia y la politiquería convirtieron en chacota y en burda chabacanería, al igual que el gato escaldado, llevan su condena a cuanto pueda oler a intervención o participación del Estado demasiado lejos. La llevan hasta el simplismo de la caricatura. Abominan de su presencia y, de oírlos, cualquiera creería que su ideal es hacerlo desaparecer.

Pero basta lanzar una mirada a lo que todavía nos resta por subir en esta

estupenda repechada que hemos hecho, para darse cuenta que ése no será precisamente el caso.

La planificación y la intervención arbitral y rectora del Estado tendrán que prolongarse mucho rato más, en subsidio de esa subsidiariedad. Porque, como así no sea, rodaremos otra vez hasta el abismo de donde hemos partido, si no es aún bastante más abajo.

Y esto es válido tanto en el detalle como en el cuadro general. Para muestra un botón: la paridad cambiaria.

Aunque algunos se me enojen, el precio del dólar nos está diciendo todos los días: "La intervención del Estado que vosotros matásteis, goza de espléndida salud". Y si hiciera falta otro botón, acordémonos de los VHR.

Quienes dan al Estado por muerto en la educación, en la política laboral o de salud, en la gran minería del cobre y hasta en la televisión, no tienen idea de lo que están hablando y no han entendido para nada el concepto nacionalista de este régimen.

Puesto que el cierre de este año importa el cierre de una etapa, al iniciar la que ahora se nos abre tan cargada de espléndidas promesas, es provechoso y saludable que tengamos bien clara la película en esto del huevo y la gallina, del rol que en la próxima etapa le competirá al Estado y a la subsidiariedad. Ni el uno ha muerto, ni el otro es más que lo que la palabra dice: SUBSIDIARIEDAD.

Las diáfnas, macizas palabras del Presidente Ejecutivo de CODELCO-CHILE, General Gastón Frez, en una muy reciente entrevista, definen con gran exactitud el punto de equilibrio entre ambos componentes de la tarea y la realidad nacionales.

Muy errados están, sin duda, aquellos que confunden la subsidiariedad con la Pascua del soldado.

30.12.80

FIRME Y CLARO

Las recientes declaraciones formuladas por el Jefe del Estado a los reporteros que cubren información de Gobierno, han tenido la virtud de poner un corte firme y claro a algunas especulaciones que se tejían en torno a temas medulares.

Con el laconismo que le es habitual, pero al mismo tiempo con la franqueza y precisión de siempre, el Presidente ha ido al hueso de dichos asuntos. De ahora en adelante estarán, pues, de más los devaneos y trajines a que estaban

dando pábulo.

En primer término, el Presidente ha dicho: "Hay empresas, como CODELCO, la electricidad y LAN, que no se pueden transferir"

Esto importa definitivamente el cese de los forcejeos, tirones y agarrones de quienes, en su entusiasmo incontenible por la privatización, venían echándole el ojo al cobre. CODELCO NO SERA VENDIDO. No habrá privatización en esa área vital para los destinos del país. Se traza así un punto final categórico, terminante, a los brujuleos que en torno a la suerte de CODELCO se urdían.

En segundo término, el Presidente negó con la misma energía toda posibilidad de que el Gobierno entregue a la empresa privada algún canal universitario de televisión o permita que grupos privados creen medios de difusión de ese tipo. NO HABRA TELEVISION PRIVADA. Y nuevamente aquí se da un corte tajante a las expectativas y presiones que desde hace largo rato se venían generando para meter mano en la televisión.

Refiriéndose a las universidades, el Presidente ha dicho, además: "Son centros de estudio, investigación y análisis y no lugares para hacer política partidista". Esta premisa es válida con igual rigor para los estudiantes como para los docentes. En las universidades no se admitirá partidismo político. El concepto normativo establecido por el Presidente es diáfano y nadie puede excusarse de ignorarlo. Quienes lo trasgreden serán sancionados y no podrán esgrimir excusas.

Y con esto se acaban los dengues y maromeos de aquellos que, buscándole más patas de las necesarias al gato, trataban de abrir una fisura por donde el espíritu de partido se filtrara en la universidad, bajo la apariencia de un simulado aperturismo académico y estudiantil. Más de alguien, así, se queda con los crespos hechos. ¡Y en buena hora!

S.E. se refirió a otros temas de trascendencia, como el control de calidad en los productos de la industria nacional, los reajustes, el programa de realizaciones planificado para el decenio venidero, así como a cuestiones de carácter internacional. Pero es en estos tres primeros puntos, en los que solía encharcarse un cierto equívoco, nutrido por más de algún interés de uñas puntudas, donde las afirmaciones presidenciales revisten más indubitable trascendencia. Cesan los matices, los considerandos, los "es ques" y los "empero" con que se iba emborrachando la perdiz de la opinión pública y con los que, de no mediar estas oportunas, meridianas palabras del Jefe del Estado, tal vez se habría terminado por enturbiar y embolinar el rumbo administrativo.

De ahora en adelante, en estos tópicos sobran los runruneos, aún aquellos que más melindrosa y diagonalmente se hacían sonar en la proximidad de las esferas oficiales. Es vano que con CODELCO o con la televisión se engolosine nadie. Se pusieron muy verdes esas uvas. Y en cuanto a la universidad, verdes

están también los sueños de los que en este último tiempo sobaron la ilusión de una carrera política montados en un caballo académico o estudiantil.

Por estas tres firmes y claras decisiones presidenciales habría que aplaudir de pie.

9.12.80

EFICIENCIA E INEFICIENCIA

En un mundo de libre competencia, la eficiencia de una empresa, sea privada o estatal, se mide por el resultado de su ejercicio. Las cifras no mienten ni es dable torcer su nítido sentido. Ahí se ve quién es quién.

Dentro del ranking de las veinte empresas estatales más grandes del mundo occidental, compitiendo con los gigantes del petróleo, el acero, la bauxita, la industria automotriz, la metalúrgica y la aeronáutica, tanto de Europa y de Asia como de América, CODELCO CHILE aparece por muy lejos en el primer lugar por su eficiencia (Nótese: el primer lugar del mundo), cuadruplicando su tasa de ganancias respecto de aquella que más próximo le sigue.

Y no estamos hablando de ratones. Estamos hablando de los mayores colosos de Inglaterra, Francia, Italia, Suecia, Alemania, Sudáfrica o Japón.

En 1979, la utilidad líquida de CODELCO CHILE alcanzó los 467,3 millones de dólares, sobre un total de ventas de 2.071,4 millones. Ese año, los ingresos de CODELCO CHILE al Fisco por concepto de impuestos y participación de utilidades rindieron la bonita suma de 865,2 millones de dólares, lo que representa casi dos veces y media más que su rendimiento del año anterior. Y esto, a pesar de que, a partir del 1º de enero de 1979, la empresa quedó afecta al impuesto adicional del artículo 21 de la Ley de Rentas, cuya tasa es del 400/o. Súmese, además, un precio estacionario y deprimido del cobre en el mercado.

Pareciera prudente prestar una cierta atención a estos numeritos. Habitualmente celebramos con un carnaval de bocinazos en las calles cuando un equipo de fútbol chileno gana una competencia, gol más, gol menos. Y el jolgorio llega a grados tropicales si la buena fortuna permite que un cantante popular o una "Miss" chilena ocupe posiciones decorosas en el ranking de un "Festival".

Diríase que no tenemos conciencia de que hay otro tipo de competencias, más dramáticas, más vitales, en una dimensión inmensamente más significativa para nuestro destino y que con muchísima mayor razón debieran ser motivo de orgullo, de prestigio y de esperanza. Tenemos puestas muchas camisetas, pero hay una que por sobre todas debiéramos llevar adherida al corazón, la

camiseta de nuestro empuje tecnológico, de nuestra eficiencia productiva, de nuestra repechada minera en la disputa por los mercados del mundo. La camiseta de CODELCO CHILE.

Nos sentiremos muy felices el día en que alguna empresa privada chilena, guardando las debidas proporciones, se coloque en el ranking mundial de las empresas de ese tipo, en un rango de eficiencia y utilidades que muestre semejanza, aunque sea distante, con esta empresa del Estado. Ello será la mejor prueba (y yo diría que la única prueba irredarguible) de que la concepción de un sistema de libre competencia y el principio de subsidiariedad han llegado a su plena madurez y están consolidados.

Pero estos numeritos sobre los que atraigo la atención no sólo tienen una connotación de eficiencia, tienen además una connotación de soberanía. En el mundo occidental (sin contar a Rusia y sus satélites, por supuesto) el 850/o del petróleo, el 400/o del cobre, el 330/o del bronce y la bauxita, el 540/o del acero, el 350/o del polietileno y el 200/o de la industria automotriz, entre otras, están en manos del Estado. Esto importa, llegado el caso, un tremendo "poder de negociación" en manos de aquellos países que controlan tales monstruos industriales. Irán no habría podido pararle el carro a los EE.UU. con tanta insolencia y con tan injustificada brutalidad de no ser dueño de su petróleo.

En un clima internacional de tremendas tensiones, donde la prepotencia, la rapacidad y la agresión económica o diplomática son el pan de todos los días y dónde más de alguno se ha cebado con nosotros en el encono de imponernos sus dictados, el poder de negociación que nos da nuestro cobre es pieza angular en el sostén de la soberanía de Chile.

Sea esto dicho a manera de advertencia para los angurrientos que se empecinan aún en afilar sus uñas especulando con la eventual privatización de CODELCO, o su parcelación y segmentación paulatina con miras a desmantelarlo.

Hay en el país un vastísimo campo para la iniciativa privada en la explotación minera. El capital nacional y el extranjero disponen de muy amplias, muy estimulantes y muy bien incentivadas posibilidades para concurrir a la explotación de nuevas minas. Nada justifica el que esos capitales vírgenes se distraigan hacia yacimientos ya en laboreo. Su misión es muy otra. Es ensanchar y bifurcar precisamente más allá de lo que el Estado ya ha hecho, compitiendo con él —si es que lo logran— en el espléndido nivel de eficiencia y rendimiento por esos yacimientos ya alcanzado.

Estamos absolutamente ciertos que el nuevo titular de la cartera de Minería, que ya demostró su pericia y su empuje en la Reforma Previsional, sabrá dar nuevo brío a la inversión privada en la minería y sabrá encauzarla hacia nuevos horizontes de esfuerzo creador, poniendo atajo a aquellos que todavía especulan con el camino fácil y sueñan con el desguace de lo que es propie-

dad de todos los chilenos.

Hay algo que está perfectamente claro: el linde de la privatización llega hasta CODELCO. Como alguien trate de malamente de sobrepasarlo a fuerza de presiones y brujuleos, se va a parar el macho.

6.1.81

CODELCO NO SERA PRIVATIZADO

Con esta categórica declaración, formulada en el Palacio de la Moneda a un destacado grupo de dirigentes sindicales, S.E. ha puesto un tajante corte a las especulaciones infundadas que se venían haciendo sobre esa materia.

El Presidente de la República ha dicho: "El cobre seguirá siendo de los chilenos. Si vienen capitales extranjeros o hay capitales nacionales interesados en el sector, deberán instalar nuevas faenas".

Abundando sobre la materia, el Jefe del Estado hizo presente que el destino de CODELCO Chile no está en discusión y que la empresa seguirá siendo del Estado. Preciso también que CODELCO Chile es una empresa eficiente y rentable, que está ubicada en primer lugar, a nivel mundial, entre las empresas estatales rentables.

Tales palabras presidenciales, que no hacen más que confirmar otras anteriores y reflejan una política fijada hace ya tiempo e inamovible, despejan con firmeza una atmósfera de incipientes rumores y dudas que algunos comentarios y editoriales de prensa venían cultivando.

Y el Presidente no habla en vano. El peso elocuente de las cifras da solidísima razón a sus dichos.

En su balance anual de 1980, CODELCO Chile a vuelta a dar un enorgullecedor ejemplo de eficiencia, que ya se quisieran para sí muchísimas otras naciones en sus empresas estatales e, incluso, muchísimos consorcios mineros privados de gran envergadura internacional.

A pesar de que el cobre fue apenas un 100/o más alto durante 1980 que durante 1979, a pesar de que dicha empresa está indirectamente castigada por la paridad cambiaria de un dólar que se mantiene inmóvil, en tanto que los costos internos suben, la utilidad líquida de CODELCO Chile, pagados los impuestos fiscales, fue de 401,3 millones de dólares. Sus inversiones para mantener la capacidad productiva fueron de 266,7 millones de dólares. Y sus aportes al Fisco fueron superiores en 209,4 millones de dólares con respecto a 1979.

Sumados dichos aportes, por concepto de impuestos y participación de utilidades, la contribución de CODELCO al Estado alcanzó los 1.006,6 mi-

llones de dólares. Vale decir, un 16^o/o más que en el año 1979, lo que constituye un nuevo récord.

Son estas cifras las que dan trascendencia a la categórica declaración del Presidente y explican meridianamente los fundamentos de su criterio.

Para dar un ejemplo un tanto burdo, de cada libra de metal (molibdeno, cobre u otros) elaborado y extraído por CODELCO de sus minas, más de 40 centavos de dólar entran directamente a entonar las arcas fiscales. Mientras el saldo, que es otro tanto, se derrama también impulsadoramente sobre la economía nacional, sea por concepto de remuneraciones a los trabajadores, insumos o inversiones en bienes de capital.

Habría entonces que preguntarse dos cosas: ¿Qué otra empresa minera o de otra naturaleza productiva podría hacer algo similar? ¿Cuántos centavos de dólar en su precio internacional irían a manos del Estado si esas minas fueran privatizadas?

Sería interesante hacer un estudio comparativo del rendimiento que al Estado le brindan en sus operaciones, por un lado CODELCO Chile y por otro las actuales empresas privadas de la gran minería o las grandes empresas de otro giro.

Se comprende entonces la satisfacción con que la ciudadanía tiene que recibir estas declaraciones del General Pinochet y la claridad con que ha definido los futuros criterios al respecto.

Es de esperar que tras estas declaraciones que vienen a confirmar una vez más y definitivamente el destino de esta vital empresa, sea prontamente aprobado su presupuesto de operaciones e inversiones, evitándose así que llegue a fines de abril sin contar aún con un instrumento que legalice las actividades que está desarrollando. No pareciera prudente que tratándose precisamente de una empresa como es CODELCO Chile, se prolongue una situación anómala presupuestaria, con los entorpecimientos administrativos inevitables para su dinámica que trae tal retardo.

Por último y ya que el tema se presta, me pica la curiosidad por saber cuál será la apreciación que sobre estas declaraciones presidenciales tendrá el equipo de redacción de la Revista Realidad, en cuyo número de marzo lamento no haber encontrado comentarios sobre ciertos "Párrafos" que le sirvió a sus lectores el mes anterior.

Estoy cierto que sus luces no serán en extremo significativas.

31.3.81

TRAVESURAS

En el último número de la revista "Realidad" (Nº 21-22), ardiente partidaria de privatizar el cobre, se suelta así, como al pasar, un párrafo sibilino que apunta al Presidente de CODELCO, General Gastón Frez.

El tonillo del párrafo de marras, con su novedoso lenguaje, hace de él una pieza maestra por sus intenciones insinuantes, sin querer queriendo, por lo que merece ser puesto en un marquito.

Dice así:

"El General Frez no oculta su falta de afinidad con el equipo económico, y aún cuando defiende el principio de subsidiariedad en su significado básico, se revela un apasionado defensor del Estado en cuanto administrador.

Inteligente y seguro, argumenta con vehemencia inusual dentro de la generalidad de los uniformados, empleando incluso giros que revelan su conciencia del poder de su opinión".

Y "Realidad" agrega luego esta flor de malicia:

"Se afirma que ese tono imperativo de sus opiniones no resulta carente de base, porque su condición de líder de la oficialidad joven del Ejército, es algo indiscutido.

En todo caso, si de talento y carácter fuerte se trata, cualquiera que sea el juicio ideológico sobre sus opiniones, no puede negarse lo merecido del liderazgo señalado".

No creo que haga falta comentar esta travesura. ¿Quieren hacernos creer los pillines de "Realidad" que la oficialidad del Ejército joven cultiva otros líderes al margen del escalafón? ¿O pretenden acaso insinuar que el Jefe del Estado es celoso de la autoridad que delega en los generales a quienes ha encomendado alguna misión de desempeño administrativo y teme que le hagan sombra? Lo primero encierra una suposición insidiosa para la unidad del Ejército y la lealtad de todos los señores oficiales. Lo segundo, vendría a ser casi, casi una injuria para el Presidente de la República, que está sideralmente por encima de esas minucias y que no necesita que nadie le mande recados.

Dejo al lector, que no es lerdo, desprender las conclusiones que estime del caso.

Como la circulación de "Realidad" es más o menos limitada, quede el párrafo vertido para quien quiera recortarlo y conservarlo en la memoria.

El consejo de redacción de la revista "Realidad" está compuesto por los señores Alvaro Arriagada N., Pablo Baraona U., Jaime Guzmán E., Carlos Alberto Cruz C., Sergio Gutiérrez Y., Ernesto Illanes L., Juan Pablo Illanes L., Hernán Larraín F., y Manfredo Mayol D.

Muy cálida ha de ser la pasión de estos redactores por privatizar el cobre

chileno para que se tomen estas un tanto sobradas ligerezas con la máquina de escribir.

¿Quiénes son esos que afirman —al decir de “Realidad”— que el Presidente de CODELCO es el líder indiscutido de la oficialidad joven del Ejército y le otorgan tan gratuitamente ese liderazgo?

¿No será más bien que hay algunos por ahí que ven en el Presidente de CODELCO un estorbo a sus propósitos y que quisieran “desestabilizarlo” en la esperanza (absolutamente infundada, por lo demás) de luego, libres de él, sacar a subasta las pertenencias mineras de esa empresa, a precio de realización por causa de incendio?

A lo mejor, el próximo número de “Realidad”, en marzo, nos da la respuesta.

24.2.81

IV TRABAJO Y PREVISION

PRIMERO DE MAYO

El 1º de Mayo los trabajadores chilenos tuvieron oportunidad de escuchar dos Mensajes tan distintos como el día y la noche. El uno, positivo, optimista, alentador. El otro, sombrío, cargado de penosos vaticinios y quejas, desalentado. Al leer estos Mensajes, los trabajadores tienen que haber pensado que se les hablaba de dos países sin relación entre sí, o que se hacía referencia a dos planetas colocados en órbitas opuestas. ¿Por qué esta diferencia? ¿Cabe medir la realidad social de Chile a través de un cristal tan disímil? ¿Qué hay de verdadero en el contenido de estos Mensajes? Parece justo preguntarlo.

En estos siete años nuestra Patria debe a los trabajadores un tributo inapreciable. El país ha logrado salir casi milagrosamente de un abismo de postración y ruina, de caos y quebranto cuya magnitud, precisamente por su enormidad, suele olvidárenos. Así como el que evoca una enfermedad atroz o un accidente del que salió con fortuna prefiere detenerse en lo que, a pesar de todo, tuvieron de pintoresco o de colorido, y opta por desterrar de su recuerdo lo que incluían de angustia, incertidumbre o sufrimiento, así, también ni la memoria más tenaz tiene vigor para conservar, a diario, fresco el recuerdo de ese período negro de nuestra historia que acabamos de dejar atrás.

Esto es lo cierto.

Este milagro de recuperación es obra de la tenacidad, la energía y la claridad de miras con que se ha conducido el timón del Estado a través de escollos, peligros y obstáculos que parecían infranqueables. Aunque algunos lo

nieguen o lo callen, nadie habría podido hacerlo si no es el régimen de las FF.AA.

El milagro se debe indudablemente también a la sorprendente capacidad de adaptación, al dinamismo, a la agilidad imaginativa de los productores y empresarios para condicionarse a una economía en brutal pero necesaria remodelación. Y lo han hecho igualmente con acierto, con eficiencia.

Se ha debido, además, a la extraordinaria cordura, a la madurez cívica, a la sensatez política de la ciudadanía, que ha aceptado, mayoritariamente y sin vacilar, reglas de conducta pública absolutamente distintas a las que le eran acostumbradas y que constituyeron una brusca pero indispensable alteración de hábitos electorales profundamente arraigados y hasta gratos a su modo de ser. Y la respuesta, también en este plano, ha excedido las mejores esperanzas que se podían cifrar, constituyendo una lección para el mundo.

Pero, por sobre todos estos factores en que el mérito, la disciplina moral, la conciencia cívica, el sentido de la solidaridad nacional y las más altas virtudes del deber profesional castrense compiten, este milagro habría sido imposible sin la generosa comprensión, la amplitud de miras, la paciencia y la capacidad de sacrificio de que han dado muestra los trabajadores chilenos.

Ni más ni menos.

Porque si el mérito del éxito se debe a quienes han conducido los destinos del país durante estos siete años, el peso del gigantesco esfuerzo que ha sido necesario realizar ha descansado sobre los hombros de esos trabajadores chilenos. Son ellos los que han tenido que pagar la juerga, el muy duro pero inevitable costo social de la reconstrucción. Obreros, empleados, jubilados, montepiadas, campesinos, dueñas de casa modestas, en suma, como era lógico que sucediera, el grueso de la gran masa del país.

No se trata aquí de ponderar la equidad en el reparto de este costo. Sin duda su peso se propaga por igual a todos los sectores, con distintos matices, con diferente carácter y naturaleza. Pero es innegable que la magnitud de la carga adquiere consistencias muy diferentes según el ancho de los hombros de quienes la recibe. Y es sobre la fragilidad de aquellos más débiles y con menores ingresos donde más duele, donde más fatiga, donde más abruma la precariedad de la existencia. El margen de compensaciones que la vida da a unos y a otros es muy distinto.

El régimen de las FF.AA. ha hecho, sin comparación, infinitamente más que cualquier otro gobierno del presente siglo por paliar ese peso, pero eso no le resta tamaño ni trascendencia al sacrificio heroico del pueblo chileno, puesto que tal vez desde la gran recesión de la década del 30, cuando colapsó nuestra industria del salitre, no había tenido que soportar el país un esfuerzo tan tremendo como el que han requerido estos años. La diferencia está en que mientras en aquella época fue un sufrimiento y un sacrificio vanos, los de este período se abren a un mañana nítidamente promisor.

Cesantía, contracción de los ingresos e inflación desatada han sido las vertientes de este tributo sobre los hombros de los trabajadores chilenos. La inflación ha sido básicamente derrotada tras una larga guerra. Los ingresos tienden a recuperarse lentamente. Pero la cesantía persiste con un índice en extremo doloroso aún. Su espectro gravita en términos de angustia para muchísimos chilenos y muerde el flanco de los trabajadores mucho más allá de lo que normalmente pudiera soportarse.

Resta aún indudablemente mucho por hacer. Entre los proyectos que se destacan en este 1.º de Mayo se incluye la Reforma de la Previsión, durante decenios y decenios pospuesta por la lenidad de los gobiernos partidistas, y cuya definitiva aplicación será un factor determinante en el descenso de la cesantía y el aumento de las rentas del trabajador.

No obstante, pienso que en este 1.º de Mayo, junto con rendir un cálido reconocimiento a los trabajadores chilenos como generadores del largo proceso de reconstrucción nacional, que los coloca en un nivel inigualado por su patriotismo —junto con reconocer esta deuda pendiente que con ellos la Patria tiene y que se formula el propósito inquebrantable de pagar— debiera brotar desde todos los sectores de la actividad productora chilena una voluntad solidaria de guerra contra la cesantía.

Urge abordar en los términos más enérgicos, con el mismo dinamismo, la agilidad y la capacidad de adaptación que se ha testimoniado para vencer tantos otros tremendos obstáculos, la erradicación premiosa de los actuales índices de cesantía. Dar más trabajo, crear nuevas fuentes de trabajo, abrir al trabajador chileno modesto nuevos horizontes de vida digna, hacerlo con celeridad, agotando hasta las últimas reservas de energía que el país dispone debieran ser hoy nuestras metas por excelencia.

Es a los sectores empresariales de la iniciativa privada, más que al Estado, a quienes corresponde antes que a nadie recoger esta bandera de guerra contra la cesantía, aportando a ella no sólo su capacidad de organización y movilización sino todo su ingenio creador y sus ingentes recursos, como al más vital de todos los desafíos. La incorporación al esfuerzo productor del segmento demasiado grande aún que permanece forzosamente marginado de él es el tramo de camino que nos resta por hacer para que Chile renazca definitivamente consolidado.

Hemos logrado realizar lo más. Nuestra realidad de hoy no puede juzgarse aisladamente. Hay que evaluarla teniendo muy en vista de dónde venimos. No es el pesimismo el que nos dará fortaleza para terminar esta ardua, amarga tarea; tampoco puede serlo la conformidad.

En este 1.º de Mayo nos está llamando con impaciencia un nuevo esfuerzo, un nuevo desafío. A él nos debemos todos. El Chile de hoy todavía no nos satisface; pero tenemos libertad, soberanía, unidad, fuerzas y ganas para hacerlo dueño de un porvenir mejor.

A los máximos organismos del sector privado empresarial y financiero toca dar a esto una respuesta.

6.5.80

LA CHUÑA PREVISIONAL

En doscientos millones de dólares ha estimado don Renato Gazmuri, Director de Finanzas y Presupuesto Previsionales del Ministerio del Trabajo, el monto de la repartija de casas y departamentos gratis efectuado por la Caja de Empleados Particulares en las pasadas administraciones. Viviendas entregadas durante los últimos quince años, sin pago de arrendamiento ni dividendos, y que con este acomodo beneficiaron a casi ocho mil desinhibidos “ahijados” de algún padrino.

La cifra es sin duda conservadora, puesto que se calculó sobre el valor de tasación en la época en que esas viviendas fueron construidas y no sobre su costo de reposición hoy. Estamos hablando, pues, de algo así como quince mil millones de pesos.

Aún sin conocer pormenores queda al desnudo una incalificable monstruosidad y una burla despiadada más para la inmensa masa de modestos imponentes. Esos doscientos millones de dólares se pueden contar uno a uno. Representan sudor, lágrimas, humillantes apreturas, frustración y vergüenza para miles de trabajadores y jubilados.

Durante muchos años nos acostumbramos a aceptar como inevitable, como cosa sabida y vista, el manejo irresponsable de los caudales públicos, su malversación por obra de la pillería cuando no de la estupidez. Pero sonreír o encogerse de hombros ante hechos como éste es una pésima costumbre ciudadana. Con el alto funcionario, el funcionario acomodado, el funcionario “élite” que falta gravemente a su deber, no podemos tener la misma consideración que en Chile se suele guardar con el borracho.

Como empleado de toda una vida, me pregunto si no hay alguien que vaya a responder por esta canallada, una de tantas, por cierto, pero que une a su dimensión una nota de descaro, impudicia y desorden manifiesto en la pasada chuña revisional.

¿Qué explicación pueden dar los señores Vice Presidentes de la época, los señores Gerentes de la época, los señores Fiscales y Consejeros de la época, los señores Ministros del Trabajo de la época? Ciertamente es que su responsabilidad funcionaria por este estropicio ha prescrito; pero no les ha prescrito la cara. Todavía la pasean por este mundo sin que nadie se las escupa.

Alegar ignorancia sería por ellos reconocer en propia confesión la inepti-

tud. No alegarla los evidencia como cómplices. Pero sean ineptos o cómplices (pueden optar según les dé la gana), hay algo que queda en claro: su gestión pública y funcionaria no tiene perdón de Dios. La cárcel para ellos sería poco, porque han calentado el cuero de sus sillones burocráticos y cobrado hartos buenos sueldos para dejar este "recuerdo" en la bacinica en que estuvieron sentados.

Sería interesante conocer los nombres de quienes toleraron o prohicaron semejante aberración. Sería útil saber cómo pasaron tantos años sin que nadie le pusiera atajo. Sería ilustrativo conocer la lista de esos 8.000 privilegiados y conocer, tal vez, su filiación política. Se me hace que no han de faltar los conocidos.

Dignidad e indignidad en el servicio público son esenciales para su buena marcha. Destacar no sólo el mérito como estímulo, sino también el desmérito como sanción, permite aceptar eso que Portales llamaba "el resorte de la máquina", es decir: la eficiencia del aparato administrativo y la dignidad del servicio público.

Pienso que la ciudadanía debe ejercitarse en la indignación cada vez que se destapan ollas como ésta. Pienso que es sano y útil poner en la picota de la denuncia pública a aquellos miserables que en el pasado empollaron la gran estafa de la previsión. En Chile todos nos conocemos. Hay que teparle la boca de una vez por toda a aquellos rufianes que hicieron la vista gorda, cortaron el billete largo con los ahorros de los imponentes y se las siguen dando aún de próceres y de eminentes hombres públicos.

Recordar con ira nos curará de malas repeticiones.

26.2.80

EL SENTIDO DE LA SIMETRIA

En 1924, una Junta Militar de Gobierno creó las bases de lo que es el régimen previsional chileno. En aquel entonces, fue este un acto de coraje y decisión tajante, llamado a cortar de un sablazo un nudo gordiano de arbitrariedad e injusticia que ninguno de los diversos gobiernos civiles anteriores había tenido el valor de encarar, pese al clamor público.

Cincuenta y seis años más tarde, hoy, en 1980, es también un régimen militar el que, con igual decisión y coraje, corta de un tajo la maraña indescriptible en que la previsión chilena se había transformado a manos de la demagogia, la corrupción y el sectarismo, y que tampoco ninguno de los gobiernos civiles anteriores se había atrevido a tocar, no obstante el persistente clamor ciudadano.

En efecto, en lo que va corrido de una a otra fecha, el sistema previsional chileno, creado en 1924 para saciar los anhelos de justicia y seguridad de los trabajadores, se había trocado en lo que Jorge Prat llamó —ya hace 20 años— “la más gigantesca estafa perpetrada contra el pueblo chileno”, por obra de la discriminación, el privilegio, la chunga y la poruña.

Jubilaciones millonarias para unos pocos, perseguidoras excluyentes, granjerías a granel, derroche, malversación, favoritismo político, enriquecimiento ilícito, descomunal burocracia, danza de millones y millones que se esfumaron, medio siglo de parranda y, sobre todo, burla descarada a centenares de miles de modestos imponentes, condenados a la miseria en su vejez, con jubilaciones y montepíos de hambre, han sido el trágico saldo de esta estafa.

Mediante una administración de “chicha y chancho”, que a ratos evoca la residencial Soto, no hubo quién no abriera un forado al fondo comunitario de la previsión hasta convertirlo en un harnero. Es más, el sistema previsional, gestado en 1924 para cumplir una misión de equidad, no sólo derivó en fraude y en semillero de venalidades sin paralelo, sino también en pesada lápida que aplastó el desarrollo económico y maneó con grilletes de plomo la marcha del país.

¿Por qué fue esto así?

Pienso que no basta achacar este proceso de tremenda descomposición al “socialismo” o a “la intervención del Estado”; en suma, a la teoría económica que le dio origen. Es evidente que quienes concibieron en 1924 el sistema previsional chileno no buscaban semejantes resultados. Los efectos finales que hemos constatado no son consecuencia del esquema, sino de su perversión. La explicación, pues, resulta insuficiente, resulta superficial cuando se detiene a escarbar sólo en los fundamentos doctrinarios del antiguo sistema, que hoy termina, y no examina simultáneamente el sentido moral de este proceso.

La simetría histórica de ambas fechas debe llamarnos la atención. Nos está diciendo algo más. Nos está diciendo que cualquier sistema, cualquier teoría, cualquier legislación, acertada, sana, inspiradora en un comienzo, nacida de una determinación tajante, corajuda, es vulnerable, es susceptible de desgaste, es susceptible de perversión y puede transformarse en una estafa; en la horripilante estafa que ya una vez hemos visto. Entenderlo de otro modo es quedarse por las ramas del asunto y es, también, tender un manto de piadoso y arriesgado olvido sobre los apetitos, las voracidades, las cobardías y las traiciones que pervirtieron nuestra antigua previsión.

Hoy que vamos a iniciar con un nuevo estilo, desde un nuevo enfoque, inteligente, audaz, abierto, prometedor, un nuevo sistema destinado a amparar los ahorros, el sudor, el esfuerzo colectivo de la chilenidad, la simetría de las fechas, lo que ambas encierran, debe sernos aleccionador. En este caso, el pasado está pidiendo en forma muy concreta un acto de contrición a todas las colectividades políticas, de derecha a izquierda, sin excepción, que en estos

54 años, con su tibieza, con su indiferencia, con su complacencia o con su complicidad contribuyeron a gestar esta incalificable estafa.

Mientras mantengamos contreñido el espíritu corrupto y venal que predominó ayer, lo que hoy día construyamos perdurará y será justo y eficiente; pero si permitimos que se relaje por obra de los malos hábitos habremos construido otra vez sobre la arena.

No olvidemos la labor de zapa efectuada por el partidismo y la demagogia, el juego de los intereses electorales, el manejo inescrupuloso de la ley y de la autoridad, la ausencia de sanción, el mal ejemplo, los resquicios, el predominio público de una moral de delincuentes, en fin, ese cáncer moral que corroyó el antiguo sistema. Porque la simetría de las fechas nos está diciendo, también, que la prosperidad de las naciones y el imperio en ellas de la justicia, sea cual sea el sistema que las rija, depende por excelencia del rigor moral con que se conduzcan sus capas dirigentes.

11.11.80

V TERRORISMO ECONOMICO

EL TALON DE AQUILES

Robar al Fisco es robarnos a todos. Aunque de comienzo no lo sintamos, es a mi y a usted a quien nos trajinan.

Si patraquear a un transeúnte, asaltar a un taxista o dar un lanzazo en una micro al ama de casa que viene de la vega se castiga con justificada dureza, ¿qué sanción merece aquél que se alza con el valor de un hospital, un puente carretero o media docena de escuelas rurales?

Habría que preguntárselo. Porque eso es poco más o menos lo que algunos pungas le llevan levantado al Fisco, en el presente año, con la evasión y el manipuleo del IVA. Cosa de 900 millones de pesos. El equivalente a más de 60 premios gordos de la Polla Gol con que tantos sueñan.

Pienso que a estos "terroristas económicos", que en vez de poner bombas ponen facturas fuleras, fusilarlos sería poco.

Uno puede excusar al delincuente menudo que, en su limitado horizonte de vida, de educación, descarría y termina por hacer del pillaje minorista, al detalle, su profesión habitual. Pero estos otros, profesionales, comerciantes, financistas, gente educada que roba a lo grande, mucho más allá de lo que necesita o incluso de lo que sería capaz de gastarse, metiendo mano en el bolsillo del Estado, en ese bolsillo del país donde se nutren los infortunados millares que sobreviven a la extrema miseria heredada, los huérfanos, los cesantes y las montepiadas, los enfermos y los inválidos, no tienen perdón de Dios ni de

los hombres. Si esta condena es válida para cualquier parte y en cualquier país, en una economía libre, como la que hemos escogido, y en una situación como la nuestra en Chile hoy, el delito económico adquiere una proyección moral gigante y obliga a una represión implacable.

De la libertad económica (como de la otra) somos responsables todos. Para que subsista, para que se consolide, tiene que ir acompañada de un rigor que no admita excepciones ni disculpas contra los que la trasgreden. De lo contrario se irá rápidamente al tacho. Ni Directorios ni Ejecutivos de las empresas comprometidas en estos desaguisados pueden ampararse en la ignorancia, el desconocimiento de lo obrado o relegar en sus subalternos el peso de acciones delictuales de tal magnitud, lavándose las manos como si el asunto no les tocara. Cuando esos Directorios o Ejecutivos hacen un mal negocio, responden por ello. No les valen disculpas. No entiendo, entonces, por qué puede ser menos cuando se estafa al Fisco. Si admitimos que una cierta tolerante complicidad diluya su gestión responsable frente a estos estropicios, llegará rápidamente el momento en que la fe pública respecto de la libertad económica empiece a hacer agua con muy justificada razón. Casos como el de El Tattersall, entre otros, merecen una enérgica repulsa ciudadana. Sea dicho con su nombre.

Algo similar puede decirse de las noticias que nos ha dado la prensa respecto de la comercialización de los automóviles. El que la diferencia entre el valor con que determinado vehículo llega al comprador en Chile y su precio inicial en su país de origen equivalga al precio de otro vehículo de la misma marca y tipo, suena francamente como mucho. Suena como un incalificable abuso. La denuncia de Dirinco ha puesto el dedo en la llaga sobre algo que desde hace un buen rato estamos pensando todos (o casi todos). No es uno, son muchos los rubros, especialmente entre las importaciones, donde se da una descarada colusión de precios.

Sin revestir el carácter delictual de la estafa al Fisco que hemos comentado, esta conducta viciosa, angurriente, de un comercio inescrupuloso y enfermo de avaricia constituye también una abierta inmoralidad. Peor que eso, constituye una actitud suicida, que socava la fe pública y que, de no ponerse pronto atajo, terminará por minar la política económica que hemos adoptado.

Es hora de que nos pongamos firmes y que maltratemos públicamente con dureza al "terrorismo económico", como hemos maltratado al otro. Nos va en ello la vida y el destino de este país. Contra el que actúa de mala fe y rompe las reglas del juego no puede haber piedad, mucho más en el sentido económico que en el político. Mal que mal, el delincuente político lo hace al calor de una pasión generosa, pero equivocada. El delincuente económico, en cambio, no tiene ni siquiera ese paliativo, es simplemente un rufián a pecho desnudo.

Ahora que estamos tan preocupados de la nueva Constitución y hay tantos, ganosos de soltarse las trenzas en el plano político, bueno es recordar que la

moral ciudadana no está referida únicamente a cuestiones electorales o de representatividad democrática. Impone también deberes de otra índole. Ninguno más delicado, ninguno más digno de severa custodia que aquel deber de honestidad y rectitud de que deben dar muestra aquellos por cuyas pulcras y bien cuidadas manos pasa el flujo de las decisiones privadas en la economía, el comercio, la banca, las finanzas y la industria. Allí está nuestra fuerza y está también nuestro talón de Aquiles.

No podría cerrar este comentario, con el que esta columna cumple un año en La Tercera, sin referirme a otro tópico hartamente singular y del todo diferente. Me refiero al editorial aparecido en un matutino, el día viernes pasado, bajo el título de "Preguntas Serias". Allí se insinuaban en términos bastante oblicuos algunas preguntas al Gobierno, en torno a declaraciones formuladas a ese diario por el ex Director del CNI. Si el editorialista encuentra insuficientemente claro lo dicho por su entrevistado, no entiendo por qué no es a él mismo a quien le solicita que se las despeje, en vez de dirigirse a la autoridad. Dibujar sombras o dudas en materia de seguridad interior es juego en extremo peligroso. Si hay algo que no ha marchado como es debido, a quien corresponde hacerlo saber muy alto y muy sin tapujos es precisamente a la máxima autoridad que tuvo a su cargo esos servicios; pero, si no es así, enturbiar las aguas con palabras vagas y medias tintas, a título gratuito, interpretando lo que quiso o no quiso decir su entrevistado, no suena precisamente a periodismo.

28.7.80

¡SE ESTAN PASANDO!

Todo tiene su límite. La libertad, cuando se convierte en violencia y terrorismo. La justicia, cuando se convierte en arbitrariedad o en tolerancia ciega. La libre iniciativa, cuando se transforma en especulación, en agio o en usura. Hasta la paciencia del país tiene su límite cuando se persevera en el abuso y se farrea con descaro la confianza pública.

Entre uno y otro caso no veo diferencias. Los efectos morales para la comunidad nacional vienen a ser los mismos.

En Chile esto lo entendemos con tanta claridad que hay hasta un giro coloquial para expresarlo: "¡Se pasaron!", dice la gente.

Cada vez que alguien excede este límite, su actuación salpica al sistema, lo chorrea. No hace falta que un acto sea un delito para que resulte condenable. Basta con que haga patente su inconsistencia y su inconsecuencia moral para que nos ensucie.

Todos hemos hablado mucho de bien común, de economía social de mercado, de la grandeza de Chile, de un estilo de conducta, de nacionalismo y de Portales; hay incluso muertos de por medio, como para excusar, tratar con circunloquios y echar tierra a los excesos, o para tolerar así no más que alguien "se pase", que alguien propase los evidentes límites y nos enlode.

Quienes defienden en Chile la libre iniciativa, los empresarios, aún los más modestos, los más honrados, los hombres de trabajo, los auténticos productores, tienen que entender que cuando uno de ellos, sea quién sea, pervierte con su conducta especulativa las normas elementales de prudencia y, por qué no decirlo, también las normas del decoro, está socavando la confianza pública y los salpica por igual. El país no sabrá distinguir entre unos y otros, porque siempre puede más un mal ejemplo que la actuación recta de diez mil justos. Quienes defienden la libre iniciativa tienen que entender que con aquel que abusa no cabe solidaridad, ni merece respaldo electivo en otros directorios, menos aún cuando el abuso o el exceso, por su dimensión, adquiere carácter de escándalo.

¡Hay de aquellos por quienes viene el escándalo!

Mientras más alto sea el rango de un empresario privado, mientras más vastas y poderosas sean sus vinculaciones financieras y sus respaldos bancarios, mientras más estrechos sean sus nexos y sus intimidades con el sistema e, incluso, con las instituciones y personeros del régimen que lo sustenta; en fin, mientras mayor sea su peso gravitatorio en la economía del país, mayor y más delicada es su responsabilidad moral y más diáfana, más incuestionable, más prudente y menos motivadora de reproches ha de ser su conducta, porque su capacidad de herir y desmoralizar a la comunidad es muchísimo más grande. Hay accionistas, hay empresas filiales, hay trabajadores, hay pequeños, humildes ahorrantes que descansan en él y que pagarán sin quererlo sus errores y sus especulaciones.

Ni qué decir que esto tiene más importancia todavía en un régimen sostenido sobre los hombros de las FF.AA.

Si nos repugna el almacenero que acapara o falsea sus pesas, o el dueño de cantina que "bautiza" sus vinos, con muchísima mayor razón ha de asquearnos y sernos condenable la frivolidad del que juega sin escrúpulos en la ruleta financiera los dineros ajenos. Mal que mal, por razones de educación, de cultura, de "status", si no por otras, sabe mucho mejor lo que está haciendo, obra con mucho más fría premeditación, y el efecto público de su conducta es infinitamente peor. Mucho peor aún que los errores del Estado, aunque se diga otra cosa, puesto que si el Estado yerra, que yo sepa, no especula. Los errores y especulaciones privados que revisten tal magnitud y tal imprudencia ponen en cuestionamiento no sólo la cacareada eficiencia empresarial, sino el principio mismo de la libre iniciativa.

Por eso, si queremos que la libre iniciativa sobreviva, esa repugnancia tiene que hacerse ostensible, tiene que traducirse en una colectiva condena moral. De lo contrario, nos hacemos cómplices. De lo contrario, estaremos otorgando una patente de corso a los especuladores y todo se irá al diablo.

Poco a poco, en algunos detentadores del poder financiero privado, y en la mayoría de los exégetas de la libre iniciativa, se ha ido confundiendo el concepto genérico de desarrollo con un concepto excluyente de puro desarrollo económico, en desmedro del desarrollo social, del desarrollo político, del desarrollo tecnológico, del desarrollo cultural y hasta del perfeccionamiento moral, sin los cuales el primero no significa nada.

Peor que eso, se ha terminado por confundir el desarrollo económico mismo con el mero desarrollo financiero, construyéndose así una superestructura gigantesca, visiblemente concentrada en unos pocos y cuya consistencia, más que sobre chimeneas encendidas, descansa sobre chimeneas apagadas y en una arquitectura de papel.

De nada valdrá que, por debajo y un tanto a pesar de esa superestructura agobiadora, tan gigante como frágil, reverdezca y brote, como está brotando, el impulso creador de nuestros empresarios, de nuestros agricultores, de nuestros comerciantes, de nuestros trabajadores, en fin, de la gente que realmente trabaja y produce en este país, si desde esa cúpula, desde los estratos más altos, desde los estratos conductores y dominantes de la iniciativa privada, no se propaga y descende un ejemplo moral.

La corrupción política nos hundió ya una vez. La corruptela en las conductas financieras privadas puede hundirnos de nuevo. Ahí está Francia para demostrarlo.

Nuestra economía es una economía **social** de mercado. Nadie tiene derecho a borrar con sus actuaciones especulativas la palabrita "social" que va entremedio.

Somos más de diez millones de chilenos. De quienes defendemos la libre iniciativa como sustento de nuestras libertades cívicas, de nuestra soberanía y nuestra Seguridad Nacional, de quienes deseamos que este régimen perdure, ha de surgir un enérgico impulso rectificador para poner las cosas en su sitio y en su justo límite. Ni es la economía lo que manda en Chile, ni es su irresponsabilidad lo que ha de primar por sobre todo. Y en este esfuerzo rectificador, son los empresarios, sobre todo los más poderosos y más grandes (a quienes en este país todos conocemos) y a quienes tan de cerquita toca este asunto de la libre iniciativa, los primeros que han de reaccionar.

Si no es así, el país y el régimen tendrán que juzgarlos de otro modo.

19.5.81

CHIQUITITAS, PERO CUMPLIDORAS

Bajo este conocido slogan publicitario, durante muchos años se popularizaron unas píldoras que tenían enérgico efecto laxante. Purgaban sin dolor.

Del colapso económico del llamado grupo CRAV, cuyas "hondas repercusiones nadie ignora", lo que menos podemos esperar es que tenga una consecuencia saludable semejante: que purgue nuestras actuales prácticas financieras, aunque sea con algún dolor, y que esta mansa gracia nos componga el cuerpo.

Como alguien ya ha dicho, "100 millones de dólares constituyen una cantidad exorbitante para los negocios privados". El golpe ha sido bastante rudo para la confianza pública en ciertas grandes firmas.

Sin ir más lejos, la semana pasada casi la mitad de las cuotas de fondos mutuos cayeron en un diez por ciento, esfumándose en el aire los ahorros de una enorme cantidad de pequeños y medianos inversionistas. ¿Podría alguien calcular cuánto representa esta cifra? Al menos yo no puedo. Pero, en cambio, soy capaz de apostar que la inmensa mayoría de ellos, cuando pusieron allí sus platitas, no se les pasó por la mente especular con el precio internacional del azúcar. Nada de eso. La pusieron allí descansando en la solvencia de empresas muy serias, las más escogidas y selectas del mercado bursátil, en el supuesto de que se trataba de empresas productivas o de inversiones con sólido respaldo, de las cuales no se podía sospechar que se embarcaran en aventuras especulativas utilizando dineros ajenos o que pudieran ser arrastradas en su colapso por esos especuladores.

Se me dirá que esos pequeños y medianos ahorrantes, ninguno de los cuales es un lince en materia de negocios, por supuesto, eran personas adultas que sabían perfectamente que sus fondos podían subir o bajar, y que dentro de un mercado financiero libre había implícitos ciertos riesgos. Podían ganar o perder.

Contestaré que esto en efecto era así. Estaba en las reglas del juego. Pero agregaré que es muy distinto perder dinero por un error de planificación industrial de esas empresas, o un desacierto en la cuidadosa y bien cautelada inversión de esos fondos, que perder en un juego especulativo internacional con el precio del azúcar, absolutamente extraño y anormal por su dimensión (100 o más millones de dólares) al giro legítimo de tales empresas. Mal que mal, en el primer caso la fluctuación nunca es tan brusca. Siempre hay tiempo de cubrirse o rescatar los ahorritos. En el segundo, ni los propios fondos mutuos pueden preverlo; nadie se salva confesado. Las reglas del juego han sido rotas y el pequeño inversionista es burlado groseramente en sus expectativas. Se salvan los guarenes y se ahogan los ratones.

Es más, ¿se atreverá alguien a asegurar que si la especulación con el precio del azúcar hubiera sido un éxito, los fondos mutuos hubieran saltado un diez por ciento para arriba, en vez de un diez por ciento para abajo, y esa especulación hubiera beneficiado directamente a los pequeños y medianos inversionistas, repartíendose entre ellos? Estoy seguro que a quien afirme tal cosa, más de algún pequeño inversionista, hoy burlado en sus expectativas, le escupiría la cara.

Podrán retorcerse como lombriz en el anzuelo las explicaciones editoriales de quienes pretenden justificar y minimizar esta especulación nefasta, sin por ello convencer a nadie.

Una cosa es avanzar hacia la edad adulta en el libre mercado financiero y otra es avanzar hacia la edad de piedra, donde aquel que tiene el garrote grande es taita y el resto se lleva los chichones. El ejercicio y práctica de la libertad financiera no da para tales justificativos ni tales "entrenamientos". Menos aún cuando se evoca la reforma del régimen previsional o de la salud y hasta el ejercicio de las libertades políticas como etapas ulteriores de este "entrenamiento" en el proceso de "nuestra madurez espiritual". Fácil es imaginar lo que podrían ser nuestras libertades políticas y nuestra madurez espiritual (para no hablar de nuestra previsión) si se persevera en este modo de apreciar moralmente las conductas.

Ya con lo ocurrido en esa turbia historia de "La Familia" y luego con lo que sucedió en El Tattersall aprendimos que los pericotes y los guarenes salen impunes, y que pagan invariablemente los ratones. Mientras unos roen y roen hasta reventar de gordos, los otros, candidas lauchas indefensas, atraídas por un precario e iluso olor a queso, se pillan la cola y la dejan en la trampa.

¿Es ésto lo que se nos promete de nuestras futuras madureces cívicas y adultas?

Natural es entonces que más de alguien se asombre de que el Banco del Estado quede comprometido en el colapso de CRAV, porque cuando Jorge Prat, de ilustre memoria, lo creó, con el concurso de algunos de sus más inmediatos colaboradores, no lo concibió para que fuera víctima de este tipo de especulaciones, sino como palanca del desarrollo nacional. Lo aconsejable entonces no sería suprimir el Banco del Estado, sino poner atajo a las malas prácticas financieras que lo ponen en peligro. Así, al menos, pensaría Prat y quienes aún le siguen siendo fieles.

No cabe duda que día a día se hace más indispensable "una información libre que asegure verdadera transparencia en los asuntos públicos y privados". Transparencia tanto mayor cuando se trata de juegos financieros en que un montón de gente, trabajadores incluso, pequeños ahorrantes e inversionistas, sin quererlo ni buscarlo, pueden pillarse los dedos. Conspira contra esa transparencia tan vital todo aquello que tienda velos o circunloquios a la justa de-

nominación que las cosas deben tener cuando se las llama por su nombre. Eso no es información.

Otra vez habrá que decir entonces que quienes deseamos preservar nuestras libertades, tenemos que preservar al mismo tiempo el rigor que sancione sus excesos. Otra vez habrá que decirlo muy firme y muy en alto: No queremos lo uno sin lo otro. El deber y el ejemplo preceden al derecho.

Si alguien le encuentra gusto a ricino a estas palabras, todo sea por su valor purgante.

26.5.81

CONFORMISMO APOLILLADO

Según parece, el inexcusable colapso financiero de CRAV, enmarcado por fin en su real dimensión, empieza a despejarse, adjudicándose cada cual entre los numerosos afectados la respectiva porción de platos rotos. Tal vez ahora sea posible desprender conclusiones objetivas de este traspies y despejar algunas de las opiniones pintorescas a que ha dado lugar, las que en algunos casos devienen en franca caricatura.

Desde el 4 de mayo en adelante, fecha en que se anunció el cierre de la Refinería, día a día los chilenos hemos abierto los diarios buscando esa típica inserción pagada, que por lo común se encabeza "A la Opinión Pública", y donde el grupo de empresas envueltas en este asunto diera al país una explicación de lo ocurrido. Tal vez, si desde un comienzo se hubiera obrado así, la atmósfera de rumores y dudas respecto de su actuación no hubiera tomado el carácter de escándalo que ha revestido.

¿Por qué no se cumplió con este elemental deber de información? ¿Por qué no se dijo desde un principio cuál era el monto real de millones de dólares comprometidos, cuáles las empresas financieras y bancos afectados y cómo se había producido tal colapso, existiendo balances tan próximos que daban impresión de solidez? Tratándose de sumas tan grandes como las que en definitiva hemos terminado por identificar, el país tenía derecho a saber de qué modo se habían generado, cuál era el carácter y los fundamentos de la especulación en azúcar que le dieron origen y hasta qué punto esta especulación es el verdadero motivo del colapso. Aún hoy no hemos logrado saber cuánta era esta azúcar y dónde fue a parar.

Hemos oído la opinión de banqueros, de agricultores, de autoridades, de economistas y hasta de agentes de la bolsa, pero de las empresas afectadas no hemos escuchado una exposición formal, seria, esclarecedora. Y esto no es saludable para la transparencia de los negocios privados que tanto se reclama y tan necesaria es.

En cambio, ha habido de ciertos medios un tenaz esfuerzo por minimizar las proyecciones financieras e incluso morales de este grave incidente. Se ha tratado de restarle importancia y de emborrachar la perdiz, mostrando a quienes tienen la osadía de tocarlo como enemigos solapados de la política económica y hasta del Gobierno.

Tal proceder no es honesto.

No es la política económica la que está en cuestión. Muy por el contrario, es en defensa de esa política económica que se hace necesario poner en la picota pública a quienes se exceden en las libertades que ella confiere y con tales excesos le restan confiabilidad o perjudican gravemente a los pequeños ahorrantes, inversionistas y productores que en ella se fían.

Menos aún se puede imputar al régimen, al Gobierno o al Presidente de la República responsabilidad alguna por los abusos o malas prácticas a que dé lugar el programa económico por ellos establecido con la más generosa inspiración. Bien sonados tendríamos que estar si el Jefe del Estado tuviera que responder por las especulaciones que hacen los grupos privados con el azúcar u otros productos de consumo en una economía libre. Semejante suposición ronda el ridículo.

Lo ocurrido en CRAV no puede dar pábulo desde dentro a una oposición larvada; pero tampoco puede dar lugar a un conformismo apolillado que devoren desde fuera los parásitos.

Lo ocurrido en CRAV es una lección que nos está demostrando los riesgos inherentes a una libertad económica a la que no estábamos acostumbrados. Lo ocurrido en CRAV nos está advirtiendo cuánto esmero, cuánta prudencia, cuánta rectitud tenemos que emplear los civiles en el uso de esa libertad si queremos sinceramente conservarla y no hacer de ella una ley de la selva que la pervierta, la desprestigie y terminemos por farrearla.

Las instituciones y los sistemas son muy importantes, pero más importantes son el espíritu que los nutre, los comportamientos y hábitos de conducta, los ejemplos que están llamados a dar los particulares que en esas instituciones y sistemas se desenvuelven. Vano es el mejor de los sistemas si el espíritu de la civilidad y sobre todo de sus grupos dirigentes no se compadece con el ideal que ese sistema proclama. El tibio conformismo, la manga ancha, la tolerancia desmedida y discriminatoria en las conductas, el uso de los inevitables resquicios que cualquier sistema deja, socavan su consistencia, lo agusanan.

Quienes hemos puesto el dedo en la llaga de CRAV no hemos intentado desprestigiar ni amedrentar a nadie. Lo primero sería inútil; lo segundo, excesivamente pretencioso. El prestigio de cada financista o empresario privado depende de sus actos. Como dice el Evangelio: "por sus frutos los conoceremos".

Sólo hemos tratado de dejar en claro algo que no creo que nadie se atreva a discutir:

Primero. Para la sanidad y persistencia de nuestra economía social de mercado, componente indispensable de nuestra institucionalidad, colapsos con las características, orígenes, magnitud y consecuencias que ha tenido el de CRAV no es prudente que se repitan. Peor que eso, como lo ha dicho don Domingo Artega, Presidente de los Empresarios, no tienen excusa desde ningún punto de vista.

Segundo. Impedir que así suceda es responsabilidad de los propios empresarios y particularmente de aquellos grupos más poderosos que tienen el predominio de las finanzas y de la banca.

Tercero. No es cerrando los ojos, no es amononando con retorcidas argumentaciones lo que no debió ocurrir y nada justifica, como contribuiremos al sustento de la libertad. Es mirando nuestros defectos y debilidades cara a cara y de frente como lograremos superarlos y darles corrección.

Lo demás es festinar los hechos.

10.6.81

CONCURSO DE PREGUNTAS CRAV-CRAVAL

No puede negarse que el concurso de acreedores promovido por Crav-Craval se ha prestado para toda clase de especulaciones.

El tema, rico de por sí (cosa de trescientos millones de dólares), ha dado pie a variados ejercicios de análisis y almibaradas reflexiones sobre los más diversos tópicos. Van éstos desde la razón de ser del Banco del Estado y la conveniencia de privatizarlo, hasta las ventajas que tendría (al menos en el largo plazo) el desincentivar la inversión extranjera, pasando por los efectos saludables de las quiebras en una economía social de mercado, hasta el valor estimulante de la especulación, como actividad moralmente encomiable, para nuestro futuro desarrollo.

Se ha hablado también, con vehemencia, del mérito de estos colapsos financieros cuando se pondera su carácter de "entrenamiento" en el ejercicio futuro de nuestras libertades públicas y en la madurez cívica que aspiramos alcanzar próximamente.

Incluso se ha querido ver en quienes osan referirse a Crav un propósito de obstrucción a la política económica y una soterrada oposición al régimen, aunque no se entiende bien cómo podría ser esto y de qué modo el régimen o el Jefe del Estado pueden responsabilizarse de las operaciones especulativas en que fracasa la iniciativa privada.

Ni qué decir que, además, al calor de los hechos, ha reverdecido la animadversión contra la ineficiencia estatal y el apremio por disminuir el rol arbitral del Estado, ya harto precario.

Sin desconocer la trascendencia de todas estas materias, pienso que han contribuido —tal vez involuntariamente— a minimizar la cuestión de fondo, restándole transparencia. Nos hemos ido un tanto por las ramas, inducidos por el discreto silencio que mantienen las empresas y personas responsables de la crisis Crav-Craval, al extremo de no saber casi qué fue lo que pasó. Leyendo algunos diarios, diríase que esa crisis no trajo más que bondades, que sus actores no merecen más que nuestra efusiva felicitación y que es de desear que la repitan muy pronto.

Pero a la gente menuda que tenía Fondos Mutos o acciones, a los remolacheros, a los trabajadores, a los muchos que tienen que encarar el brutal salto de las tasas internas del interés del dinero y al público mirón, les gustaría saber cómo fue que ocurrió esto.

Por eso mismo, creo indispensable volver sobre el meollo del asunto, sobre sus hechos concretos, al menos en tres aspectos que alguien debiera despejar: El carácter de la especulación, la naturaleza de los créditos comprometidos y el modo de evitar en el futuro sorpresas similares.

Y van las preguntas:

¿Contemplan los Estatutos de Crav y Craval, dentro de su objeto social, el uso de los dineros de dichas empresas con fines de especulación financiera en términos que les permitan incursionar tan discrecionalmente en ese giro? ¿Es sano que esto ocurra sin conocimiento de sus pequeños accionistas?

El reglamento del Banco Central, que permite operaciones de compra y venta en los mercados de venta a futuro, ¿está destinado a servir operaciones de cobertura de precios, o ampara también explícitamente operaciones especulativas como la efectuada? ¿Es conveniente que los canales del Banco Central se empleen en estos albueros?

¿Están registradas todas las operaciones de azúcar en el Banco Central?

¿Tuvieron conocimiento previo y cabal, los directores de Crav-Craval, de todas las operaciones que se hicieron?

¿Cómo se explica que, como consecuencia de una desafortunada especulación con el precio del azúcar, cuyo monto se estima entre los veinte y los treinta millones de dólares, la diferencia entre activos y pasivos de Crav-Craval sea del orden de los 150 millones?

¿Cómo se justifica que Crav-Craval dieran un dividendo provisorio y presentaran un balance sólido al 31 de diciembre, a la luz de su situación al 30 de abril?

¿Por qué los gastos de Craval fueron cargándose sistemáticamente a Crav?

¿Cómo es posible que los bancos ignoraran la existencia de paquetes cruzados, excediéndose en el monto de los créditos, por ese simple resquicio, más allá de lo que tolera no sólo la prudencia, sino la Superintendencia respectiva? ¿Se continuará en esta práctica?

¿Por qué algunos de los traspasos de acciones efectuados no figuran registrados en el plazo oportuno?

¿Por qué el Balance de estas empresas no reflejó su real situación ni registró los verdaderos compromisos que padecían? ¿Hay algún modo de evitar que los bancos caigan otra vez en el mismo engaño?

¿Cómo es posible que créditos de tal magnitud y con tan escaso respaldo se hayan empleado sin limitaciones ni resguardos de ninguna índole en una operación tan incierta y tan extraña al giro normal de actividades de las empresas que hicieron así uso de esos dineros ajenos?

¿Por qué el Banco del Estado avaló una compra hecha al Estado?

¿Por qué se editorializa que la quiebra ha sido buena para el país por haber bajado el precio del azúcar, en circunstancias que en una economía abierta la baja se habría producido igual sin esa quiebra?

¿Cómo puede equipararse la baja del azúcar con el terrible efecto que para el país ha tenido el alza de las tasas de interés?

Estas y otras preguntas, que la dimensión de mi columna no permite, nos vuelven sobre el hueso del asunto. Pienso que todas podrían condensarse en una:

¿Podemos permitir que el caso de Crav-Craval se repita, dejando al libre arbitrio y veleidad de las conductas privadas semejante tentación o, como en otros casos, este acontecimiento nos alerta sobre la necesidad de establecer normativas y disposiciones legales que cierren los actuales resquicios, pongan atajo a los excesos y fuercen con la disciplina y el rigor de la ley lo que el sentido del bien común y la rectitud en los manejos financieros exigen y no parecen dispuestos a dar espontáneamente los grupos privados más poderosos?

Al margen de varias chácharas, creo que esto y no otra cosa es justamente lo que el país se está preguntando.

16.6.81

DEL LOBO, ¿SOLO UN PELO?

No ha sido fácil conseguir una cierta base de consenso en torno al caso CRAV-CRAVAL y, sobre todo, conseguir un poco de luz y objetividad.

A nuestras primeras voces de alerta respondió la bien nutrida, cerrada y solidaria batería que desde diversos medios manipulan los grupos financieros, levantando una imponente y espesa cortina de humo. En el apuro por echarle tierra y acallar las escasas plumas que no responden a su batuta y no se venden, se recurrió a los más peregrinos argumentos.

Hemos visto encomiar la especulación, alabar las ventajas de las quiebras,

recomendar como saludable la desincentivación de la inversión extranjera o condenar al Banco del Estado como ineficiente. Se ha recurrido a la amenaza entre líneas, se ha pretendido envolver en estas responsabilidades privadas al Gobierno, y se nos ha acusado, a la vez, como opositores larvados.

Economistas de prestigio, indudablemente versados y profesionalmente solventes, han gastado en ello todo su arsenal doctrinario, comprometiendo la autoridad que les distingue, al punto de producir un tanto de vergüenza ajena.

Por último, a falta de otra cosa, se ha recurrido a la auto-mordaza, guardando por semanas y semanas un silencio que se negaba a sacar el habla. Todavía, en sus últimos pataleos, hay quienes se atreven a sostener que “aquí no ha pasado nada” y suscriben con su firma, hasta ayer al servicio de más nobles causas, un desaprensivo comunicado de “sin novedad en el frente”.

Tanto es así que, de no ser por la invaluable ventana que ha abierto “La Tercera”, en lo que toca a los medios privados, abrumadoramente dominantes, el país, tal vez, no habría tomado conciencia de lo que estaba ocurriendo.

Pero, a dos meses de los primeros indicios, los porfiados hechos empiezan a vencer el peso de la noche y la punta del iceberg se ve forzada a confesar lo que oculta debajo. Poco a poco, hasta los más renuentes, se han visto obligados a entrar a la fila, quizás por obra de un tardío remordimiento, o acaso temerosos de perder aún más circulación, ante el empuje creciente de la opinión nacional.

Incluso, un conocido analista de esta plaza, de cuya postura nadie duda, aporta su pálido granito de advertencia a los “grupos económicos”, no sin antes otorgarles como dato una “dosis de poder político” (no cuantificada, ciertamente), que es, sin duda, el último estertor de su primigenio gremialismo y la expresión actual de su más íntimo deseo.

Sin embargo, hay que alegrarse que, aunque tarde, se haya llegado a esta mínima convergencia. Del lobo, un pelo. Bastarán unas cuantas citas (sin “segundas intenciones”) para mostrar cómo y cuán sorprendentemente estamos de acuerdo.

Una revista especializada ha dicho: “Cada vez se hace más evidente el perjuicio diseminado que han sufrido muchos pequeños inversionistas y, en general, todos los que han pagado intereses muy altos o han visto demoradas o dificultadas sus operaciones bancarias... Más sutil, pero quizás más duradero, son el deterioro de la imagen empresarial y las dudas difundidas sobre el sistema”. Y agrega más adelante: “Existe un generalizado repudio a las “sociedades de papel” y a todas las argucias que permiten crear fachadas engañosas o aumentar la influencia de los dueños de paquetes de acciones por un juego cruzado de vinculaciones sociales”. “Los bancos, sobre todo, deben acentuar su profesionalismo y algunos de ellos olvidar su excesiva benevolencia hacia las empresas “fraternales”.

A su vez, un conocido matutino añade: "Nadie debiera confundir una posición contraria al estatismo con una posición suicida contraria al Estado o contraria a la ley. Imaginar una utopía liberal en que todas las funciones públicas se desempeñen por los particulares y se sometan a las leyes del mercado, es quedarse no sólo al margen de la realidad chilena de siempre sino fuera de toda realidad social posible".

Y acota el analista de marras: "No hay ningún sistema político o económico que no se destruya si sus actores pierden una conciencia moral sólida, o violentan el juicio ciudadano con conductas insensatas".

Me siento conmovido. Ninguno de estos opinantes puede considerarse opositor larvado y sin embargo ahí está casi todo lo que desde un principio hemos dicho.

Ya que hemos llegado espontáneamente a esta emotiva comunión ¿No podríamos avanzar otro pasito?

Si es evidente el perjuicio diseminado entre muchos pequeños inversionistas y el sutil pero duradero deterioro de la imagen empresarial y las dudas difundidas sobre el sistema. Si existe un repudio generalizado a las sociedades de papel, a las argucias y a las engañosas fachadas financieras. Si no es posible imaginar una utopía liberal en que todas las funciones públicas las desempeñen los particulares y se sometan a las leyes del mercado, porque ello conduciría a quedar fuera de toda realidad social posible. Si es suicida adoptar una actitud contraria al Estado y a la ley. Si no hay sistema económico que no se destruya si sus actores pierden la conciencia moral, o violentan el juicio ciudadano con sus conductas insensatas. Si todo eso es así ¿no será oportuno y necesario que los organismos del Estado ya mismo tomen cartas en el asunto, dicten normas, investiguen, apliquen sanciones y corrijan esas conductas insensatas que violentan el juicio ciudadano?

¿Acaso creemos que CRAV es un caso aislado? ¿El único con fachadas de papel y paquetes cruzados? ¿El único en que los bancos han usado excesiva benevolencia hacia empresas "fraternas"? ¿El único susceptible de conductas insensatas?

No. Nadie duda de la vigencia y validez del sistema. Pero es evidente que necesita urgentes correcciones. Los grupos financieros han demostrado intentar una excesiva dosis de poder político y un tan aplastante como peli-groso poder de comunicación social. Cuando a ello se suma la precariedad de sus estructuras de papel y la maraña de sus cruces, se hace evidente que el país no puede quedar entregado a nuevas conductas privadas desafiantes e insensatas.

Parece indispensable sacarle otro pelo al lobo.

30.6.81

NITANTO, NITANPOCO

Con cierta angustia, he leído en la prensa la siguiente afirmación: "El esquema económico del Gobierno no es otra cosa que el Gobierno mismo. Es el respaldo material del régimen; es la causa del proceso de desarrollo del país; es la fuente del prestigio exterior y es el mecanismo que mantiene la corriente de adquisiciones vitales para Chile. El esquema económico resulta directamente de la voluntad de S.E. y tan sólo opositores larvados podrían atacar dicho esquema diciéndose partidarios del Presidente".

A afirmación tan categórica es difícil darle respuesta en pocas líneas, y la angustia me brota por diversas causas.

Primero, porque no creo que el Gobierno, con todo lo que representa para la inmensidad de los chilenos, sea tan sólo un esquema económico y no, además, muchísimas otras cosas tan o más importantes que ésa para la supervivencia patria.

Segundo, porque tampoco creo que la voluntad del Presidente se exprese meramente en la conservación de ese esquema y no persiga metas más generosas y más altas.

Tercero, porque me resulta inaceptable creer que el respaldo material del régimen, el prestigio exterior de Chile, el proceso de desarrollo del país y aún la corriente de adquisiciones vitales de que se nutre no tengan otra fuente y otro origen que el que señala la citada frase.

Me temo que, otra vez, con cierta premeditación, se confunda medios y fines. Hay en el contexto de la afirmación una desoladora ramplonería. No podemos ser tan poca cosa.

El esquema económico que un Gobierno elija, sea cual sea, no es más que uno entre múltiples instrumentos esgrimidos por él para alcanzar y saciar las aspiraciones nacionales en la búsqueda del bien común. Importante, sin duda. Prioritario en un momento, tal vez. Pero no excluyente. Y en todo caso reglado por su eficiencia para lograr los objetivos propuestos.

Nada más.

Cuando se revierten los valores, cuando el medio se transforma en fin, la nación pasa a ser esclava de un esquema (político, económico, ideológico o lo que sea) y pierde el norte de esos objetivos. Chile se merece más. El 11 de septiembre no se hizo sólo para consolidar un esquema económico, por brillante que resulte. No hemos puesto en ello la vida ni la razón de nuestra existencia como país. No somos tan ratones.

Pero hay todavía otros motivos para sentirse angustiado. Pese al torcido empeño de quienes se obstinan en confundir el todo con las partes y el esquema económico con su implementación en el detalle, no hay una sola voz entre los partidarios del régimen que se haya alzado para condenar el sistema mis-

mo. No es eso lo que está en cuestión. Tendríamos que ser muy insensatos para imaginar que es viable, que es sano, que es practicable un cambio radical en el esquema. Evidentemente no hay otro camino sino es perseverar en él. Pero eso no significa que sea perfecto, que no dé lugar a fisuras, que no requiera ajustes.

Porque también tendríamos que ser muy ciegos e insensatos para desconocer que su aplicación a rajatabla produce anomalías, abusos y excesos que nadie honestamente puede desear.

Un esquema económico tiene que ser suficientemente elástico para corregir sus propias deformaciones antes que lleguen al límite de lo tolerable.

Más que una economía "recalentada", tenemos hoy una economía febril. Lo están diciendo nuestros industriales, lo están diciendo nuestros agricultores, lo están diciendo nuestros exportadores, lo acusan las insólitas tasas a que llega el interés, lo demuestra la balanza de pagos, lo confiesan los más vehementes defensores de la ortodoxia del esquema y lo denuncia el sórdido caso CRAV-CRAVAL.

La validez de un esquema, su eficiencia, se prueba por su capacidad para condicionarse sin sobresaltos a las contingencias externas e internas, su aptitud para adaptarse a ellas evitando bruscos vaivenes y su energía para contrariar la explotación de los más débiles. En otros términos, su destreza para eludir las rigideces que puedan quebrarlo.

Los precios delirantes a que llegan los bienes raíces y la desmesura que alcanzan algunas remuneraciones por sobre los quince o veinte mil dólares mensuales, acompañadas de un enfermizo afán de ostentación, en tanto importantes sectores de la población se encuentran deprimidos y sin trabajo, denotan extremos malsanos y hasta imprudentes que, sin tocar el esquema mismo, urge corregir.

Muy cobardes y muy hipócritas tendríamos que ser si, en defensa de los fines que el régimen se ha propuesto, de sus generosas y patrióticas miras, sabiendo que es así, nos lo calláramos.

Pero hay aún otra razón de angustia. Al triunfalismo imprudente en que durante mucho rato se excedieron y se solazaron los febriles defensores de una economía de mercado sin restricciones ni controles, entregada a su brutal arbitrio, se sucede hoy un cauto pie atrás, que balbucea excusas para justificar el "enfriamiento" de una economía supuestamente recalentada y que, precisamente porque no fue capaz de encender en el país muchas chimeneas, nos anuncia ahora un "ajuste recesivo".

Nada tendría esto de particular, son hechos que suceden en todas las economías del mundo, si no fuera por el suicida empeño con que estos exitistas han tratado de amarrar incondicionalmente la suerte del régimen a su propia suerte.

Habr  entonces que decirlo otra vez y muy alto: el régimen está atado al sistema económico **social** de mercado, pero no está atado a sus defectos, a sus insuficiencias y ni siquiera a sus tropiezos. Ni se trata de cambiarlo, ni se trata que por su obsecación y rigidez ilimitada nos lleve a cualquier parte.

Ni tanto, ni tan poco. Hay todo un país y un destino de grandeza que est n de por medio.

14. 7.81

VI LA AGRESION EXTERIOR

EN SEPTIEMBRE

No somos ciertamente efusivos con nuestros amores. El pudor, esa medida, esa contención viril para expresar los sentimientos que de veras calan hondo, desde un comienzo, hizo de los chilenos un pueblo negado a las ruidosidades patrioterías.

Cierto tonillo socarrón de su temperamento, hace que la gente se codée con nuestros próceres y hasta con nuestros héroes casi en chunga, de tú a vos, escondiendo el apego tras la veleidad de una talla.

Es un modo de ser. Un modo de ser engañoso.

Ya va para varios años que a nuestro derredor gruñen las amenazas y los aspavientos, rujen belicosos los discursos, se practica con vistosidad y colorido una gimnasia marcial a tambor batiente. Porque, sin duda, en otras partes luce esto de encandilar la candidez del público con faramallas que aquí el menos avispado tomaría para el fideo.

Así, no pasa día sin que algún señor en la vecindad, quizá buscando fotografiarse en los diarios, tire rayas y plumadas sobre nuestras fronteras, redibujándolas a su regalado gusto, sacudiendo tratados para allá y para acá, como le da la gana.

Diríase que con Chile, en su sueño de marmota, se puede hacer y deshacer.

Probablemente son contados los ejemplos históricos de una nación que se haya mostrado tan apacible, con tanta calma, con tan serena indiferencia ante semejantes demostraciones concertadas de agresividad en cuadrillazo.

Nosotros, como oír llover.

Cualquiera, al vernos, podría imaginarse que nos importa un rábano la suerte de éste o aquél territorio, que la prepotencia, el matonaje o el exabrupto ajeno nos acoquinan.

Pero los caballeros de la Comisión Preliminar de la OEA sencillamente se pasaron. Han tenido la desfachatez de poner en discusión los lindes de Chile como si fuera cosa de disponer de ellos fuera de casa, entre fulanos y perenganos que no vienen al cuento y que en este partido no tienen pito que tocar.

Sería sin embargo tonto que estos desaprensivos revisores de tratados y fronteras al divino botón, confundieran la calma y quietud de Chile, el decoroso, admirable silencio de su gobierno, la prudencia de nuestra conducta internacional y el irónico desdén de su pueblo, con signos de debilidad.

Sería tonto y trágico a la vez.

La más elemental prudencia recomienda no introducir las chuecuras y truhanerías que se estilan habitualmente en otros organismos internacionales, dentro de una entidad como la OEA que ha de dar razón, ni más ni menos, que de la paz y estabilidad en el continente americano. Paz que descansa sobre la fragilidad de la cordura; estabilidad que depende de la a veces precaria buena fe.

¡Y vaya si es harto decir!

Como demagogo se necesita ser muy miserable, sólo la más bastarda y podrida de las vanidades en su comezón insaciable por hacerse oír y notar, puede inducir a quienes avivan esta cueca desde la impunidad de su galería. Se necesita ser muy inconsciente para poner en solfa y vulnerar todo el sistema de acuerdos y pactos limítrofes que configura el hemisferio (incluso los del propio suelo de esos inconscientes) sólo por dar satisfacción a un encono tan gratuito como desnaturalizado. Se necesita una frivolidad sin parangón para jugar así con el destino de tantas naciones y escupir al cielo, cuando en una de éstas, de bofetón en bofetón entre unos y otros, podría venirse abajo todo el encatrado de convivencia americana.

Más de alguna gata capada puede escapárseles de esta caja de Pandora a quienes tan livianamente la manipulan. Y si así fuera, puesto que en cualquier parte del continente se cuecen habas hablando de fronteras y a cada cual no le falta su yaya, ¿quién podría pagar, después, lo que eso cueste en sangre y en madres que lloran?

En cuanto a lo que ocurra en otros lugares, allá ellos, con su pan se lo coman. ¡Pero que no se engañen con Chile!

Nosotros sólo queremos paz, tranquilidad. Ya en el siglo pasado, cuando la lanza del montonero, la embriaguez del caudillaje banal o el aventurismo revolucionario sin son ni ton se cebaron con gran parte de Latinoamérica, fuimos en Chile un oasis, una isla de cordura en medio de una marejada tenebrosa de demagogia y anarquía. Puesto que la marejada promete volver, por

conservar ese oasis seremos otra vez diferentes, aunque por ello no nos quieran.

Es la costumbre.

No nos hacen falta sonajeras bélicas ni aparatosidades de tribuna internacional para distraernos de la tarea constructiva en que estamos empeñados. No necesitamos disimular con tales ajetreos la incuria, la ineptia o la corrupción, el chuchoqueo politiquero o la inestabilidad incurable que aflige a tantos otros pueblos americanos. Tenemos hartos que hacer aquí por nuestro progreso, nuestro bienestar y nuestro desarrollo, de nuevo en marcha, para perder el tiempo en bravuconadas majaderas.

No somos de ese baile.

Pero habría que ser muy insensato para confundir nuestra paciencia y nuestra tolerante bonhomía con un síntoma de debilidad. Habría que ser muy insensato para suponer que nuestro irónico desdén es tibieza, nuestro silencio es blandura o nuestra prudencia vulnerabilidad.

Si alguien en estos dimes y diretes, que ya pasan de castaño oscuro, nos pega un estrellón, que no se piense que se va a topar solamente con un gobierno firme y respaldado, o con un régimen que conoce muy claro su deber. Se va a topar, además, con un pueblo unido como nigua, fundido en alma y cuerpo con sus Fuerzas Armadas. Un pueblo que tiene puestas sus entrañas en cada peñasco y cada arenal de su terruño. Un pueblo, en fin, que tiene el sueño dulce, pero que tiene a veces un irritable despertar.

Por eso, en este mes de septiembre, luminoso por tantas razones que tocan a nuestro contenido amor viril, al avivar a Chile, adjudico el grito alegre y desenfadado que la tradición le cuelga, a aquellos que afuera se obstinan en ladrar.

18.9.79

UN BURRITO LLAMADO PACIENCIA

Con la multa de 300.000 dólares aplicados al pesquero "Miño", detenido en aguas de las islas Falkland, las autoridades militares argentinas se anotan a su haber un punto más en una muy larga, muy triste y muy fatigosa lista de menudos pero hartos ingratos incidentes que empañan nuestra tradicional amistad, y que, cuando se los examina, en su gratuidad, en su desproporción, no sólo aparecen como perfectamente inútiles sino también como francamente tontos.

Asperas declaraciones, obscurecimientos, maniobras militares, cierre in-

motivado de caminos, trabas aduaneras, barreras súbitamente impuestas al transporte, acordonamiento o expulsión de pacíficos trabajadores con sus familias, confiscación y remate de ganado o arreos (a los que se lleva cautivos como si se tratara de convertir a las vacas en rehenes), vejaciones a pobladores anónimos en la soledad de las pampas, desplazamientos navales, inesperados vuelos de máquinas de guerra, en fin todo un calendario hostigoso de demostraciones que, en su parafernalia bochinchera, adquieren un viso a ratos infantil y casi ridículo, si no risueño; a ratos también amargo, como fue el asesinato estéril, sin objeto, del teniente Merino, la demolición de un faro en el islote Snipe, o la prisión ya de dos años que llevan seis ciudadanos chilenos, uno de ellos funcionario de LAN, otro del Banco del Estado, acusados de "espionaje", imputación que suena por demás desmesurada en países como los nuestros.(1)

¿Qué sentido tienen estas agrias minucias, estos reiterados maltratos, aplicados a un vecino mucho más pequeño, de quien la República Argentina juiciosamente nada tiene que temer, nada puede temer, con quien la ligan tantas y tan sólidas razones y con quien está llamada a convivir (le guste o no a algunos de sus más vehementes jefes militares) mientras este continente flote sobre los mares?

En su época, aceptamos un Tratado en que ya cedimos mucho. Aceptamos luego un arbitraje internacional que reconoció nuestros legítimos, indiscutibles derechos. Ese arbitraje, libremente pactado, fue impugnado y desconocido unilateralmente contra lo que son todos los usos del derecho de gentes. Aceptamos una mediación para salir decorosa y amigablemente de un enredo que nosotros no buscamos y en el que es obvio, palmario, evidente que nos asiste la más holgada razón.

En aras de una amistad que apreciamos, en aras de la cordura y sobre todo de la paz que a ambos pueblos les es tan indispensable, hemos aceptado y tolerado también estas ásperas minucias, con paciencia, con resignación, con la calma chicha del que se sabe en lo justo.

Nadie aquí sensatamente puede creer que el pueblo argentino nos esté buscando con premeditación el odio. Nadie puede pensarlo de ese pueblo gentil, hospitalario, del que nos sentimos hermanos, del que todo nos une y nada nos separa.

Por eso mismo, esto que está pasando es absurdo, es irracional, es artificio. Es también de un notorio mal gusto.

No es posible que la deformación profesional de unos cuantos señores, que según parece no tienen nada mejor en qué matar sus ocios o con qué llenar sus vanidades y sus prepotencias, estén levantando un muro de espinas en el Cono Sur.

(1) Los seis detenidos fueron liberados en junio de 1981, a instancias del mediador S.S. el Papa Juan Pablo II.

¿Para dónde se va con esta siembra persistente de rencores y estos aspavientos más propios de viejas conventilleras que de hombres que pintan canas y detentan cargos de responsabilidad?

Siento decirlo, pero este ya largo espectáculo da pena y empieza a resultar muy visto.

21.10.80

EL MUNDO NOS ESTA MIRANDO

En esta semana que recién concluye, el gobierno trasandino nos ha dado una nueva muestra de su temperamento al llevarse retobados a Río Gallegos a cuatro funcionarios chilenos del Instituto Geográfico Militar que cumplían labores rutinarias de demarcación.

Como acaban de soltarnos al pesquero "Miño" y a sus tripulantes, retenidos por un buen rato en el más puro estilo iraní, debemos suponer que, con este nuevo gesto, el gobierno de la nación hermana se está proveyendo de elementos adicionales destinados a crear esa "Zona de Paz" que Su Santidad les viene recomendando tan encarecidamente.

Dicen que al que da y quita, le sale una corcovita; pero hay reiteraciones en ésto que terminan por poner curcuncho.

El 2 de mayo de 1977, la Corona Británica entregó su fallo a un Arbitraje libremente pactado por los dos países. Allí debió terminar el asunto. Jueces versados, expertos, que tuvieron detenida ocasión de ponderar los fundamentos legales que esgrimían ambos contradictores, dictaminaron a quién correspondía la razón y lo conforme a las más estrictas normas del derecho internacional. Tras este fallo, a las partes restaba aún la posibilidad de recurrir, de común acuerdo o separadamente, a la Corte Internacional de La Haya, la cual, sin duda alguna, habría confirmado el irrefutable fallo del Arbitro inglés.

Tras una sucesión de dengues y tironeos no muy elegantes, el gobierno argentino decidió desconocer el fallo y dejar al aire las canillas de la Corona Británica, que tan comedidamente se había prestado a desempeñar el rol al que Argentina, como parte, la había convocado.

El gobierno de la nación hermana discurrió entonces que este era un problema "político" y no "jurídico", cerrando toda vía a un arreglo sensato ante la Corte Internacional y haciendo sentir con mucha claridad que si Chije llegaba a recurrir a ella, como era su indubitable derecho, lo estimaría como un acto unilateral de provocación.

Se planteó así tajantemente la alternativa de las conversaciones directas o la guerra. Tan simple como eso. Para hacer más expeditas las conversaciones directas, se hizo uso, además, de una rica y minuciosa parafernalia de demostraciones bélicas, a cual más atinada y gentil. Oscurecimiento, movilizaciones, cierre de fronteras, espeluznantes historias de espionaje, expulsiones masivas con lo puesto de humildes pobladores, maniobras militares; en fin, todo el show imaginable de los trascendidos y los incidentes. Como en los versos de Cervantes, al otro lado del Andes todo era un calar de chapeos, mirares de soslayo y requerir de tizonas, con mucho mareo de tripulaciones novatas en el Atlántico sur. La cosa se estaba poniendo francamente fea, tontamente fea, gratuitamente fea.

Fue en ese instante cuando la Santa Sede arrojó en un mar ya hartó proceloso el salvavidas de su mediación a una paz y una hermandad de siglos que parecía en las últimas boqueadas y a un tris de irse a pique.

Respondimos a ese santo llamado con una paciencia no menos santa. Con la paciencia del que se sabe en la plenitud de su derecho y que, por eso mismo, no tiene el más mínimo miedo al someterlo a nuevos y acuciosos escrutinios.

Chile, que ya antes del Laudo Arbitral había cedido en sus legítimos y consagrados derechos en aras de la paz, aceptando reexaminarlos a la luz de una interpretación muy traída de las mechas respecto a por dónde corría el Canal del Beagle, aceptó doblemente posponer la legitimidad de su tesis, confirmada por el Laudo (y que ciertamente la Corte Internacional también habría confirmado), para que fuera ni más ni menos que Su Santidad, el Papa, quien diera el corte final a este ya caprichoso asunto. Si había alguien cuyo sentido de la equidad, cuyo amor por la justicia y por la paz, y cuya altísima e insospechada independencia podían mediar entre nosotros, era, sin lugar a duda alguna, el sucesor de San Pedro. Esto, que ya era fácil de reconocer y duro de impugnar aún para países hugonotes, mahometanos o albingenses, no podía menos que ser palmario para naciones de honda tradición católica como las nuestras.

Nuevamente, durante largos meses, las altas partes en querella tuvieron holgada ocasión de esgrimir sus argumentos, sus documentaciones, sus criterios, llevados y traídos hasta el agotamiento, ante la serena e inteligente mirada del Pontífice.

Pues bien, Su Santidad ha dado a conocer sus conclusiones y su recomendación de arreglo, que Chile se ha apresurado a aceptar. Es más, obediente a los deseos de Su Santidad, ha guardado una discreta reserva respecto de esas conclusiones, posponiendo muy justas impaciencias.

Pero en la otra banda el asunto se estira, se perciben inequívocos síntomas de desconcierto y también signos de una escalada en la parafernalia que ya nos exhibieron una vez nuestros vecinos. Y uno se pregunta, entonces, ¿pien-

sa el gobierno argentino verle las canillas al Papa, como se las vió a la Reina y a la Corte Internacional de La Haya?

Cuesta creer que tal cosa pueda ser posible.

El gobierno argentino ha acariciado expectativas que ya el Laudo Arbitral desechó porque carecían de todo fundamento jurídico. Expectativas muy explicables, pero a las que Su Santidad tampoco encuentra asidero, ya no en el derecho sino en la cordura. Es hora entonces de ceder en ellas. Es hora de dejarlas de mano, como propias a una geografía fantástica, pero, por eso mismo, inverosímil e insostenible.

No es mucho lo que se le pide al gobierno argentino en aras de la paz. El precio es ínfimo. Es, quizá, el precio de una vanidad, de un amor propio chauvinista que se excede en su tosudez.

Chile, en cambio, ha cedido bastante. Ha pospuesto la legítima facultad que tenía de hacer valer sus derechos ante la Corte Internacional, con o sin la concurrencia de su contradictor. Ha cedido al someterse a una mediación, valiosísima y altamente inspirada, pero a la que no estaba obligado, aceptando el albur de que se pusiera en discusión otra vez lo que ya estaba juzgado. Y aún así, se ha apresurado a acatar el criterio del mediador, como se apresuró a acatar al Arbitro.

¿Qué resta entonces? Una contienda en que se enfrentan expectativas y obstinaciones que la razón ha frustrado hasta la saciedad y derechos que un Arbitro y un Mediador, ambos de máxima solvencia, han reconocido como inamovibles.

El peso moral de ambos precedentes es abrumador, es demasiado grande y está demasiado a la vista como para que el capricho y la obstinación chauvinista le fabriquen una séptima pata a este gato, que ya parece cientos.

El mundo nos está mirando. Chilenos y argentinos tenemos tanto que ganar y tan poco que perder que definitivamente es hora ya de que las expectativas cedan su lugar al Derecho.

27.1.81

POPA AL NORTE

Las palabras, como las navegaciones y los bumerangs, según de qué lado se las tome, tienen la peculiaridad de ser reversibles. Vienen y van.

También, cuando se las lanza así no más, desenfadadamente, sin que vengan al tiesto, dependiendo de qué lado sople el viento, suelen volverse rumbo al que las suelta.

Se regresan.

A propósito de un combate naval que se produjo hace ya cien años, hemos oído palabras deplorables, cargadas de esos ruidos y esas furias que menciona Shakespeare. Nos hablan de flotas que navegan proa al sur; nos cuentan de manchas que no se borran y que no lavan ni el tiempo ni el olvido. Palabras, en fin, destempladas, que suenan tremebundas y que no sabemos bien qué significan, salvo sonido y furia.

¿Será que el Cono Sur se está tropicalizando, ¿o es, acaso, que hemos oído mal?

Parece útil representar, al escucharlas, que el tiempo no pasa en vano por sobre los Continentes y por sobre sus contenidos. Hay cosas que se aconchan y que se consolidan. Hay cosas que ni el premeditado olvido ni la más palmaria omisión cambian. Hay, además, las que es preferible no menear.

Hemos vivido un siglo de paz. Un siglo en que nadie dijo pío y en el que buenamente todos procuramos acomodarnos a las consecuencias propias a un conflicto que, al menos nosotros, no buscamos, en que llevábamos todas las de perder y que, a la postre, terminamos ganando.

Pasa así.

Porque, si mal no recuerdo, los convidados a la mocha fueron dos, ¿no es cierto? Dos a uno. (Y a pelo estuvo de que resultara un “menage a trois”, que si falló no fue por falta de empeño). Sacando cuentas elementales, mentar entonces la agresión parece un tanto exagerado; por lo menos, grandilocuente.

Hubo por ahí ese Tratado Secreto de 1874, que los picarones se tuvieron muy calladito, de tapada. Hubo esos gritos “¡a Santiago!”, esas proclamas bullangueras, esas multitudes eufóricas, prontas a marchar en lo que parecía una campaña fácil. Un paseo.

También es cierto que el tiro salió por la culata y que la paliza fue de órdago, memorable, incluso se la podría calificar de minuciosa. Pero no es para que ahora —a un siglo de distancia— se la vengan a tomar tan a pecho. Sucede hasta en las mejores familias. Qué se le va a hacer. El que busca, encuentra. Como dicen en las películas del género: “Tú te la buscaste, Pete”.

Entonces, ¿por qué estos barcos que navengan para el sur? ¿Se les habrá perdido alguna anchoveta, digo yo? ¿Vendrán a visitarnos? ¿Cortesías, tardía gratitud?

Todavía está allí el reloj de la Intendencia porteña, con el cañonazo que nos soltó Méndez Núñez cuando de puros comedidos, ilusos de la fraternidad americana, en 1866 salimos en defensa de las islas Chinchas. “Covadonga” se llamaba el barquito que Williams Rebolledo le arrebató a los españoles en Coquimbo, por esa misma época, “en defensa del honor y la integridad (física) de una nación hermana nuestra”.

Bellos tiempos aquellos en que Vicuña Mackenna realizaba mitines en Valparaíso y los chilenos bramábamos de entusiasmo, prontos a acudir con nuestra escasa ropa en salvaguardia de unos vecinos amenazados por la insolencia

europea. La gracia nos costó \$ 32.000.000 de la época (equivalentes al doble del presupuesto nacional de 1866), a más del puerto en ruinas por el bombardeo español.

Y si siguiéramos por esos recuerdos, ¿en 1839, Castilla, Torrico, Elespuru, Vidal y Ugarteche no estuvieron acaso junto a Bulnes en su campamento a orillas del Ancachs?

A mayor abundamiento, están también esas “cuatro tablas” que los sudores de don Bernardo O’Higgins y las chauchas y el pan que apenas sí teníamos, hicieron flotar en 1820 por la Libertad de América, disputada por nuestros rotos a pana y ñeque en latitudes adónde bien pocos nos llamaban.

¿Tan olvidadas están?

Tal vez sería mejor que evocáramos juntos esas otras ilustres y gloriosas jornadas que nos aproximan y no nos separan. La de Abtao, por ejemplo, donde Grau y Prat pusieron también su pecho con idéntico afán de gloria, gemelos en el honor. La de Ugarteche, al pie del Pan de Azúcar, codo a codo con los huasos del Carampangue. La de esa primera Esmeralda que nos une y que Cochrane arrancó del Callao con sus maulinos para hacer del Pacífico un mar que con fundamento llevara ese nombre. Las de Junín y Ayacucho. Jornadas en que, mucho más que agresores, ingenuos e ilusos hemos sido.

Pero los aniversarios patrios en la vecindad se prestan para hacer ejercicios de memoria no siempre fidedignos. Tampoco siempre muy ecuanímenes. Sobre todo cuando los tiñe la necesidad doméstica y los excusa su natural pasión.

Dejemos, pues, que las palabras regresen de donde vinieron. Popa al norte. Mal que mal, Chile puede ojear una a una las páginas de su breve y limpia historia con tranquilidad de conciencia no exenta de satisfacciones. Escritas están tal como fueron. No han de tergiversarlas ni los ruidos ni las furias, ni las borrarán el tiempo o el olvido.

16.10.79

REQUIEM CUBANO

El agrietamiento de un gran mito tiene la virtud de dejar al descubierto la responsabilidad moral de quienes contribuyeron a crearlo; los comprometidos con su silencio interesado o su aplauso venal.

Tal es el mito de la Revolución Cubana, proclamado como camino de redención, que hoy se descascara y desmorona, y que tanta sangre ha costado en Latinoamérica.

En efecto, más allá de esta cruda y casi increíble realidad que denuncia la estampida de decenas de miles de civiles, que se arrojan al mar como un nuevo

Dunkerque, hay todo un itinerario de crucifixión continental, alimentado durante mucho más de una década por quienes desde la tribuna, el púlpito o la cátedra mostraron a Cuba como un ejemplo digno de imitar y quemaron su incienso a ese ídolo monstruoso de pies de barro. Sin sus salemas, sin sus loas, sin su aval, sin el prestigio y el carisma redentor que estos innumerables adoradores le otorgaron, tal vez el drama se habría circunscrito a una isla mártir.

Pero la catástrofe que hoy aflige a Cuba no sólo desenmascara a un régimen brutal en toda la magnitud de su horror. Marca, además, con un dedo acusador a quienes, pervertidos por la facilidad del éxito, se constituyeron en sus profetas, sus misioneros, sus mediadores o sus abogados en las distintas naciones del continente.

Detengámonos por un momento a pensar en Uruguay, desgarrado durante tantos años por el terrorismo urbano tupamaru. Pensemos en la "montonera" argentina, en su interminable y absolutamente estéril secuencia de crímenes. Pensemos en Bolivia, en Nicaragua, en Salvador. ¡Tiremos cifras! ¡Evaluemos su costo! El costo de morir y matar en vano.

No ha habido una sola guerrilla en Sudamérica, una sola bomba, un solo secuestro, un solo atentado terrorista que no se haya hecho a nombre o a imitación de la afamada revolución cubana. Es el hechizo de esa revolución cubana lo que fascinó a las juventudes. Por ella se jugaron, murieron y mataron muchachadas ilusas, envenenadas por un mito cuya falsedad hoy nos horripila. Lo que para ellos era un generoso ideal, la ilusión de un paraíso, se muestra ahora, ya sin remedio, sin vuelta ni esperanza, como un chiste macabro.

¿Quiénes tienen que responder por este sacrificio inútil? ¿Quiénes tienen que responder por esta descomunal estafa? Mucho más que Fidel Castro y sus huestes, amedrentadas hoy por el escándalo del fracaso, cae esa responsabilidad sobre los complacientes, serviles adoradores que edificaron en su torno una imagen de solvencia que jamás tuvo.

Es hora de decir que ha habido una colegiada traición de los intelectuales latinoamericanos. Se cuentan con los dedos de una mano los que no vendieron su pluma e hipotecaron su fama para arrodillarse ante Fidel. Sobre ellos, guías, maestros del pensamiento continental, carga en primer lugar el peso de esta cuenta. Literatos, poetas, periodistas, escritores, catedráticos que, desde la seguridad del éxito en París o el seguro refugio de sus recintos universitarios, empujaron a la muerte a esos muchachos ilusos, mintiéndoles un paraíso que jamás habrían tolerado para sí y por el que —por cierto— no habrían estado nunca dispuestos a jugarse la propia, amada piel.

Es hora de señalar la responsabilidad que cae — ¡desde mucho más alto! — sobre un segmento del clero latinoamericano, que bajo la espúrea bandera de "cristianos para el socialismo" envenenaron a esa juventud, comprometiéndola la fe, el dogma, e incluso a veces la púrpura, para empujarlos hacia

un camino de odio y sacrificio inútil.

Es hora de denunciar la gravísima responsabilidad moral que recae sobre un poderoso y bien informado sector de la prensa y el parlamento norteamericanos, encabezados por el candidato demócrata señor Kennedy, que avivaron infatigablemente esta cueca y enterraron el drama cubano bajo un manto de decoro, de silencio y de complicidad.

Y aquí mismo, los que tienen la osadía de hablar de un apagón cultural, los que acuden a firmar manifiestos por la paz y los derechos humanos, los presurosos suscriptores de cuanta declaración de solidaridad internacional se prodiga alegremente, ¿dónde están? ¿Quién les comió la lengua?

Ni todo el dolor ni toda la sangre del mundo serían capaces de romper la cobarde complicidad de un fariseo.

Pero el martirio de Cuba, como el de Vietnam, como el de Cambodya, como el de Afganistán o el de Etiopía, nos están gritando una verdad que tampoco ningún fariseo podrá ya ocultar. Una verdad que tal vez a otros interese poco, pero a nosotros mucho.

Cuba le está diciendo al mundo que Chile tenía la razón.

29.4.80

¡OJO A LA VIGA, JIMMY!

Es imposible ignorar a los grandes líderes mundiales. Justo es que lo confesemos sin ambages. A falta de estatura —porque a veces, en verdad les falta— no se puede desoírlos en razón de su tamaño. Pesan, gravitan, se inmiscuyen y, sobre todo, ¡hablan tan fuerte! Hay que prestarles atención, aunque no más sea para mirarlos, como Mark Twain, “con expresión severa”.

A usted, Jimmy, con su alta investidura y sus palabras tan bonitas, me siento incapaz de negarle maní.

Grave, pesada responsabilidad la suya; más que de líder, de tutor. No ha de ser fácil para usted conservar la sonrisa y luego dormir; sobre todo, dormir, como Duncan, profundamente.

¿Qué fue de todas aquellas hermosas intenciones acariciadas en Georgia? Entonces todo parecía tan sencillo; cosa de fe y buena voluntad en grandes dosis, nada más. Como el cultivo de una granja. Pero los equilibrios internacionales son tan frágiles y tan complicados. Un soplido y se rompen. Un suspiro y se quiebran. Usted, Jimmy, debe sentirse a ratos como un rinoceronte dentro de una cristalería.

Para los que miramos desde afuera, por cierto, el espectáculo resulta inol-

vidable.

Hubo en la historia otros paquidermos, Jimmy. Mr. Wilson, por ejemplo. Tenía una idea de catorce puntos y también una tremenda dosis de buena voluntad, como la suya, cargada de optimismos, entusiasmos y energías. Se empeñó, igual que usted, en reordenar a su gusto las precarias vitrinas con vasos de Murano, de Bohemia o de Val Saint Lambert. El estropicio fue tan grande que estuvo a pelo de reducir Europa a un montón de escombros.

En eventos similares, la caridad cristiana, cuando no la conveniencia internacional, insiste en pedir comprensión para el animalito. Al fin y al cabo lo hizo sin querer. La generosidad de sus móviles, el elevado espíritu que lo inspiró, la delicadeza de su misión, el prestigio internacional o, por último, el mero porte le valen de excusa. En fin, ya se sabe: A la vuelta de unos días, casi nadie quiere acordarse en su inocencia de los pobres cristales hechos triza.

Sobre las cruces que restan la gente suele poner flores.

Y a usted, Jimmy, con la mejor intención, le ha tocado presidir tantas cruces, prodigar tantas cruces a destajo. No de las que cuelgan en el pecho, sino de las otras. De las que se asientan por sobre tumbas inocentes. Aquellas por cientos de miles que quedaron en Laos y en Camboya. Las que se apiñan en el Líbano. Las recién inauguradas en Irán. Las que flotan y empiezan a hacer sopa en las costas vietnamitas. Las de ambos lados en Nicaragua (más de 20.000 dicen que fueron) y que a usted le tocan, sin distinción de credos ni divisas. Con sólo pegar la oreja al cable, se oye al punto un rumor ominoso de serruchos, de clavos y martillos en ese ámbito tan grande del que usted es árbitro.

Grave responsabilidad, Jimmy, pesada; más que de líder, de tutor.

Los pueblos, los gobiernos, las facciones y, sobre todo, los pequeñitos inocentes, que suman tantos, se recuestan en usted, Jimmy, en su incommovible buena fe. Y el día menos pensado se van de espaldas. Porque su apoyo, ese baluarte moral que usted les brinda, ¿cómo le dijera?, adquiere en la práctica la consistencia inconfundible de un flan.

Basta ver las multitudes despavoridas que están huyendo a nado o en bote de su "política de estabilización" para el sudeste asiático.

Se me hace que en el Caribe y playas aledañas son muchos los que tendrán muy pronto que tomar con urgencia clases de natación. ¿Irá usted a despedirlos en la orilla, con su sonrisa y su pañuelo blanco?

En sus sermones, Jimmy, usted que habla tan alto, en sus reproches, en sus críticas por quítame allá estas pajas, es muy posible que haya un error de perspectiva. Se me ocurre que lo que obstruye su visión ocular, tal vez, sea la viga.

¡Ojo a la viga, Jimmy! ¡Ojo a la escombrera de cristalerías que a su paso

va desencadenando!

Federico García Lorca, el poeta, pedía: “cuando yo me muera, enterradme con mi guitarra bajo la arena”. Como sigan así las cosas, Jimmy, me temo que su suerte va a ser otra: desaparecer con su vihuela cívica bajo varias toneladas de prosaico maní. El maní que, como yo, infinidad de personas en el mundo se sienten todavía en la obligación de darle (sólo en virtud de su cargo, Jimmy), pero que, según pasan los días, se van considerando cada vez más sus detractores.

De allí este recado de hoy: ¡Ojo a la viga, Jimmy! Que sea esa la vara, y no otra, con que usted nos mida y mida en derredor. En suma, con un poco menos de temeridad y unas gotas adicionales de prudencia.

Y si no es así, Jimmy, ¿nos disculpará usted si pensamos que la culpa no es tanto de los cristales como del rinoceronte?

14.8.79

CIEGA, PERO DURA DE ROER

Bastan muy pocas cosas para hacer de un país —por pequeño y frágil que sea— una nación digna de respeto, a la cual no se toca así no más.

Lo difícil es tener esas cosas.

Un país se puede hacer temible por su fuerza militar o soberbio por sus riquezas, avasallador por su habilidad diplomática y hasta feroz por su peso demográfico. Es lo corriente. También lo que más se usa. Pero ninguna de estas particulares aptitudes lo harán más respetable, al menos en un mundo que se supone civilizado, aunque con frecuencia lo disimule.

En tanto las grandes potencias no se vayan de las mechas y reduzcan el planeta a cenizas, la convivencia dependerá decisivamente de la consideración y el valor que a esas pocas cosas dignas de respeto se les conceda.

Entre ellas, no hay ninguna que pese más que el concepto del Derecho.

En una sinopsis de las memorias de Mr. Kissinger, que la prensa nos ha anticipado, le hemos leído recientemente describir con elegancia lo que él estima ha sido la política de todos los Presidentes norteamericanos (republicanos o demócratas), desde 1945 en adelante, respecto a su influencia en los asuntos internos de otras naciones. Mr. Kissinger, estadista sincero a fuer de inteligente, dibuja allí lo que llama una “zona gris”, expresando textualmente:

“Los Presidentes de ambos partidos han sentido la necesidad de mantener las operaciones en el área gris entre la diplomacia formal y la interven-

ción militar”.

Y agrega luego: “Las operaciones secretas tienen sin duda sus dificultades filosóficas y prácticas, especialmente para los EE.UU. Nuestro temperamento y nuestras tradiciones nacionales no se adaptan a ellas”.

Es cosa bien sabida que habitualmente hay un abismo entre la moral o el temperamento que se tiene y el que se cree tener; entre las normas que se predicán a los demás y las que el predicador pone en práctica para su capote. Por cierto, el abismo es más notorio en el caso de los Estados que en el caso de las personas.

Los ejemplos que el propio Mr. Kissinger nos ilustra respecto a la actuación de los EE.UU. en las elecciones chilenas de 1964 y 1970, para no ir más lejos, dan notorio énfasis a esta apreciación. Si hicieran falta mayores evidencias, bastaría echar una ojeada a lo que ha sido el desarrollo de los acontecimientos históricos de las últimas décadas en el Caribe, la Europa Central, el Medio Oriente o el Sudeste Asiático. En otros términos, hablar de Hungría, Checoslovaquia, el Muro de Berlín, Dominica, Cuba, Puerto Rico, Panamá, Corea, Vietnam, Líbano, Palestina, Camboya, Irán y otras penurias de crucifixión que por sabidas se callan.

En esa que Mr. Kissinger llama “área gris” y que linda entre la presión diplomática y la intervención militar, donde juegan subterráneamente todos los trucos del poder, las armas, la desestabilización, la provocación sibilina, la compulsión económica, la corrupción del dinero, los malabarismos electrónicos del espionaje y demás habilidades de su oficio, en todos esos lugares y en otros que se me escapan, el FBI y la CIA han tenido casi a diario muchísima costura.

Claro está, todo esto no es precisamente Derecho, Justicia, convivencia o siquiera respeto; pero la necesidad tiene cara de hereje y cuando los asuntos se ponen agrios, la gran nación del norte cuyo “temperamento y tradiciones”, como dice Mr. Kissinger, “no se adaptan a ellas”, no le ha hecho asco a las herejías.

Naturalmente, la Unión Soviética y otras potencias no lo hacen menos y valga ello de excusa. Cuando las papas queman entre los peces gordos, nadie puede pretender que se midan en sus mordiscos. El derecho, la convivencia internacional o la justicia, sin más ni más pasan a pérdida o se han de quedar muy calladitas.

Por eso, aunque en torno al reciente fallo dictado por la Primera Sala de la Corte Suprema, en el juicio de extradición que entablaran los EE.UU. se ha dicho ya —con buena o mala leche— todo lo que cabía decir, no resisto las ganas de aportar un granito de comentario, aunque no más sea para rendir un homenaje de admiración a esta adusta señora que es nuestra Corte Suprema, a quien, según se ha visto, ni el más pintado le baja el moño.

Se puede discutir muchísimo sobre el fondo último del tan bullado y espi-

nudo asunto que le tocó resolver, sobre el cual se han producido presiones externas tan brutales y que tanto parece herir al gobierno norteamericano; pero nadie puede poner una sombra de duda que empañe la solidez jurídica, la independencia y la legitimidad irreprochable de su fallo.

El hecho que cinco ciudadanos de un Estado pequeño, hombres severos, modestos pero tiesos de tungo, educados en una austeridad que se avecina a la pobreza, pero al mismo tiempo formados en el rigor de una tradición de Derecho, hayan permanecido incommovibles como una roca en medio de una atroz marejada internacional, y dicten su sentencia seca, sin la más mínima concesión a nadie, sin mirar las consecuencias de lo que les manda su deber, atendidos exclusivamente a la majestad de su fuero y a la letra de la ley, es algo que merece todo nuestro respeto.

Ajenos a la menor complacencia, han repartido coscachos a troche y moche, firmes, impacibles, sentando una vez más el precedente de una tradición que no conoce lados flacos.

Podemos ser un país muy ratón, muy chiquitito, pero mientras haya hombres aquí como estos cinco, Chile será una nación digna de respeto a la que ninguna política de "área grises" será capaz por sí sola de roer.

9.10.79

EL CASO BELMONTE

Hace algunos días, el cable nos trajo información y telefotos de un hecho al parecer irrelevante, modesto en su significación y que pasó desapercibido. En ceremonia pública, las fuerzas armadas de Bolivia rehabilitaron al Mayor Elías Belmonte, quien, en 1941, fuera destituido como agregado militar, dado de baja en el ejército y borrado del escalafón, poniéndosele virtualmente en interdicción mundial como enemigo de la paz en América.

La escueta noticia, que nada dice al público de hoy, cierra sin embargo el último capítulo de una intriga internacional ignominiosa, cuya despiadada perfidia deja al desnudo el trasmundo de falsificaciones y manejos incalificables que las grandes potencias suelen usar en su trato con las naciones pequeñas.

Puesto que la rehabilitación del mayor Belmonte ha coincidido casualmente con la IX Asamblea General de OEA que se realiza en la Paz, en la que —con la anuencia, la instigación y el voto de los EE.UU. de América— hemos visto ejercerse presiones feroces para enjuiciar a algunos de los Estados participantes, creo que este acontecimiento incidental viene de perlas para refrescar la memoria del público, a la vez que invitarlo a reflexionar sobre el tono

elevado y discursivo con que, dentro y fuera de dicho organismo, la gran nación del norte trata de justificar sus actitudes.

Los hechos: El 20 de julio de 1941, el mundo libre fue sacudido por una noticia horripilante. Se descubría un siniestro "putsch nazi" en Bolivia, destinado a apoderarse de ese país y llevar la opresión, el totalitarismo y el caos a toda Latinoamérica. Bolivia, situada en el corazón del continente, sería la llave geopolítica de expansión para consolidar gobiernos títeres del hitlerismo. Una gigantesca movilización de prensa y radio dio a esta denuncia un carácter descomunal. Las más destacadas figuras políticas del hemisferio clamaron alarmadas. Se desató una campaña de vastísimas proporciones en defensa de la seguridad común y, simultáneamente, una guerra de nervios sobre aquellos países americanos que aún no se habían unido a la cruzada contra las potencias del Eje, o que, por un error de perspectiva, se mostraban poco vehementes en regalar sus materias primas para la "buena causa".

En Bolivia, el gobierno de Peñaranda declaró el estado de sitio, clausuró los diarios que le eran antipáticos y desterró a las principales figuras de la oposición, apresurándose a alinearse en la postura de los "Aliados", como lo harían también más tarde Argentina y Chile.

Por cierto, la gravedad de esta denuncia permitió a los EE.UU. justificar los actos necesarios de compulsión y maltrato para asegurar su retaguardia antes de entrar al conflicto europeo y conseguir un abastecimiento de materias primas "indígenas" (cobre, estaño, hierro, caucho) a precios de realización. A la voz de que "venía el lobo", las ovejitas negras sudamericanas entraron dóciles al redil para su sistemática trasquila.

Las fuentes: Este sensacional descubrimiento, de tan provechosas consecuencias, provenía de una carta suscrita por el mayor Elías Belmonte, adicto militar de Bolivia en Berlín, que había sido interceptada por el Servicio Secreto inglés y puesta a disposición del gobierno de los EE.UU. Fotocopia de la misma fue entregada al canciller boliviano Ostria Gutiérrez por el representante norteamericano, señor Douglas Henkins, en entrevista confidencial. Del tenor de la carta, gravísima por su contenido, se desprendían los pormenores del siniestro complot alemán, del que tenían pleno conocimiento tanto el Presidente Roosevelt, como Cordell Hull, Sumner Welles y Spruille Braden, este último de triste recordación y en aquel entonces embajador en Bogotá.

Con semejantes avales, ¿quién podía dudar que la carta fuera auténtica?

La verdad: Han sido necesarios más de 30 años para que los latinoamericanos, cándidos pajaritos en la selva diplomática de las grandes potencias, nos enteremos que ésta no fue más que una burda y asquerosa mentira, una con-fabulación desvergonzada o, en lenguaje más melifluo, un "ardid" diplomático; en otros términos, una simple cochinada.

En sus memorias, publicadas en 1971, Spruille Braden confiesa que siempre supo que la carta nunca existió, que no era más que una falsificación urdida por el servicio secreto inglés, y que así también le constó, desde

el primer momento, a la Secretaría de Estado norteamericana. (The Memoires of Spruille Braden, Arlington House, N.Y. 1971, págs. 248 y siguientes).

Sin embargo, el gobierno norteamericano no tuvo escrúpulos en usarla, enlodando el honor de un oficial de ejército de un país amigo e inocente, para extorsionar a la mitad del hemisferio.

Para quienes recordamos esa época, nos es fácil evocar la safacoca publicitaria que se armó en torno a este turbio asunto y el amargo precio en claudicaciones que por él tuvieron que pagar diversos países de este continente frente al "hermano mayor".

Para centenares de ciudadanos alemanes o japoneses radicados en Latinoamérica e incluso nacionalizados allí, significó su "exportación" a USA por vías en que la Justicia o fue ciega o fue lisa y llanamente atropellada, y a muchos de los cuales habría que anotar hoy en las listas de los "desaparecidos", porque de ellos nunca más se supo.

Para el mayor Belmonte significó treinta y nueve años de vejaciones, humillaciones, deshonras y ostracismo, que recuerdan vívidamente el caso Dreyfus denunciado por Zolá. Treinta y nueve años de destierro en Europa, en que jamás se le permitió pisar suelo americano y menos el de su propia patria, bajo el estigma de traidor.

Para Bolivia significó entregar su estaño a 42 centavos la libra; para otros entregar el cobre, el tungsteno o el caucho a precios de huevo.

Así es como se estilan las políticas de "áreas grises" que nos describía con sinceridad Mr. Kissinger y que lindan "entre la presión diplomática y la intervención militar". Con hipocresía, con descaro, con desvergüenza y con la impunidad de una prepotencia que subleva. Estas son las vestales del derecho y la libre determinación de los pueblos. Estos son los paladines del honor y la decencia internacional. ¡No lo olvidemos!

Las conclusiones: Cuando el cable nos informa que en la OEA veinticinco países han votado para condenar a éste o aquel Estado hermano participante, cuando leemos que en la Asamblea un vocero allegado a la delegación norteamericana ha dicho con impudicia: "se quiere demostrar nuestra capacidad de aislar a Chile. Es nuestra sanción indirecta", uno se pregunta qué intrigas, qué fabulaciones, qué nuevos documentos adulterados y testimonios urdidos, qué turbias connivencias diplomáticas y enjuagues inconfesables se han manipulado en la trastienda de esas votaciones irracionales y suicidas. ¿Necesitaremos otros treinta años o cuarenta para conocer por las memorias de alguno de sus integrantes la sórdida, desoladora verdad?

Cuesta suponer que las prácticas que se usaron ayer no se empleen hoy. Cuesta creer que moros tan requetecontra viejos puedan ser buenos cristianos. Y sobre todo, para quienes oímos ayer a los mismos intrigantes y fabuladores romper vestiduras y declamar nobles palabras en el más bello lenguaje del idealismo internacional, cuesta dar fe a las palabras que declaman ahora

sus legítimos sucesores, discípulos educados en esa misma escuela.

Cuesta aceptar que el vasto grupo de naciones hermanas que integran la OEA haya incursionado en La Paz por gradientes tan extremadamente peligrosas, socavando su propia sustentación, si no es bajo el hechizo de torcidos influjos subterráneos.

Al menos, dudar parece más que justificado.

Si bien es cierto al final primó la sensatez, en los debates preliminares el prestigio y la solvencia de ese organismo sufrió desmedros gravísimos y tal vez irreparables.

En cuanto a los votantes mismos, patrocinadores y gobiernos, que han tenido la insolencia de intentar en vano disponer de los Tratados y del suelo de mi patria, personalmente me es muy difícil estimarlos como hermanos. Cuando más podría mandar a cada uno de ellos mis afectuosos saludos a sus mamás.

6.11.79

EVOcando A CARREÑO EN IRAN

Una regla de buena educación aconseja no llevarse el cuchillo a la boca mientras se come. Dicha recomendación tiene su lógica, puesto que si se adquiere esa mala costumbre, el menor acceso de tos puede conducir a la brusca e involuntaria extirpación de las amígdalas. Sonarse con el pañuelo, en lugar de hacerlo con los dedos, no es tampoco mera superstición. Obedece a obvias razones de higiene. Motivos similares hacen que se mire con disgusto al que pone los pies sobre la mesa o escupe las paredes. El vaquero que se deja llevar por tales prácticas corre el riesgo de que le den con la puerta en las narices o, lo que es peor, que lo traten de idéntica manera.

Hay, pues, una lógica en las normas de urbanidad y todo acto de sanción social al que las trasgrede obedece a una necesidad de legítima defensa. La vida misma, sin esas normas, resultaría un asco.

La convivencia entre las naciones, como entre las personas, posee también sus normas de urbanidad y su lógica. Aquellos países que escupen las paredes, comen con el cuchillo o se sueñan con los dedos terminan por hacerse insoportables. Toca a los más civilizados evitar que esto ocurra. Toca a los más poderosos dar el ejemplo, respetándolas y haciéndolas respetar. Si no lo hacen, hasta los más toscos y primitivos gobiernos pueden darles lecciones.

Desde los tiempos más remotos, incluso entre pueblos bárbaros, la inviolabilidad de los representantes diplomáticos y de los recintos que ellos ocupan

ha sido sacramental. Por cierto, también lo han sido la inviolabilidad de los tratados, la no intervención en los asuntos internos ajenos o el decoro en la hospitalidad al recibir en casa la presencia de otras naciones. Vaya lo uno por lo otro. Lo cortés no quita lo valiente.

Por desgracia, nuestros tiempos se caracterizan por una notoria relajación internacional de la conducta que, tal como va, amenaza convertir al mundo en una pocilga aún más inhóspita de lo que ha sido habitualmente.

Responsables directos de este proceso de relajación son, por una parte aquellas corrientes políticas, ideológicas, étnicas y hasta religiosas que, para alcanzar los objetivos que les dicta su fanatismo o su carencia de escrúpulos, no vacilan en sacarse internacionalmente los zapatos y comportarse como cerdos, atropellando brutalmente las más elementales prácticas de la vida civilizada. Hay toda una doctrina, toda una estrategia, hasta toda una perversa justificación moral de este comportamiento de salvajes, sea en el secuestro de trenes, aviones o barcos, el asesinato de deportistas olímpicos o de escolares, el envenenamiento de productos, el terrorismo indiscriminado, el asalto de embajadas, el ametrallamiento de aeropuertos y estadios o colegios y toda clase de otros actos gangsteriles que gozan del respaldo más o menos tácito, más o menos encubierto o descarado de esferas oficiales y gobiernos.

Pero tales monstruosas, irracionales actitudes, fermentadas en ese inevitable concho residual de paranoia y teratología que la humanidad ha de arrastrar fatalmente entre sus despojos, no tendrían posibilidad de adquirir consistencia o alcanzar el dramático influjo que hoy poseen, si no fuera por la tolerante complicidad con que son admitidas y hasta amparadas por muchas naciones, y no contaran, además, con la benevolencia excusadora de poderosos sectores llamados a conformar la opinión mundial.

Tampoco tendrían justificación si el despiadado juego de los imperialismos, con su dinero, su tráfico de armas, sus agencias de espionaje, sus técnicas de desestabilización, sus mercenarios y sus guerrillas, no diera pretexto para ello.

Hay, pues, también, otros más altos responsables.

Organismos multinacionales, como la ONU, con la bendición cómplice o cobarde de las grandes potencias, han dado pasaporte de libre circulación a las más groseras, canallescas y torpes formas de proceder internacional. Se hace la vista gorda, se esquiva la cara, se negocia y se transa sin dignidad lo que la decencia y el más elemental sentido humanitario no hicieron nunca negociable.

Abisma constatar con qué celeridad nos hemos ido hundiendo en estos breves años en un proceso de incontenible degradación internacional. Pasma el silencio, la pasividad, la indolencia, la soltura con que nos hemos acostumbrado a su hedor.

Pero todo esto tiene su razón de ser. Hace ya más de treinta años que un

muro de ignominia parte a Europa en dos. Hace ya más de veinte que la más atroz pesadilla se ceba con los pueblos que antaño formaron Indochina. Hace otros tantos que millones de palestinos penan por su suelo, en tanto que miles de cubanos se pudren en las prisiones de Fidel. Hace unos cuantos que arden Somalia, el Líbano, Namibia, Abisinia, Mauritania (para no citar más que unos cuantos) pasto de un incendio alimentado sin piedad desde el exterior.

¡Y estos son pésimos ejemplos!

Aquella nación, por poderosa y temible que sea, que cerró los ojos a todo esto, que lo quiso, lo aceptó o no lo impidió, que lo negoció, lo compró y lo vendió, ¿puede acaso extrañarse si una turbamulta cualesquiera sitia hoy la más rasca de sus embajadas y trapea el suelo con su prestigio?

Pienso que no.

Aquella nación, por grande, rica y civilizada que parezca, que se obstina en entrometerse en los asuntos internos de las otras, para imponerles su parecer y hasta sus hábitos de consumo ¿puede acaso extrañarse si la ofenden y la vejan los pueblos irritados que ella quiso doblegar y uncir a su carro?

No es fácil dar la cara al presente cuando se tiene en vista el inmediato pasado. Los accesos de tos que ahora sufre el gobierno norteamericano en Irán le están clavando su propio cuchillo en la garganta.

Quien con Fideles y Ayatollahs se acuesta tiene que amanecer estilando.

Confiemos en que la humillante lección persa haga recapacitar al gobierno de Mr. Carter y a sus asesores, y los convenza de que sin la decidida defensa de las normas básicas de urbanidad internacional, sin su paritaria práctica y sostén, no será posible sobrevivir por mucho rato más en el mundo de hoy.

Si así no ocurre, resta a las pequeñas naciones que conservan vívido el sentido del honor y de la propia dignidad, como es el caso de la nuestra, afirmar los pantalones.

Según pudieron constatarlo los delegados de la OEA, tratándose de Chile, a Dios Gracias firmes están y atados con el valor, y si hace falta también con la insolencia, a que da derecho una buena educación.

Queda por verse qué tal de firmes se los sostiene en Irán, Mr. Carter.

13.11.79

¡GOOD BY, JIMMY!

Tratándose de una nación digna de muchísimo respeto, como es el caso de los Estados Unidos de Norteamérica, probablemente nunca en su historia se había dado un sentimiento tan espontáneo y generalizado de regocijo como el que se percibe hoy en vísperas de lo que podría ser el término de la administración de Mr. Carter.

En las más dispares latitudes del planeta —este sufrido planeta que ha tenido que soportar tantos desaciertos y tan inexplicables discriminaciones— se aprontan los pañuelos blancos para despedirlo con no oculta satisfacción.

Y el sentimiento no es sólo afuerino, no es sólo exterior. Observadores y comentaristas responsables, que pueden evaluar bastante mejor que nosotros el juicio interno del pueblo norteamericano respecto de su actual Presidente, aseguran que “los contribuyentes pagarán con gusto su jubilación”.

A esta apreciación interna, hartó lapidaria, podría añadirse sin exageración que hay también en Asia, en Africa, en Europa, en Latinoamérica, muchísimos otros “contribuyentes” que aportarían con verdadero agrado su granito de arena para asegurarle un buen pasar a él y a su numerosa y conspicua familia si este universal anhelo se concretase.

La cosa es que se vaya.

Curiosa suerte para una administración que nació bajo signos tan auspiciosos, tan promisorios, y que parecía llamada a traer al mundo un decenio de paz, de estabilidad, de sostenida defensa de la persona humana; un gobierno que proclamó los Derechos Humanos como el tema eje de su política exterior.

¿Cómo explicar este tan acelerado desgaste, este deterioro tremendo e incontinente? ¿Inexperiencia? ¿Ingenuidad? ¿Idealismo cándido sin bases sólidas?

Desde la distancia no es fácil juzgar. Sólo podemos dar razón de lo que a nosotros nos toca y, en cuanto a ello, está perfectamente claro que Mr. Carter jamás nos entendió. Cabe entonces sospechar que esa incomprensión de que fuimos víctimas, no fue un hecho aislado sino una regla común en su trato con los restantes pueblos de la tierra.

Pero también podemos explicarnoslo desde otro ángulo, aplicando nuestra propia experiencia íntima.

Nada destroza más el prestigio de un gobierno que el uso florido de las grandes palabras —la justicia, el derecho, la libertad— cuando con ellas se viste una apariencia que los hechos desmienten. Nada mata más a un gobierno que su corrupción. Aquí también tuvimos esos arrebatos sonoros. Aquí también los amigos de Jimmy nos llenaron las orejas con sus declamaciones poéticas y ya sabemos qué pasó.

Hay una deformación profesional en los políticos como Mr. Carter. Los embriaga la ilusión del poder. Se sienten dueños de una verdad, portadores de un mensaje iluminado e intransferible que todo lo subsana y todo lo resuelve. Les bastará sentarse en el sillón, cruzar la banda presidencial tan codiciada y predicar su verdad. Entonces el mundo se convertirá en un paraíso. Sólo más tarde — ¡siempre muy tarde!— descubren que su ilusionismo fatuo, vanidoso, ha servido apenas para pavimentar un infierno de buenas intenciones.

Restan en Latinoamérica varios gobernantes, que a ejemplo e incitación de Jimmy, se van enredando en la virutilla de sus palabras y sus propósitos, también en el sus corrupciones. No faltan tampoco los que a su alero añorran volver para ensayar de nuevo la fórmula de este ya tan trasnochado y tan fracasado ilusionismo.

Por eso, en esta decisiva elección que se avecina, al agitar nuestro pañuelo blanco, no sólo quisiéramos decirle "Good by" a Mr. Carter y a todo lo que él representa, sino también decirles de todo corazón "Good by" a su corte de adoradores y paniaguados en el extenso ámbito de este continente y muy en especial a sus ya muy escasos pero perseverantes arrenquines en el suelo chileno.

Aquí también hay varios a los que les seguiremos pagando con mucho gusto su mal ganada jubilación.

28.10.80

52 REHENES

El parlamento iraní (Majlis) decidió ayer liberar a los 52 rehenes norteamericanos que permanecían cautivos en ese país desde hace exactamente un año. Por supuesto, la materialización de este acuerdo queda sujeta a una serie de condiciones que se le han fijado al gobierno de los EE.UU.

Al decir de Radio Teherán, para adoptar dicha determinación el Majlis tuvo presente que en estos trescientos sesenta y cinco días de cautiverio los rehenes "ya han sufrido bastante, han sido suficientemente castigados" y, por lo tanto, soltarlos "no sería injusto" ni "implicaría un deshonor para Irán".

Así, con tanta naturalidad y despreocupación, nos lo cuentan los cabes del día. Es más, nos agregan que si el gobierno de los EE.UU. no cumpliera las condiciones impuestas, habría "juicio y castigo" para los rehenes, que tendrían que reanudar su larga pesadilla.

Confieso que me abisma el sentido moral de este hecho y la medida que

da del proceso de degradación en las relaciones internacionales, por una parte, y de la progresiva indiferencia por la suerte de personas inocentes, por otra.

Nadie mayormente presta atención al sufrimiento personal, a la prolongada agonía de estas cincuenta y dos víctimas de un método de presión gangsteril, que hoy al mundo parece serle perfectamente aceptable, perfectamente lícito, hasta obvio diría yo. Se pasa por sobre este pequeño detalle y se lo despacha como de cajón. ¡Allá ellos!

En una sociedad de naciones que cuenta con gigantescos organismos internacionales, muy caros, con una enorme cantidad de funcionarios rentados, inmensos edificios de cristal, salones solemnes, comisiones de distinguidos juristas y próceres que se pasean de uno a otro continente, embajadores a granel, y suma y sigue, nadie dice pío por estas cincuenta y dos personas. Los derechos humanos, la libertad, el respeto a las personas, la consideración a los fueros diplomáticos, los cerros de documentos, actas, acuerdos, convenciones, discursos se desvanecen como bellas e inútiles mentiras. Sólo queda la realidad, sórdida, brutal, indiferente, descarada.

¿No habrá una nación, no habrá una personalidad independiente de verdadero peso, no habrá un organismo que ante este silencio cómplice ponga el grito en el cielo?

Es cierto que a la vista y paciencia de las Naciones Unidas, de la UNESCO, de la FAO (y cuantas más siglas sonoras se quieran incorporar) en una u otra región del globo ocurren a diario incontables monstruosidades. Ocurren en Afganistán, en el Líbano, en Etiopía, en el siempre citado y horrible Vietnam y su vecina Camboya, etc. Pero el caso de estos "rehenes" ha tenido una trascendencia, un revuelo, una resonancia pública inocultable. Es un ejemplo.

Es, también, un síntoma. Peor que eso, es un precedente.

Mal que mal ocurre en el minuto de una elección presidencial en los EE.UU. y compromete el prestigio de la nación más poderosa e influyente del planeta. No es pelo de la cola.

Estamos no sólo tolerando, sino además aplicando como prácticas corrientes de la vida internacional muchos de los más trillados métodos gangsteriles. Con ello, quiéralo o no, occidente se infiere heridas mortales.

Hace unos días, la UNESCO, otro organismo que se las trae, recibió en pleno (¿de uniforme de campaña!) al jefe de la OLP. Puede que sean muy justos y muy fundados los anhelos de la Organización para la Liberación de Palestina; pero, ¿puede alguien olvidar que ese uniforme evoca acciones terroristas sangrientas, incalificables y que en nada conciben con un organismo de "la ciencia, la educación y la cultura"? ¿Es de este modo como se da un ejemplo internacional de educación?

Parece dudoso que la autoridad de los organismos internacionales, ya muy desmedrada con estos tristes gestos de demagogia, frivolidad y carencia de concordancia con una moral mínimamente aceptable, pueda sobrevivir a

semejantes abusos.

Alguien debía pararse de una vez por todas y decir basta. Habría que hacerle un parado a este fariseísmo, a esta institucionalización del gangsterismo que está pudriendo al mundo occidental y trapea el suelo con sus más caros y tradicionales ideales.

Pero uno mira en su torno y constata con espanto que no hay quien. Amargo, muy amargo es el destino que los organismos internacionales le están preparando a nuestra civilización. ¡Ay de aquellos por quienes viene el mal ejemplo! Más les valdría atarse una rueda de molino al cuello y arrojarse al mar.

4.11.80

EMPOLVADOS Y BERLINES

Si hay algo capaz de enternecer hasta las lágrimas, es el fervor primerizo con que encomian su embeleo aquellos políticos tropicales que lucen un apenas ayer adquirido y todavía lustroso gobierno democrático.

Es de verlos cómo alzan la ceja y el meñique pavoneándose al dictar su cátedra, tan a medias aprendida, de civilidad y democracia. Es de oírlos cómo se enfurruñan y hasta amenazan para demandar con impaciencia del espectador la copia.

Pero uno los rasca y aparece al punto el pretérito imperfecto.

Son como esos dulces chilenos — empolvados los llaman — superficialmente cubiertos por la blancura de un azúcar en flor, donosa, imaculada; pero que al hincar el diente confiesan su bizcocho, cuando no el hartó rancio merengue que los llena por dentro.

Hay otros que, por el tinte caribeño de la tez, habría que clasificar como “berlines”. Ambos espolvoreados en su precaria polución liberal, caspa, estuco, inconsultil empalago que Dios tenga la gracia de conservarles, porque harta falta les hace.

Ni qué decir que ahora nos miran críticones de alto a abajo.

Sin ir más lejos, y a propósito de algunos calificativos admonitorios hechos por cierto personaje de esos pagos, está ahí el caso de Venezuela, por ejemplo. Salvo error de cálculo y si yo no me equivoco, entre Páez, don José A.; Guzmán, don Antonio; Castro, don Cipriano; Gómez, don Juan Vicente y Pérez Jiménez, de más reciente data y memoria, solitos los cinco —o por interpósita persona— amojonaron la friolera de 83 años de gobierno. Como quien dice: la mitad de una historia no tan larga, pero movida. ¡Y pensar que nuestro

gobierno militar no cumple todavía el sexenio!

Nos queda rato para matarles el punto.

En esto de practicar las libertades cívicas y la voluntad soberana de los pueblos, es cosa de preguntarse qué estarían haciendo estos chicos en su mocedad o, a mayor abundamiento, qué hicieron sus papís. Para no mentarles por añadidura los abuelitos y los choznos.

Saber callar a tiempo, con decoro, con decencia, con buen gusto, es asunto de lato ejercicio. Los buenos modales políticos decantan con la tradición. No podemos pedirlos de un civismo todavía siútico por lo nuevecito.

Cuando el concepto de la propia dignidad civil, de la dignidad civil vivida, practicada, sostenida con éxito a través de muchas y largas jornadas, de capitán a paje, hasta por el más modesto ciudadano, se hace de veras carne y costumbre, patrimonio heredado, uno calla y excusa. Sobre todo, excusa; porque la madurez de la experiencia enseña cuán difícil peripecia histórica es la libertad y cuánta responsabilidad íntima, personal, consciente, demanda la defensa y la estabilidad sostenida del derecho, del orden, de la justicia.

Debemos, pues, disculpar estos exabruptos de origen "amateur". Debemos alegrarnos de esta cascarita que algunos señores lucen "como la novedad del año", y desearles sinceramente que les dure, que les penetre a fondo, que se les arraigue largo, porque la noble calidad moral de sus pueblos se la merece. Debemos desearles que se les consolide y deje de ser por esos pagos, como es ahora, un civismo todavía formal, deleitoso sólo para las capitas de más arriba, un liberalismo espolvoreado, y confiar que no sigan siendo como hoy — ¡alardes de la repostería! — meros empolvados y berlines que se exhiben en su vitrina.

En cuanto a lo que nosotros toca, serenos, firmes, en nuestra tarea estemos, madurando desde dentro, desde el meollo mismo, como lo hicimos a partir de un comienzo en el pasado siglo — como lo hicieron orgullosamente nuestros padres y nuestros abuelos — la sólida textura de un "Estado en forma", fruto de un pueblo viril, que no conoce la libertad sólo de oídas, y al que no amedrentan las foraneas conjuras.

21.8.79

VII

EN RESPUESTA A LA OPOSICION

LA DEMOCRACIA EN EL PICO DEL PAVO

Entre los inconvenientes que tiene la maña de arrastrar el poncho está la de allegar en torno suyo mucha mugre.

De este mal no se libran ni el armiño ni la púrpura.

Se empieza por ventilar un tema y, en el afán de levantar polvareda, se termina por trapear el suelo con él. Al margen de la contaminación ambiental y el tierral que esto produce, resulta inevitable que a su alero se junten —en una orla de despojos— las pulgas, los puchos, los chicles mascados y demás desechos que quedan en la vía pública a disposición de las alcantarillas.

Es lo que en cierto modo está pasando con la Democracia.

Desde hace rato se pasean por el prado algunas togas patricias en la esperanza de que la autoridad la pise. Tal propósito resultaría hasta loable si conservaran la objetiva pulcritud. Pero, la melancolía de otros tiempos les hace olvidar que arrastran en el ruedo no sólo un montón de cáscaras y envolturas de ajados caramelos, sino las deposiciones de los numerosos animalitos que antaño formaron su cortejo.

En suma, muestran la hilacha de una prenda que el mal uso dejó reducida a puras huilas.

Para agravar las cosas, cuando el prado nacional se hace insuficiente a sus impacencias, emplean para su maña ambulatoria la tribuna internacional. ¡Y ya se sabe cuánta roña enloda esos pasillos y tinglados puestos al servicio de una hipócrita moral de conveniencias! Hasta el más inmaculado y generoso de

los conceptos —sea la paz, los derechos humanos, la libre determinación de los pueblos, la Democracia misma, la solidaridad con los mapuches o con el campesinado— se transforma allí en un pringue de estropajos.

Chile ha sido una nación de hábitos severos. A todos nos consta que en este poncho democrático, que hoy nos arrastran, hay mucho paño que cortar a fin de que no nos quede otra vez como camisa de once varas. Todos tenemos conciencia de que hay que expurgarlo de parásitos e impedir que trepen en él las alimañas. Sabemos que ya no le vienen ni le lucen las chayas de pasados carnavales; menos aún las lacras y chorreras que le dejó el cuchareo puerco de sus hasta ayer tan glotones como desaprensivos usuarios.

La prenda de nuestros amores será tal vez modesta, pero la queremos limpia.

¡La higiene es lo primero!

Resulta, entonces, que en esto de la Democracia le hacen un flaco servicio, aún las mejor intencionadas vestales, cuando la echan a un ambiguo trajín.

En el debate que dirima nuestro futuro (tema delicado por excelencia y del que somos ciudadanos todos) necesitamos hoy más que nunca claridad. La claridad es pulcritud, higiene de intenciones, juicio honesto y objetivo. El tierral del escándalo todo lo enturbia. Hay que impedir que el manto se mezcle con la mugre o que, a pretexto de críticas, se trepen en él las alimañas.

De no ser así, la nueva institucionalidad (sincero anhelo civil, de tantos; malicia y cateo de laucha de unos pocos) ha de durarnos apenas lo que dura la lombriz en el pico del pavo.

Parece inútil predicar advertencias a los que (en su fuero íntimo) desean precisamente esa suerte para la lombriz. Pero, tal vez, todavía sea tiempo de hacerlo para los ingenuos, para los cándidos o para los obsecados a quienes su fervor libertario arroja en brazos de una demagogia suicida.

Tal vez sea prudente representarlo también (por cierto, con la mayor consideración y estima) a los no tan cándidos ni tan ingenuos, pero más obsecados, que en este asunto llevan el pandero. Mal que mal son los que más se empeñan en arrastrar el poncho.

León Felipe decía por allí: “No sabiendo los oficios, los haremos con respeto. Que no se acostumbre el pie a pisar la losa de los templos ni el tinglado de la farsa, para que no recemos como el sacristán los rezos ni como el cómico viejo digamos los versos”.

Y en esto de la Democracia, sea dicho entre nosotros, hay unos cuantos sacristanes que han olvidado sus oficios y bastantes cómicos viejos que han hecho de la Democracia su profesión.

Como el consejo de León Felipe parece bueno, al que le venga el sayo, que se lo ponga.

Total: ¡En Chile todos nos conocemos hartito!

28.8.79

LA TENTACION TOTALITARIA

El otro día me preguntaron si creía que, en el evento de restablecerse el régimen de partidos, debiera concedérsele vigencia constitucional al Partido Comunista.

Por cierto, dije que no.

Como el tema es gordo, no resulta fácil de explicitar en una breve entrevista. Puesto que, además, está de moda (sin mucho fundamento aún), pienso que vale la pena abordarlo con más detenimiento.

Uno puede mirar con más o menos simpatía al régimen de partidos, pero sea cual sea el grado de adhesión o distancia que le tenga, lo menos que puede pedirle es que sea consecuente consigo mismo.

El pluralismo ideológico es propio a la esencia del régimen de partidos. En ello descansa su única razón de ser. Los partidos justifican su existencia en tanto son realmente opciones plurales, interpretaciones ideológicas y programáticas diferentes que compiten entre sí, dejando libremente abiertas alternativas entre las que la ciudadanía se supone que puede optar.

Cuando de algún modo se niega o se pone en peligro esta apertura de opción (mediante clínicas psiquiátricas, por ejemplo), la teoría y la praxis que sustentan al régimen de partidos se desmoronan; la democracia, que es su presunta meta, desaparece. De allí que, la postulación de un "partido único", que niegue a los demás su posibilidad de expresión, sea una incongruencia. Podrá ser cualquier otra cosa, pero no es un partido.

En este sentido, el Partido Comunista aparece como intrínsecamente perverso. Lo es, en cuanto constituye una perversión del régimen de partidos cuando con él convive. Su eliminación del juego resulta entonces un imperativo lógico. Es él el que se sale de la pista. Se autoexcluye.

Si jugando pocker o canasta, uno de los participantes echa a la mesa un "tres de bastos" o una ficha de dominó, no sólo comete una inconsecuencia: liquida la posibilidad de seguir jugando. Su postura excede la trapacería del tahir más tramposo.

Ahora bien, el que se sienta a jugar con tahures reconocidos no es más que un jetón, o es un pillo camouflado, aunque evidentemente menos diestro. Como si dijéramos: un pillo "amateur". Los que piensan que se puede aceptar al comunismo oficialmente en la mesa del régimen de partidos caen fatalmente en una de estas dos calificaciones.

Les ruego que elijan.

Hasta aquí vamos bien. Vamos, además, promiscuamente acompañados por politólogos de ideología dispar, a quienes esta conclusión seduce a fuer de ventajosa. Pero sucede que, así como la pluralidad doctrinaria es propia a la esencia del régimen de partidos, la tentación totalitaria de que hace gala el

partido comunista y de la que constituye su caso extremo, es congénita a la naturaleza de todos los otros. El totalitarismo, solapado o expreso, es una enfermedad endémica del régimen de partidos, su propio cáncer. Todas sus colectividades la padecen en mayor o menor grado. Todos son un poquitito tahures y al menor descuido tiran a hacer trampas.

Lo hemos visto.

El poder tienta como un demonio y, cuando se llega a él, aunque sea de modo más o menos plural, dan ganas de quedarse y disfrutarlo solo.

El aparato del Estado, rico, abundoso, succulento a la cuchara, despierta gulas invencibles y totales. La oposición molesta al cuchareo y se la acalla. Hay tantos modos. Están los medios de comunicación social, a los cuales se acogota, se extorsiona y finalmente se obliga a vender. Están los recursos fiscales, con los que se puede hacer "promociones populares" para engatusar al cándido electorado. Están los instrumentos de la planificación económica con los que se puede quebrar la cerviz a los partidos que no están mamando y a los que en ese caso se denomina invariablemente "la reacción". La cosa es quedarse, sea como sea, con el mango de la sartén, aplicando artera o descaradamente la "violencia institucional", que le llaman. En fin, nunca le faltan recursos al conejo que cuida lechugas.

¿Les suena conocido, no es cierto?

Por supuesto, la tentación totalitaria se hace irresistible cuando, a su vez, no hay quién cuide a los conejos; cuando los partidos de este famoso régimen son irresponsables frente a la Constitución y la ley.

El morbo totalitario muestra sus pústulas primero en la democracia interna de cada partido. Minorías oligárquicas, sectarias, hacen cera y pabilo de las decisiones de sus militantes, los candidatos se cocinan a espaldas de las bases, los programas se saltan a pie junto y la consecuencia doctrinaria que les dio origen se convierte en intrincado zig-zag.

El que lo niegue, que haga memoria.

Es en este sentido que dije que a la democracia no se puede jugar como a una pichanga, en la que cada cual chutea para donde está vuelto y la ciudadanía —que es el árbitro— se ve forzada a tragarse el pito. Así, pues, con o sin el comunismo sentado a la mesa, el régimen de partidos —cuando se le deja suelto— propende a convertirse en una astracanada irresponsable y la democracia que cacarea en una ficción o en vergonzante caricatura.

Y ahora ya no vamos tan bien, o por lo menos vamos bastante más solitos, porque nuestros politólogos a la violeta se sienten muy poco seducidos por esta segunda conclusión. Y es natural. Quien padece de alguna fea enfermedad social prefiere creer que está sólo costipado.

Es más, el contagio totalitario propio del partidismo, tiende a acaparar toda la vida nacional con su obsecación sectaria y su enfermizo chuchoqueo demagógico. Inunda las universidades, pervierte las organizaciones laborales,

pudre las comunas y sus municipios, socaba la Iglesia y es capaz de desflorar la virginidad del más candido centro de madres o del más puro club de andinistas. Allí donde penetra no queda títere parado.

Un modo de morigerar el mal y poner cortapizas a esta tentación totalitaria de que adolece el régimen de partidos, consiste en reglamentarlo. Fijar reglas al juego y hacer de los partidos políticos órganos constitucionalmente responsables, cautelando —hasta donde ello es posible— la democracia interna de estas veleidosas colectividades. Todo esto para que no se desmanden y cometan las habituales tropelías a que son tan proclives. Si quieren pluralismo y democracia, que empiecen por practicarlo en su propia casa. ¡Que nadie se ría en la fila ni se salga de madre!

Personalmente, pienso que tal reglamentación estatutaria, si bien indispensable, es insuficiente para contener el avasallador impulso a corromperlo todo con su sectarismo, que es mal congénito de los partidos. Creo que el poder omnímodo e irresponsable de que han gozado en Chile hasta épocas muy recientes, con las consecuencias que ya conocemos, debe equilibrarse, además, mediante la configuración de un Poder Social, que otorgue vías constitucionales para que las sociedades intermedias participen paritariamente con ellos en la génesis de las leyes y de las autoridades llamadas a aplicarlas.

Pero ya esto es otro capítulo y otro tema.

En todo caso hay que dejar en claro que el régimen de partidos, precisamente a causa de esta enfermedad congénita, enfrenta en la sociedad contemporánea una muy seria crisis; que ha terminado por ser hoy más la excepción que la regla; que son contadas las naciones donde da muestras de una verdadera y perdurable estabilidad; y que, por si esto fuera poco, cuando se mira objetivamente la historia de la evolución política de las civilizaciones, ocupa en ellas un rango y un espacio que no es mayor que el que ocupa el tango en la historia de la música. (Y no digo el mambo para no parecer exagerado).

Quienes desean su perduración han de desear también su perfeccionamiento, su complementación, su cura de la tentación totalitaria, su adaptación a las realidades contemporáneas. Esas realidades de aquí y ahora que, como el medio ecológico, son implacables con los organismos y las fórmulas incapaces de readecuación.

Este no es problema de comunismo o no comunismo. Es problema de imaginación, problema de poner en práctica un sistema de convivencia representativo, participativo, dinámico y fluido, donde impere la equidad y sea posible la justicia. Lo otro es fariseísmo, obstinación en conservar carcassas estucadas, cuya superficial apariencia de decoro derribará el primer viento revolucionario, si es que su propia inconsistencia al enfrentarse con los hechos demora en dejar al desnudo su carácter de ficción.

30.10.79

CAPERUCITA SIEMPRE TIRA AL BOSQUE

Las figuras políticas tradicionales, como los personajes de los cuentos infantiles y de las tragedias clásicas, dan la impresión de estar atados al guión de su argumento y forzados a repetir su papel, ciega, fatalmente, una y otra vez.

Así, don Patricio Aylwin, como vocero de su colectividad (disuelta) y del Grupo de los 24, nos vuelve a repetir la cándida postura ya tantas veces vista respecto del comunismo soviético.

Para los hombres como él, como para Caperucita, el tiempo no pasa, la experiencia no enseña, la realidad constatada en toda su brutal crudeza no hace mella. El martirio de Hungría, la invasión checoslovaca, el muro de Berlín, la atroz pesadilla de Vietnam y Cambodya, los hospitales psiquiátricos para disidentes, la crisis afgana son meras fantasmagorías difuminadas por la distancia, cosas que aquí no pueden pasar. Lo que sus ojos no ven, su corazón no lo siente.

Tanpoco vulneran su conciencia hechos mucho más próximos que le tocó vivir, pero que ya no recuerda, como la infiltración sufrida por su propio partido mientras estaba en el poder; las Garantías Constitucionales que concurrió a avalar, protestadas en sus propias narices y más falsas que un billete de trece pesos; el acogotamiento de la prensa, la ocupación de los campos, la ENU, la violencia, el terrorismo. En fin, sería inútil seguir enumerando. Como Caperucita, está resuelto a ver en el lobo a su abuela querendona. Le basta que la bestia se ponga un delantal para arrojarle otra vez a sus brazos. Ninguna advertencia será capaz de retenerlo en casa. Delira por salir de nuevo al bosque con su canasta de promociones populares y brindarse en calidad de panqueque celestino a los apetitos de su depredador.

Don Patricio piensa que al comunismo chileno hay que darle una nueva oportunidad de enmienda. Piensa que mientras el comunismo chileno no demuestre con sus actos mala intención, debemos suponerle que se mantendrá dentro del limpio juego democrático. Naturalmente, le llama la atención que el P.C. tenga los ojos tan grandes, las orejas tan peludas, las uñas tan fuertes, los dientes tan largos; pero confía en que todas estas sean expresiones de amor. Bueno, ya sabemos: Caperucita pensaba lo mismo.

No sería nada si esto fuera una simple opinión particular. Si por su cuenta y riesgo, él fuera solito a meterse en la boca del lobo. Lo malo es que es un consejo. Lo terrible está en que las Caperucitas arrastran consigo a medio mundo y sirven en bandeja, aderezado y listo para la cena, al país entero donde habitan.

Caperucitas hay en todas partes y en todas partes siempre tiran al bosque. Las hubo en la Rusia de Kerensky, en la España republicana, en Alemania de Weimar, en Praga cuando gobernaba Benes, en La Habana cuando Fidel esta-

ba en la sierra, en Saigón, en Kabul. Abundan ahora en el Caribe. Son los eternos garantes de la convivencia pacífica, los avals siempre prontos a dar su seguridad, su palabra de buena fe, y que, con su paloma en brazos, su canasta de ilusiones y sus floritas, prosiguen empedrando el infierno marxista con sus buenas intenciones, sin mirar las tumbas, las cruces, los grandes charcos de sangre que van dejando detrás.

Ni los nombres de Aldo Moro o Pérez Zujovic, sus correligionarios, les dicen nada. Para las Caperucitas esos casos, borrosos ya, se difuminan en el olvido, como los secuestros y asesinatos de embajadores, las Brigadas Rojas, las VOP, ETAS y mil y una otra sigla polifacética que engloba a una misma, intrínseca doctrina de perversión. Como la invasión de Finlandia, la aniquilación de Estonia, Lituania y Letonia, la agresión a Polonia, las atroces fechorías africanas y mil otras olvidadas en una piadora vuelta de hoja. Eso no pasa aquí. En Chilito será distinto.

Como garzón comedido, todo sonrisas, don Patricio extiende la servilleta de su proyecto constitucional y se dispone a preparar la mesa. Gentil, bondadoso como todo buen hombre, nos mira con dulzura mientras nos invita a entrar en casa de la abuelita. Y hay algo terrible en ese gesto. Uno no puede sentir menos que un sacudimiento al considerar lo que hay detrás de esa puerta que él insiste en abrir otra vez, mientras nos dice: "Pasen, no teman, confíen. Esta vez será distinto".

Sí. Ancha es la puerta, pasajero avanza, y contempla cómo te abren la puerta de la muerte, la imprevisora fe, la ingenuidad y el desmesurado abuso de confianza.

12.2.80

LAS CLASES ILUSTRADAS

A pesar de que la época es propicia, el título de este comentario no alude al año escolar que se inicia, sino a un párrafo de cierto articulista opositor que me parece digno de estudio, a la vez que rico en enseñanzas.

El párrafo de marras dice así: "Los nuevos juristas y estadistas de última hora podrán vestir a la República un estrafalario traje constitucional, que despertará la admiración de los periodistas mercenarios y de toda la servidumbre palaciega escaleras abajo, pero no encontrará seguramente el apoyo de las clases ilustradas de la nación".

A primera lectura, trasciende del texto un olorillo que empapa letra a letra sus palabras. Más que encono, yo diría que ese olorillo es de despecho. Hay un dejo de melancolía en esa evocación de escalinatas, palacios y antiguas

servidumbres. Se oye en la frase el tránsito otrora ampuloso de los grandes duques del poder por peldaños que trepan. Nos recuerda el discreto conciliábulo de los pasillos donde se urdían alianzas de conveniencia, holgadas senaturías o se prodigaban con mano gentil vice-presidencias y prebendas. Se percibe el dolor que añora la privanza perdida y la irritación del oligarca que, sintiendo suyo, como adquirido y propio, el poder, el palacio, las escalinatas que suben hacia la altura, rechina los dientes al ver profanados sus antiguos dominios por quienes no pertenecen a su cofradía.

Pesadumbre de una dicha vana que se fue. Ansia incontenible de recuperarla.

Si uno se detiene a pensar cuán abundosos, cuán opulentos, cuán halagadores de la vanidad o la soberbia y sobre todo cuán gratuitos fueron los frutos de ese paraíso ya distante y perdido, puede excusar la insolencia con que se le rememora. Hoy esas uvas están verdes y —como diría Goethe— el aplauso de las multitudes, al volcarse en otras direcciones, les hace encoger el corazón.

Pero una segunda lectura del párrafo nos detiene en su línea final. Habíamos visto ya recientemente a otro politólogo cantarnos con fruición las excelencias y los éxitos de una “democracia de élite”. Este que comentamos hoy nos brinda un concepto discriminatorio de sesgo parecido. Estamos ante lo que se da en llamar “las clases ilustradas de la nación”.

Hasta hoy conocíamos el “despotismo ilustrado” y el “diario ilustrado”. Ahora tenemos también en Chile una “clase ilustrada”. Una clase a la que no pertenecen los partidarios del actual régimen ni los “nuevos juristas”, ni los “estadistas de última hora”. Por el texto debemos suponer que la conforman entonces algunos opositores, algunos viejos juristas y algunos estadistas de ayer, de otra hora ya pasada, tal vez de una hora que se llamó injustificadamente la hora de la verdad.

El párrafo nos advierte que estas “clases ilustradas” no darán apoyo al proyecto de nueva Constitución. Pero su tono iracundo nos está diciendo mucho más; nos asegura, amenazadoramente, que sin el apoyo de esas “clases ilustradas” no hay Constitución posible. ¡Y eso es harto decir!

¿Pero quiénes son estas “clases ilustradas” que miran por sobre el hombro al resto del país, tácitamente analfabestia a su juicio, y de quienes se hace depender el futuro institucional chileno?

Como el párrafo de marras no lo explica, habrá que aventurar sobre ellas la temeridad de un juicio.

Viejos juristas, viejos estadistas. ¿Serán los mismos que hicieron pebre la previsión? ¿Serán los que tiraron a la chuña las municipalidades? ¿Son acaso los autores de las leyes misceláneas, los de las jubilaciones perseguidoras millonarias? ¿Serán los que llevaron el caos a la agricultura, los de las inversiones insensatas y los elefantes blancos? ¿Serán los de las mil promesas no cumpli-

das y las mil defraudaciones efectuadas con éxito? ¿Serán los conocidos de siempre?

¿Ilustrados? Sí, doctos de la palabra hinchada, de la polémica, del vericuetos y la tergiversación. Los grandes duques del poder partidista, creadores de lo que un crítico español ha denominado con acierto "la demafofa", prontos ayer a mostrarse populistas y que hoy, cuando el pueblo de Chile les da las espaldas, trazan un distingo rococó llamándose "clases ilustradas", si no ilustres. Para ellos el resto de la ciudadanía no cuenta, lo que piensen las mayorías silenciosas no pesa nada. Ciegos en su soberbia nos están diciendo: "No hay Constitución sin nosotros". "El Poder es nuestro". "Devuélvanos el Poder".

Y uno se pregunta ¿con qué ropa? ¿con qué cara? Tal vez el resto de los chilenos no seamos ilustrados; pero no tenemos pelo de tontos. El pasado está demasiado fresco, es demasiado reciente, todavía lo estamos pagando a plazos, como para que se nos olvide así no más. Tendríamos que ser muy brutos para caer otra vez en el mismo garlito.

Ilustrados se llaman y nada más ni nada menos que el Poder, todo el Poder, quieren los perlas. ¿Serán?

Podrá resultar muy singular y hasta estrafalario el traje constitucional que Chile vista en el futuro; pero una cosa sí que es cierta: No serán ellos, los conocidos de siempre, los que lo van a administrar.

18.3.80

JUGANDO A LA ALTERNATIVA

Cuando la oposición solicitó una cadena nacional de TV para difundir su pensamiento frente al plebiscito, todos supusimos que tendría cosas muy importantes y novedosas que proponernos.

No era fácil para don Eduardo Frei formular ese pedido, singular en todo caso, puesto que él mismo lo había negado en fecha memorable al en aquel entonces Presidente del Senado, Salvador Allende. Tenían que ser proposiciones muy sólidas las que lo inducían a dar ese paso, puesto que lo dejaban tan inconfortablemente en descubierto.

Escuchamos, pues, con mucha atención su discurso del Caupolicán, ampliamente radiodifundido y reproducido más tarde en la prensa del país.

Pero, prescindiendo de sus estimaciones sobre la concurrencia al acto, un tanto exageradas por el calor de la oratoria, y dejando de mano las naturales objeciones que el proyecto del Ejecutivo le merecen ¿qué es lo que nos propone el señor Frei?

Nos propone, ni más ni menos, un Gobierno Militar. Un Gobierno Cívico-Militar que ha de durar a lo menos dos o tres años. En otros términos, una transición más corta, pero de todos modos prolongada. El señor Frei está conteste en que los militares no pueden irse del Gobierno y en que una transición es indispensable. Diríase que más que los años que ha de durar, lo que lo inquieta son las personas que en ella intervengan. Se trata de cambiarlas.

Pero el vocero de la oposición ha omitido decirnos quiénes debieran ser estas nuevas personas llamadas a formar gobierno, tanto en el plano cívico, como en el militar. Estamos forzados a hacer cábalas y procurar una interpretación de lo que nos ha dejado entre líneas.

Por cierto, se nos hace increíble que los personeros civiles del actual Gobierno le ofrezcan garantías en la prosecución de semejante objetivo. Para tal fin, piensa probablemente en algunos de sus correligionarios (acaso en él mismo) o en integrantes de las otras tiendas políticas que lo acompañaron en su actuación del Caupolicán, y cuyos inconfundibles gritos los identifican e ilustran.

Menos imaginable se nos hace que en el segmento militar de ese gobierno, por él insinuado, le ofrezcan garantías los miembros de la Hon. Junta o el Presidente Pinochet. No resulta aventurado suponer, entonces, que el gobierno "Cívico-Militar" que nos propone tendría que excluir no sólo a los miembros civiles del actual Gobierno, sino también a la totalidad del alto mando de las instituciones de la Defensa Nacional.

A primera vista, parece como mucho. ¿Cree sinceramente el señor Frei que esta "alternativa" es viable? ¿La ve capaz de funcionar sin que el país se desplome?

Especulemos por un instante cómo podría ser esto.

Primero, un gabinete cívico de coalición integrado por militantes de las colectividades que concurrieron al Caupolicán: demócratacristianos, socialistas, comunistas, Izquierda Cristiana, Izquierda Radical, Mapu.

Segundo, la incorporación de un par de nombres de "personas moderadas" de otras corrientes, para dar al todo cívico un viso de unidad. (Nunca faltan voluntarios).

Tercero, la presencia allí (aunque no se ve cómo) de algunos militares, representantes de las FF.AA., llamados a avalar, quieranlo o no, lo que en adelante se obre.

Durante tres años, este gobierno "Cívico-Militar", de novísima factura, conservaría no sólo las facultades administrativas, sino también las legislativas que posee el actual gobierno, y que tanto disgustan ahora a la oposición.

Puesto que a lo largo de su enjundioso discurso, y así también en sus actuaciones anteriores, tanto el señor Frei como sus acompañantes en el Caupolicán han condenado sin apelación toda la obra de estos siete años, evidentemente esas facultades legislativas y administrativas serían empleadas como efi-

cientes tijeras durante los tres años venideros. La política económica, la política agraria, la política tributaria, la financiera, la educacional, por citar algunas, todas durísimamente criticadas por el señor Frei y sus acompañantes, tendrían que ser drásticamente corregidas, alteradas, rectificadas, etc. al tenor de las convicciones doctrinarias de ese Gobierno "Cívico-Militar", salvo que sus integrantes traicionaran cuánto hasta ahora han dicho. En estos tres años, si prestamos oído a sus protestas, nada de lo realizado por el Gobierno de las FF.AA. debería quedar en pie. Si así no lo hicieran, no serían honestos en su planteamiento crítico.

Por cierto, a los integrantes militares de este novísimo gobierno se les está pidiendo una tarea amarga. Se les quiere como avales en un trabajo de auto-demolición. El señor Frei no puede prescindir de los militares ni aún para ejecutar exactamente lo contrario de lo que éstos desean y han estado haciendo. No puede prescindir de los militares ni aún para traicionar el régimen por ellos creado. Sin los militares se siente como un huérfano.

Luego vendría la convocatoria a una Asamblea Constituyente, a la que se encomendaría la redacción de otra nueva y diferente Constitución. Cumplida esta finalidad, los militares regresarían a sus cuarteles y el manejo del país quedaría entregado a los partidos. Esto es, ni más ni menos, lo que nos propone.

El concepto de Gobierno "Cívico-Militar" evoca experiencias recientes. La del Salvador, por ejemplo. En ella, los militares ponen la cara; reinan pero no gobiernan. Una coalición civil heterogénea y pluralista les ata las manos. Lo que se busca es introducir en la ciudadela militar un caballo de Troya, el caballo de las disidencias partidistas y, naturalmente, como consecuencia, arde Troya. El final de los Gobiernos "Cívico-Militares" descritos por el señor Frei es siempre un gran incendio, una vuelta al caos, un sistemático y acelerado proceso de demolición.

Pongámonos un momento en lo que se nos propone. No se necesita ser ni un profeta ni un político experto para calcular lo que ocurriría. No. Lo que escuchamos en el Caupolicán no es novedoso, ni importante, ni sólido. Tampoco es una alternativa. Es, a lo más, un intento locuaz, pero frustrado, de salir decorosamente de una posición personal tan frágil como uncomfortable.

Francamente, desilusiona el señor Frei. Votar NO, acompañándolo, sería justificar un pasado que aún no encuentra excusa.

2.9.80

ALTERNATIVA DE LENTEJAS

Los políticos suelen comprender a los militares; pero no siempre sucede así. A veces erigen frente a éstos un muro de absoluta incomprensión. No los entienden. Hay, por así decirlo, una incapacidad vital de comunicación, que hace a esos políticos impermeables al estilo y al modo de ser castrenses. Y la cosa no tiene remedio.

El otro día, alguien que abunda en razones para hacerlo, me llamaba la atención sobre el caso de la Democracia Cristiana y, particularmente, de don Eduardo Frei. Me los señalaba como un ejemplo.

En efecto, ya a partir de 1965, las instituciones de la Defensa Nacional vieron con preocupación creciente surgir en el seno de esa colectividad, que señoreaba sin contrapesos el Gobierno, síntomas de minusvaloración respecto de doctrinas y principios que para las FF.AA. son esenciales, muy especialmente en lo que se refiere a Seguridad Nacional.

Pródigo en el uso de sus recursos con fines más bien superfluos, el Ejecutivo se mostraba muy poco inclinado a distraer aún la mínima parte de ellos en objetivos institucionales absolutamente indispensables. Se empezaba a gestar la paulatina postergación de las FF.AA.

El Comandante en Jefe de la época, General Bernardino Parada, consciente de la delicadeza de su rol frente a un Gobierno tan impermeable, buscó todas las vías conducentes a un mejor entendimiento con la autoridad civil, procurando, en un constante y mesurado diálogo con ella, orientarla en aquellos aspectos que para el Ejército eran fundamentales, y esforzándose por mantener un puente de buena relación que sabía frágil. Su dedicación a este empeño fue invariable. Para constatarlo, basta leer el discurso pronunciado por don Gabriel Valdés, a nombre del Gobierno, al despedir los restos de este distinguido jefe.

Mientras el Ministro de Defensa, señor Carmona, permaneció en su cargo, la actividad desplegada por el Alto Mando y la personal deferencia del Ministro, abierto tal vez más que ningún otro miembro de su partido a las inquietudes de la Institución, permitieron mantener un razonable flujo de contactos. Pero, más tarde, cuando motivos políticos, por cierto muy subalternos y absolutamente extraños al interés de las FF.AA., condujeron al cambio del Ministro de Defensa y del Comandante en Jefe del Ejército, el puente definitivamente se quebró. Las desafortunadas designaciones que el Gobierno hizo en aquel entonces cortaron toda posibilidad de diálogo. A partir de aquel momento, las FF.AA. fueron tratadas no sólo con desconcertante indiferencia, sino con frivolidad. A la incomprensión se unió la postergación, la incuria y el deterioro; a la tramitación, la burla.

De la magnitud de ese deterioro increíblemente acelerado y doloroso, así como del daño tremendo que se hizo a la Institución, dan irredargüible testimonio los acontecimientos de septiembre y octubre de 1968. Podrá enjuiciarse como quiera a los actores de esos amargos y gravísimos sucesos, que estuvieron no sólo a un tris de quebrar la unidad de las FF.AA., sino también a pelo de dar por tierra con el Gobierno mismo; pero, sea cual sea el juicio que sobre ellos se emita, no puede desconocerse que reflejaban un hondo malestar de la oficialidad, su desagrado por el menosprecio que el Gobierno evidenciaba a sus tareas profesionales y al mínimo decoro de las mismas, y su irritación ante el continuo vejámen con que eran tratadas sus justas, impostergables demandas de una mayor atención a las necesidades de la Defensa y Seguridad Nacionales.

Si los previos síntomas que databan del año anterior no hubieran sido suficientes, el acuartelamiento de varias unidades, con la adhesión unánime de los cursos superiores de la Academia de Guerra, fue expresión inequívoca de ese malestar ya incontenible y debió mover a reflexión a los hombres del partido.

Pero está visto que la experiencia nada enseña a quienes no quieren aprender. Han pasado los años. Años muy aleccionadores para militares y civiles, políticos y soldados. No obstante, ese muro de vital incomprensión no ha cedido un ápice y los altos personeros de la Democracia Cristiana siguen sin entender el espíritu castrense, su modo de ser, su estilo inconfundible, su insobornable moral.

No puede interpretarse de otro modo el peregrino intento de brindar, como un plato de lentejas, la alternativa supuestamente seductora, de un Gobierno Cívico Militar en sustitución del Plebiscito. Tal como ha sido formulada, esa sugerencia constituye una gratuita injuria al concepto del honor y la lealtad consustanciales a quienes visten el uniforme de soldado.

Parece increíble que todavía haya quienes sueñan y especulan jugar con la antaño proverbial ingenuidad política castrense y que creen posible usar a los militares como avales de sus ambiciones. Pero más increíble aún resulta el hecho de que esos sueños los acaricien quienes, casi como única excepción entre las colectividades civiles, han testimoniado desde sus inicios una aversión hormonal por las FF.AA.

Mi interlocutor lleva sobrada razón en lo que me apuntaba. Hay un abismo, un insondable abismo entre el pensamiento de algunos políticos y el pensamiento militar.

Pero es bueno que así sea. De ese modo, jamás podrán sentarse juntos en la misma mesa.

9.9.80

AYER Y HOY

Los hechos históricos, si tienen de veras tamaño, a su peso rotundo añaden la virtud de dejar en descubierto la consistencia real de cada corriente y su envergadura. Sirven, también, para medir la ponderación y el tino de los hombres que las representan.

Es lo que ha ocurrido con el Plebiscito.

Hasta ayer, durante la convocatoria, quién más quién menos, tuvo ocasión holgada de desfondarse contra el SI, vaciando hasta el concho de su olla argumental. Y que no se diga que no hubo libertad para tirarle al plebiscito a troche y moche, en un lenguaje a ratos desbocado, insolente y hasta brutal. Los partidarios del NO se dieron el gusto de decir cuanto les vino a la cabeza y se lo dieron en términos de tal desmesura que los resultados están a la vista.

Se pasaron.

Sucede así cuando se confunde la lógica de los acontecimientos con la hinchazón de las propias ideas, y el estrépito de la grito a gaza pelado — más ruido que nueces — con la fuerza razonadora de una posición.

Parafraseando a un filósofo de la historia, habría que decir que hay dos clases de ilusionismo político, ambas fatales. El ilusionismo doctrinario y el ilusionismo demagógico. Para el inevitable fracaso que conllevan es indiferente el que hayan sacrificado su destino a un recuerdo o a un concepto. El resultado es igual. Lo buscaron con obstinada perseverancia y se lo encontraron. Con su pan se lo coman. Cerrada la votación del 11 había que dar vuelta la hoja y punto.

Eso era ayer. Pero que hoy, tras el veredicto del pueblo chileno, nos vengan con la misma cantinela, es algo que merece réplica.

No me gusta lo que ha dicho el Presidente de la Democracia Cristiana (¿disuelta?) señor Andrés Zaldívar, hoy, luego de conocidos los escrutinios.

El General Pinochet, en su discurso del día 11 invitó a quienes impugnaban el plebiscito a deponer su actitud y reconocer el limpio resultado de las urnas. ¿Cómo responde el señor Zaldívar a esta invitación?

Ha dicho textualmente: “No puedo aceptar esta invitación, porque parte de una afirmación falsa. No hay triunfo alguno, ni menos legítimo. Repito: todo fue un gran fraude”. Y luego agrega: “Nuestro país ha sido el hazmerreír del mundo en estos días. A uno le da vergüenza que el país haya sido sometido a este tipo de farsa”.

Tal cual.

Y uno se pregunta ¿Pero es esto posible? ¿Estaré leyendo bien? ¿Hablará en serio este caballero? ¿Creerá sinceramente que aquí no ha pasado nada? ¿En qué país vive, entonces?

Uno puede entender que se dé con la puerta en las narices a esa generosa invitación del Presidente Pinochet (a título personal naturalmente, ya que no en representación de una colectividad política democrática que se precie de tal); pero, lo que tras ese rechazo cuelga como añadidura resulta incomprensible.

¿Qué aporte creador, inteligente, responsable podemos esperar de una oposición tan ciega, tan ofuscada, que deja caer hoy mismo el hacha de este despropósito sobre una mano tendida?

¿Qué respeto, qué consideración por la voluntad soberana de las mayorías nacionales podemos esperar mañana de una oposición que con tal desparpajo se salta así no más, a pies juntos, el hecho irrefutable, palmario, de que mayoritariamente el país dio el SI, y con tal liviandad se sienta, sin distinción de hombres o mujeres, sobre varios millones de votos ciudadanos, comuna por comuna, región por región, a todo el ancho que dan sus posaderas?

¿Qué prudencia, qué tino internacional podemos esperar de una oposición descomedida que nos ventila por el mundo, azuzando la jauría que afuera en vano aún nos ladra? ¿Qué porvenir, qué alternativa es la que podemos esperar de esa oposición?

No. No puedo creer que este exhabrupto vehemente refleje algo más que la opinión personal de don Andrés Zaldívar o un rasgo de ocasional humorismo. En la colectividad disuelta que él dice presidir e interpretar militaban antaño muchísimas personas de juicio maduro y espíritu cívico levantado a las que es imposible que le calcen semejantes anteojeras. Su suerte no puede ser la que tuvieron otrora el Padena, el Apio la Concopo.

Confiemos, pues, en que se eleven allí otras voces más serenas y que no sea ésta una nueva ocasión en que el silencio, por constituir asentimiento o una tan impropia como mal entendida solidaridad, añada otra vez al error la desventura.

Ayer, pase. Hoy, y sobre todo mañana, al pueblo chileno no se le puede menospreciar como a un pelusa.

22.9.80

VIII CLERICALISMO

CARTA A UN JOVEN CATOLICO

En este mes de las glorias del Ejército, cuando persistentes rumores de tensión en nuestras fronteras llaman a estrechar filas a todos los chilenos, sin excepción, en la defensa de la soberanía patria, la Vicaría Pastoral Juvenil, que goza de autorización del Arzobispado de Santiago, ha creído oportuno incluir en uno de sus folletos un artículo elocuente titulado CARTA A UN JOVEN LLAMADO AL SERVICIO MILITAR, que lleva la firma del sacerdote Miguel Ortiz Riquelme.

Allí se dice al texto: "Ayer me comunicaste que estabas llamado al Servicio Militar Obligatorio. Sé lo que sufres en este momento y lo contrario que resulta a tu conciencia tener que aceptar este hecho que tú no has elegido".

Tras esta introducción que nos sitúa cumplidamente en el tema, se aconseja al joven no obedecer a ciegas y se le recomienda de modo puntual lo que sigue: "Si alguna vez alguien te ordena disparar contra un ser indefenso, tú no obedezcas. Si tienes valor, niégate a hacerlo, o dispara a su lado o sobre su cabeza".

No puede negarse que se trata de buenos consejos. Temerario sería suponer que hay en ellos una doble intención. No. Si la Vicaría Pastoral Juvenil, con autorización del Arzobispado de Santiago, ha creído del caso publicarlos es porque los estima útiles a nuestra edificación moral y valiosos para fortalecer los ánimos, el espíritu, el brío de nuestros jóvenes soldados. No es que pretenda hacer creer que la instrucción militar de los conscriptos incluye en su

programa la práctica del fuego graneado y a mansalva sobre seres indefensos. No. Tampoco cabe imaginar que sea una medida de sana precaución ante contiendas intestinas, que la Vicaría Pastoral Juvenil pudiera tener previstas en el futuro próximo, y de cuyas contingencias, siempre aleatorias, deseara resguardarse con la sugestión del tiro al aire. No. Ni menos aún que caiga en la osadía de mostrar a nuestras Fuerzas Armadas como simples carniceros. Nada de eso. Es por sí'aca, no más.

Debemos juzgar con moderación, con mesura. Lo que ha de valorarse en este modelo de orientación episcopal es el ejemplo que nos da, la enseñanza que nos da de cómo tocar limpiamente, generosamente, con la más pura buena fe y la más sana doctrina, una materia que interesa a la juventud, iluminándola en su más vasto sentido.

Inspirado en el rico estilo de la Vicaría Pastoral Juvenil, movido a imitar con humildad su ejemplo, me siento, pues, en la necesidad de destinar este espacio de hoy a una carta similar, dirigida esta vez a "UN JOVEN CATOLICO", y que dice así:

"Estimado amigo: Sé lo que sufres en este momento al contemplar la conducta de algunas autoridades de la Iglesia chilena y lo doloroso que resulta a tu conciencia tener que aceptar hechos penosos que tú tampoco has elegido.

Mas, no te aflijas. Sabemos que tales penas no serán eternas y que dichas faltas ni rozan ni tocan la integridad de la Iglesia. Sólo tocan lo que siempre habrá de humano, necesariamente, en ella.

No obstante, como a veces se infiltran en la Iglesia ciertos sarracenos, tal vez sea útil que prestes atención, por igual, a estos otros consejos:

Si al frecuentar la Iglesia, alguien alguna vez te pide que guardes en tu casa un paquete, mira bien antes de hacerlo. Por sí'aca, no más. Podrían ser los explosivos de una bomba, o las armas para el próximo atraco a un banco.

Si un Presbítero llega, de noche, a tu casa en moto, a pedirte hospedaje para algún protegido suyo, piénsalo dos veces. Pudiera ser un agente del terrorismo internacional que viene clandestinamente a planificar atentados como el que sufrió Mountbatten. Se han dado casos así.

Si te invitan a algún acto de solidaridad comunitaria, examina con cautela lo que pudiera haber detrás. No vaya a ser una pantalla para promover desórdenes callejeros o injuriar a la autoridad civil. Y si decides concurrir, no olvides llevar un sandwich; sucede que a veces estos actos terminan en huelgas de hambre.

Si te piden dinero para alguna fundación u otro propósito cristiano, asegúrate antes de darlo que ése es su verdadero fin. No sea cosa que tales fondos vayan a parar infortunadamente a manos del Grupo de los DC 10, terminen en sufragio de agitaciones universitarias, o sirvan para financiar alguna publicación clandestina, o, aunque oficial, de tenor más bien político. En tal evento, niégate a hacerlo y, si te falta valor para ello, da lo menos que puedas y, en lo posible, en billetes falsos.

Si te entregan algún folleto o revista, léela con recta intención, sopesando cada palabra y cada frase en la plenitud de su sentido, tratando de llegar al fondo del corazón de sus autores. Puede que te guste o no te guste; pero en todo caso te servirá para conocer la verdad del corazón humano.

En suma, joven católico, los tiempos aconsejan ser cándido como la paloma, pero a la vez cauto como la serpiente. Por si'aca, no más.

Y recuerda, sobre todo, lo que recomienda textualmente en su folleto la Vicaría Pastoral Juvenil, con autorización del Arzobispado de Santiago. Son palabras de mucho peso y que por eso mismo te reproduzco otra vez aquí:

“No te acostumbres a obedecer ciegamente. Eso no es humano ni racional. Aunque tengas que obedecer lo que te manden, no pierdas tu capacidad de crítica ni tu propio juicio”.

“¿Verdad que suenan admirablemente bien y que parecen válidas para aplicarlas justamente a estos casos que te cito? ¿Verdad que iluminan ejemplarmente los problemas que pudiera plantearte tu conciencia frente a su misma autoridad? Yo, al menos, lo pienso así.

Con mucho afecto,

G. AcuñaM.

4.9.79

NADA MAS QUE SILENCIO

Hace ya más de dos semanas, una bomba, colocada en el antejardín de un funcionario, mutiló a un joven trabajador que pasaba por allí casualmente, cercenando de cuajo cuanto tenía derecho a esperar como ciudadano chileno y como hombre de una vida abierta hacia el porvenir.

Este hecho estúpido y repugnante, tan inútil que subleva por su misma gratuidad, nos ha dejado a todos esperando una palabra que todavía no se oye y cuya ausencia, al callar, tiene un retumbar que sobrecoge.

Porque mientras más alta es una autoridad moral y más conflictiva es su misión de guía, con más depurada claridad ha de extender su manto pastoral sin distinciones. Al fin y al cabo, la sangre y el sufrimiento tienen en todas partes el mismo color. La caridad no discrimina.

Me refiero, por supuesto, a la palabra de las jerarquías de la iglesia chilena, a quienes nos hemos acostumbrado a escuchar con tanta frecuencia sobre temas que inquietan e interesan a la comunidad, por alejados que estén de su magisterio.

Era la ocasión para borrar equívocos e incertidumbres, para dar un tapaboca a los suspicaces, para indicar un camino a los despistados por su propia vehemencia, para testimoniar, en fin, la equidad casi invariable con que tradicionalmente la iglesia en nuestra patria se ha dirigido a unos y a otros a lo largo de su historia. Bastaba un gesto, una frase de condena, para que todos nos hubiéramos sentido reconfortados y hubiéramos respirado con alivio.

Confieso ingenuamente que yo, al menos, la esperé. No se me pasó por la mente que pudiera faltar de modo tan ostensible, con tan desoladora elocuencia.

¿Acaso no era éste un chileno? ¿Acaso no era un inocente? ¿Acaso no era víctima de una violencia injusta y brutal? ¿Acaso no merecía solidaridad en su tragedia?

Y sin embargo, en ninguna iglesia se oró para pedir que la Gracia ilumine a los espíritus descarriados de sus victimarios, que creen resolver los problemas sociales del país sembrando dinamita por las calles. No hubo para él un obispo, un vicario, qué digo, ni el más modesto de los mensajeros que le llevara su aliento o su piedad. Sólo el mutismo inmóvil. Nada más que silencio.

No obstante, quiero creer que hubo alguna forma de aproximación discreta y, creyéndolo, pienso que si así fuese —¡ojalá fuese!— resulta insuficiente. Hemos visto demasiado a menudo a obispos, vicarios y otras autoridades del clero acudir con una premura que, a la inversa, resulta ostentosa, en auxilio de otras aflicciones, quizá equivalentes, pero que no tienen como ésta el sello irrefutable de la inocencia, a la vez que de la crueldad por completo carente de motivos. ¡Entre unas y otras no puede haber parangón!

Menos aún podría esperarse que hubiera unilateralidad.

Años atrás escuchamos sobrecogidos decir a un Presidente de la República que él no era Presidente de todos los chilenos. Esto implicaba dejar en la orfandad sin remisión a la mitad, al tercio del país, o lo que fuere.

Pero la política tiene pasiones que la explican, aunque no la excusen.

En cambio, estremece pensar que una distinción equivalente, por leve y aparente que fuese, llegara a arraigar y a evidenciarse en el seno de una institución cuya influencia espiritual es tan decisiva. ¿Hacia dónde volverse entonces en busca de orientación?

No sé si estoy equivocado, pero esta pregunta —dramática, terrible pregunta, que no tendría por qué surgir, que quisiéramos que no brotara nunca— me da la sensación de que en la intimidad de muchos, minuto a minuto, a ratos nos horada y se nos agiganta.

Duele decirlo. Pero creo que hay que decirlo.

29-9-79

ZAPATERO, A TUS ZAPATOS

El Presidente Ibáñez, cuya cazurronería y conocimiento de los hombres fueron siempre proverbiales, colmado hasta la tusa cierto día por las plañideras críticas que le formulaba la CUT (Central Unica de Trabajadores), que todo le encontraba malo, en todo se entrometía y de todo se quejaba con pertinacia de moscas, optó por un remedio heroico. Recibió públicamente en su despacho a la directiva máxima de ese organismo, presidida por don Clotario Blest, y tras escucharla largo rato disertar sobre el oro y el moro, pintando los más negros horizontes, interrumpió súbitamente a don Clotario para ofrecerle de sopetón, a rompe y raja, que le organizara un ministerio. Luego de 48 horas de desorbitados debates, consultas y carreras, el anonadado "don Clota" capituló, reconociéndose impotente para tan descomunal tarea. Dicen que desde ese entonces tiene el pelo blanco.

Entre risueña, exagerada y ridícula, la anécdota da mucho que pensar.

Tal vez no sería mala idea que el general Pinochet ensayara un remedio parecido. Podría ofrecer, por ejemplo, el Ministerio del Trabajo al obispo Alvear, el Ministerio de Agricultura a Monseñor Camus y el de Hacienda al Cardenal, cuya pericia en ese ramo dicen que es notable. Me gustaría ver qué es lo que harían. Me gustaría verles arremangarse las sotanas, que ya no usan, y dar un gobierno eficiente, próspero y exitoso para Chile.

En este juego de "política-ficción" caben, por cierto, otras alternativas. Sería interesante ver qué harían en similar caso, el ex Presidente Eduardo Frei, o don Patricio Aylwin y su comisión de los 24, el estruendo de cuyo fracaso nos retumba aún en la memoria.

Hace muchos años atrás, cuando por primera vez me tocó asumir un cargo público de primera línea, cierto crudo empresario israelita a quien me tocó tratar por asuntos de comunicación social, me confidenció el secreto de su éxito. "Usted es muy joven —me dijo— y está en un cargo sumamente difícil. Le voy a dar una receta que nunca me ha fallado. Cuando tengo que negociar con alguien, sobre todo si se trata de alguien poderoso, importante, que por su función inspira miedo, me lo imagino en calzoncillos. Santo remedio. Desde ese mismo instante, mientras lo miro tras su imponente escritorio, sé que tengo ganada la partida".

La receta me pareció francamente grotesca, pero hay en ella un cierto toque de singular autenticidad.

Sin llegar tan lejos, pienso que a la ciudadanía cabe proponerle un consejo que tiene con el citado algunos rasgos de familia. Cuando se escucha a los críticos de un gobierno, como el actual, sentar con pomposa gravedad una sarta de vagüedades, lugares comunes y aspiraciones difusas de bien público que son de cajón, adobando con ellas la acritud de su antagonismo desde el

confort de la vereda, tal vez sea bueno imaginar qué harían ellos si se les pasara la guitarra; qué harían si, enfrentados a los mismos complejos problemas que plantea nuestra realidad actual, metidos hasta el cogote en el cocido, tuvieran ellos que dar una prueba de aptitud como estadistas.

Es sorprendente como cambia entonces la perspectiva de sus quejas y sus críticas, y como se altera el peso moral de sus objeciones teóricas.

Burlándose de Proudhon, Marx decía que los filósofos alemanes lo consideraban uno de los más sólidos economistas franceses, en tanto que los economistas franceses estaban convencidos que era un brillante filósofo alemán. Marx quería significar con eso que el bueno de Proudhon, en sus opiniones y proyectos, se quedaba harto corto para postular con mérito a cualquiera de esas dos categorías.

Sin que esto sea una irreverencia, se me ocurre que algo parecido pasa con algunos de nuestros monseñores. Seguramente sus acólitos piensan que son brillantes estadistas, en tanto que quienes atienden a lo político los imaginan como notables religiosos. De este modo, unos y otros excusan la flacura que seguramente les ven. Seguramente esto es lo que les da alas para aventurar críticas en el pantanoso terreno de la vida pública, ciertos que no tendrán también que aventurar soluciones.

Nada es más fácil y más tentador para el mirón que ve a otros cómo trabajan, que dárseles de entendido. Esto lo sabe muy bien el gásfiter, sucias las manos destapando un desagüe, cuando corretea de su lado a la cocinera parlanchina. Ella a sus ollas, cazuelas y empanadas, donde lo hace con acierto y sabor. Mas, si se empecina en mezclarlas con el guaipe, las tuercas y los alambritos, se le quemarán los guisos y no habrá paciencia que la resista.

Esto lo sabe también el mecánico de autos, a gatas bajo un carter, lidian-do entre aceites y apretujones, y lo sabe con mayor razón un gobernante, abrumado por el peso de su tremenda responsabilidad, puesto que sobre la manera mejor de gobernar es algo que nos gusta opinar a todos.

Aceptable es que lo haga desaprensivamente el parroquiano en su café o el articulista en su columna. Después de todo son simples ciudadanos, lo que ellos digan ingenua, torpe o desatinadamente, no pesa ni obliga. Pero cuando alguien, investido de cierto rango público, laico o religioso, y a título de la autoridad que ese rango le da, sea como ex Presidente, ex senador, ex embajador o monseñor en ejercicio, se inmiscuye en los mismos tópicos, la tribuna es otra. Allí, sí, pesa y obliga. En ese caso, el público, la ciudadanía, tiene derecho a esperar que lo haga bien. Primero, desde gran altura, desde una altura que condiga con su rango; segundo, con una gran claridad, con una claridad iluminadora que no empavonen los dengues ni los entrelíneas; tercero, con una gran precisión, formulando soluciones concretas, respuestas, alternativas inequívocas. La ciudadanía espera en ese caso leer un documento sólido, nítido y no a gastar sus dientes en chácharas que o

se aceptan por lo que aparentan y entonces no dicen nada, o se aceptan por lo que pudieran ser y entonces dicen demasiado y dicen mal.

Por último, este es un caso en que la ciudadanía tiene derecho a contestar, puesto que quien se arriesga a incursionar desde ese rango en cosas del gobierno de la república, ha de allanarse, como la doméstica con el gasfiter, a que éste u otro mirón lo ponga en su sitio.

En ese supuesto, me tomo la libertad de manifestar como simple ciudadano que siento un gran respeto por la autoridad espiritual de algunos de nuestros monseñores, pero que no siento ninguno por su capacidad como estadistas.

Del mismo modo, siento un gran respeto por la persona de algunos políticos chilenos, pero esto no me impide que no sienta ninguno por lo que fue su actuación anterior cuando tuvieron en sus manos la guitarra.

Y así será, fatalmente, mientras no los oiga hablar con la altura, la seriedad, la claridad y la precisión que sus respectivos rangos se merecen.

13.5.80

CON PESAR, PERO DURAMENTE

En los momentos en que el país avanza con firmeza hacia su nueva institucionalidad y en el debate público empiezan a perfilarse los rasgos que esta tendrá, hemos presenciado en las últimas semanas una secusión de actos de violencia, que van desde la ocupación ilegal de predios, el secuestro, el asalto de bancos hasta el frío asesinato ametrallado de un oficial.

Esta escalada del terrorismo puede parecer a unos inusitada y a otros tal vez los despierte de su mundo de Bilz y Pap; pero, para cualquiera que siga con atención el desarrollo de los acontecimientos internos y externos, no tiene nada de extraño que así sea. Extraño sería lo opuesto.

Mientras más se aproxime el régimen con éxito a sus metas, mayor será el encono de quienes, desde el 11 de septiembre mismo, se han empeñado en obstruir su marcha, desestabilizarlo y destruirlo. De consiguiente, más estímulo indirecto, más amparo, más asilo, más tácita aprobación recibirán los grupúsculos homicidas del MIR en su insensata carrera de crímenes. Y mayor será también la agitación promovida a cualquier pretexto, por fútil que éste sea.

Hay naciones, algunas muy próximas, vivamente interesadas en entabrar al Gobierno chileno, y hay, lamentablemente, corrientes internas y segmentos del clero puestos desde hace bastante rato en ese mismo empeño.

La verdad es que sin ese concurso interno y externo el MIR no sería nada. ¿Cuántos son? ¿Cien, doscientos? Lo que le permite sobrevivir es este amparo

y lo que le da alas es el clima así fraguado.

¿Podemos olvidar ahora, a la vista de esta sangre y estas víctimas, que fueron personas allegadas al arzobispado de Santiago, sometidas a su tutela disciplinaria y obligadas a responder ante él por sus actos, quienes, excediéndose de su rol, dieron asilo, ocultaron y consiguieron finalmente puerta franca e impunidad a dirigentes del MIR que huían de la acción de la justicia, hace un par de años atrás? ¿No fueron ellos los que los trasladaron en sus propios vehículos desde sus parroquias a la Nunciatura? ¿Podemos olvidar que son esas simientes de cizaña, sembradas por manos llamadas a una misión muy distinta, las que traen estas espinas de hoy? ¿Podemos olvidar las prédicas, los sermones, las publicaciones, las revistas, los folletos que han soplado por años sobre esta hoguera, tenaz, empecinadamente?

¿Podemos entender que la Vicaría y el arzobispado de Santiago acojan, den protección y dialoguen con el cabecilla de una ocupación ilegal, miembro del MIR, reconociéndole por así decirlo un status de parlamentario a quien no es más que un delincuente? ¿Es función propia de esa autoridad espiritual entabrar la acción de la policía y sustraer de ella a quien tiene que responder por actos de atropello a la legislación vigente? ¿Se entiende que sea necesario cercar un recinto privado chileno, como si se tratara de la sede de una potencia extranjera, mientras se parlamenta la entrega a la justicia de un delincuente?

Cuando se piensa que esto ocurrió días después del asalto a tres bancos y del asesinato brutal de un coronel de Ejército, cuando evocamos el silencio que esa misma autoridad espiritual mantuvo más de una vez en otras ocasiones ante el terrorismo y la mutilación de víctimas inocentes, cuando sumamos a ello las nuevas actitudes tan recientes de que ha dado muestras, la conclusión obvia anonada.

¿Y qué decir de las corrientes políticas más obstinadas en su oposición “democrática”, que ante esta oleada de terrorismo debieran dar testimonio de su condenación resuelta, a la vez que su respaldo decidido a la legalidad! Toda la voz de sus gargantas se desgasta en reclamar una constitución democrática, más libertad, más justicia; pero, ante esta escalada del terrorismo, sus más altos personeros se retraen en un mutismo equívoco y acusador. ¿Dónde están sus testimonios de fidelidad democrática a la ley, hoy, que aspiran con tantas ganas a un pronto retorno? ¿Dónde están los derechos humanos frente al terrorismo? ¿Qué nos dice la Vicaría de la Solidaridad? ¿No hay solidaridad por los heridos, por los victimados, aunque sea por los transeúntes?

Un juego de torcidas complacencias, súbitas sorderas y ronqueras, medias palabras siempre resbalosas o, por último, declamaciones tardías y baratas, son la única respuesta que la acción terrorista ha tenido en todos estos años por parte de esos segmentos de oposición interna. No mucho más que los pétalos que las floristas arrojan al paso de un ataúd.

El terrorismo no podrá ser contenido mientras haya en Chile quienes perseveren en esta tácita complicidad o en este cobarde compromiso de medias tintas. El terrorismo no podrá ser contenido mientras haya quienes especulen con él como un instrumento inconsciente para sus mezquinas ambiciones o sus odios, y crean ilusamente poder aplastarlo o apagarlo "después". Sabemos que está alimentado desde fuera. Sabemos que Cuba y la Unión Soviética son quienes nutren a la fiera, la adiestran y la azuzan. Comprenderemos la lógica que esto tiene y su inevitable fatalidad en la agresión internacional que sufrimos, como tantos otros martirizados pueblos y naciones. Lo que resulta inadmisiblemente es la frívola complacencia, el compromiso, el diálogo alentador que con él han mantenido chilenos y, lo que es peor, chilenos muy altamente responsables de sus actos y de las consecuencias que estos actos traen.

Quizá más de alguien estime muy duras estas palabras; pero la dureza de los hechos acaecidos es mayor. El terrorismo me repugna; pero debo confesar que es mucho mayor el asco íntimo que siento por quienes —consciente o inconscientemente— lo han venido criando y amamantando en su seno infecundo.

Pueda ser que este odioso sacudón que hemos sufrido sirva al menos para que abran los ojos aquellos que se obstinan en apretar los párpados ante la cruda realidad y pueda que sirva para que algunos, al abrirlos, midan la amarga responsabilidad que les cabe y rectifiquen su proceder, si no por la razón, por obra del remordimiento.

5.8.80

CALLOS AL AEROPUERTO

Digno de aplauso es el propósito de aquel pastor que evita amorosamente pisar los callos aún a la más díscola oveja incluida en su piño. Así mantiene franco para ella el retorno a la que considera que debe ser su buena senda y no le cierra la puerta del corral. Esto es lo discreto, lo usual al pastoreo, lo que aconseja el bien común.

También, lo cristiano.

Menos loable es ya que haga ostentación de ese propósito y lo exhiba displicente en una conferencia de prensa. Entonces, si bien en sentido literal no la pisa, para decirlo con propiedad: da pie para ello. Un pie tan grande que casi se sale del plato.

Entre folklórico y desabrido este comentario que glosamos viene a ser, pues, el menú de hoy y nos permite medir qué puntos calza una contienda notoriamente unilateral que, a ratos, sólo un dejo de respeto me impide festinar con agrado.

Hablando de callos y de pies, todos vimos hace años en la televisión y el cine a Nikita S. Khrushchev sacarse los zapatos en una sesión de las Naciones Unidas y golpear con ellos su escritorio. Es un estilo. Heterodoxo probablemente, desusado, hasta deprimente para su actor. Pero de gran efecto. Eficaz como llamado de atención publicitario. ¿Y qué no se hace hoy por un poco de publicidad?

La austera prudencia, eso de no descender nunca de la alta investidura propia, el decoro en el hablar (sobre todo cuando se habla en casa ajena y en la inquieta vecindad), podrán echarse quizá de menos; pero, ¡qué diablos!, vivimos otros tiempos. Tiempos en que parece que ya no se usa aquello de dónde lavar la ropa que recomienda el Manual de Carreño.

Hay frases que, arrojadas al viento, nos hablan con la vivacidad de una parábola. Con toda su ligereza, ésta que comentamos grafica admirablemente una postura, un modo de ser y un enfoque de la realidad que cada día va siendo más llevado por personajes de gran prestancia pública.

La postura consiste en demandar para sí una consideración no retribuida, que se reserva la manga ancha del embudo y entre el dicho y el hecho deja un trecho excesivamente holgado. El modo de ser va acompañado de una epidermis muy sensible y se basa en establecer un distingo entre el prójimo y el lejano, que se derrite en ciego amor por el uno y se contrae en repulsión y condena ciega por el otro. De consiguiente, el enfoque termina por ser arbitrario, más que arbitral, cuando no equivocado.

Quien se eleva por encima de las contingencias propias de este mundo mísero y caído adquiere el legítimo derecho a ser árbitro, guía y juez; pero, al mismo tiempo, la obligación de no bajarse de su pedestal ni descender a extremidades inferiores. Cada cual en su sitio. El César donde debe estar y los servidores de Aquel iluminando su camino. De lo contrario, si no se cumple esta condición que manda la equidad y sugiere la cordura, resta a las contingencias doloridas lo que con justicia se llama el sagrado derecho al pataleo.

Cuando los hombres de paz dan guerra dejan de ser invulnerables y esto no es beneficioso para nadie. Andar en esos trotes no es propio de los buenos hábitos. Quién más quién menos, todos tenemos callos y suelen adquirirlos extraordinariamente grandes, y sensibles al más leve toque, precisamente aquellos que se acostumbran, sin motivo plausible, a bajarse con frecuencia de su pedestal.

Siguiendo el ejemplo de la frase, no queremos pisarle los callos a nadie. Simplemente, nos limitamos a hacerlos notar para que el público lector también se fije en ellos.

2.10.79

IX OTRA VEZ LA FRONDA

MASAS, ELITE Y OTRAS YERBAS

Realmente, las entrevistas dan para mucho. Ilustran criterios y fisonomías. Trazan perfil.

Tal vez, una de las más singulares versiones sobre el historial político chileno la hemos leído en la "interview" a un personero notoriamente próximo al régimen (aunque por cierto no su intérprete), que la semana pasada ya glosamos en algunos de sus puntos más sabrosos.

Se nos explica allí que, para que Chile pueda gozar de los encantos de una "democracia estable de masas", es indispensable que el país alcance, primero, los niveles de vida, desarrollo económico, cultural y social, que peculiarizan a las naciones más avanzadas. Este requisito, sine qua non, coloca a las mayorías nacionales en una cierta penuria de interdicción o tutoría en tanto no lleguen a la apoteosis del consumismo.

La promesa es para largo.

Como abono a tal tesis, nuestro comentarista sostiene que el esplendor chileno del siglo pasado sería fruto de una "democracia estable de élite"; obra, como si dijéramos, de la "inteligentzia". Su progresivo deterioro, en cambio, tendría origen en la prematura, inoportuna y creciente intervención electoral de "las masas".

Tal cual.

En otros términos, la culpa del mal de Chile, cuánto de deplorable, vergonzante y penoso nos ha sucedido en la primera mitad de este siglo, con sus

roñas, dilapidaciones y parrandas (UP y otros gobiernos incluidos) la tendría, ni más ni menos, la inmadurez cultural, social y económica de las "masas", las mayorías silenciosas, lo que suele llamarse el pueblo chileno. He ahí el culpable. Serían "las masas", al meter mano con su votación de rotos en los destinos nacionales, las que habrían aportado el caos, la demagogia y la descomposición que, como purulenta llaga, nos ha minimizado tantos años.

Se entiende, entonces, que mientras esas "masas" no aprecien los atractivos del parquet, la alfombra muro a muro, el jabón importado o el papel higiénico de doble "tissue", no tendrían interés en defender y consolidar un sistema que no ofrece para ellas ningún brillo.

Es un punto de vista. Un punto de vista inquietador.

Sostener que para que Chile pueda gozar de una democracia de masas es indispensable alcanzar, antes, los niveles de vida de las naciones más avanzadas del mundo, resulta alarmante, a la vez que difuso y elusivo. Ni el más optimista "Cuesco Cabrera" se atrevería a pronosticar que nuestro desarrollo "pillará" al de España o Italia, menos aún al de Suiza, Suecia o Canadá, en lapsos previsibles. ¡Y hay que ver cómo están España e Italia! Por otra parte, cuando lleguemos a esos niveles de desarrollo ¿quién podría asegurar que tales países se seguirán llamando democráticos?

Por ahí vamos mal.

La existencia de un sistema jurídico participativo, al que estén integrados de modo legítimo las grandes mayorías nacionales, no puede quedar supeditado al nivel de renta que ellas, eventualmente, disfruten en el futuro.

Aunque haya gente que así no lo crea, la preocupación por el ejercicio de la soberanía y la suerte del bien común nacionales no son privilegio de los adinerados, ni nacen como un subproducto del standard de vida, la condición social o la "cultura". La gente no ama su libertad en proporción a la plata o la educación que tenga, ni aprecia su dignidad como persona por mero efecto del confort. El sentido de la responsabilidad cívica y el anhelo de participación comunitaria no están reducidos a los que mastican "petit bouchés" y aceitunas. ¡Ni siquiera se aprende comiéndolos! Muy por el contrario, brotan por lo común de una insuficiencia, muchas veces palpada y vivida, más que vista por la ventana, y de la consecuente búsqueda de equidad cuando se la estima insuficiente.

Tampoco puede achacarse la descomposición que sufrió el gran régimen portaliano al influjo desgastador de las "masas", o al sufragio preponderante de los menos desarrollados social, económica y culturalmente. La indubitable causa de ese cáncer está nítida en el progresivo pudrimiento de la "élite". Los pueblos se conducen y llegan a ser igualitos, calcos, caricaturas (siempre morigeradas) de lo que son o llegan a ser sus capas dirigentes. ¡Nunca al revés! Pensar lo contrario es calumnioso para la estupenda calidad que aún los pue-

blos más pobres, más míseros, son capaces de testimoniar cuando se les da buen ejemplo y firme conducción.

¡A Portales le consta!

Más que eso, pensar así es suicida, puesto que implica renegar de la aptitud de redención que tiene toda persona humana, y renegar, a la vez, de las soberbias virtudes evidenciadas por el pueblo chileno en los momentos realmente creadores de su historia.

Si nos podríamos, si hemos decaído, si la democracia entre nosotros llegó a ser parodia y el ejercicio del poder una cuestión circense, si el partidismo se convirtió en ponzoña y la demagogia en pus, no es culpa de las "masas", ni del electorado, ni de las mayorías silenciosas del pueblo chileno. Es responsabilidad de las capas dirigentes civiles de este país, cuyo standard de vida, cuya condición de privilegio social y cuya educación estuvo siempre bastante por encima de lo que tenía derecho a pretender (y acaso de sus merecimientos) y por cuya conducta desertora de su rol conductor, las grandes mayorías silenciosas sintieron en los últimos decenios una instintiva y creciente repulsión.

Fue, precisamente, al faltar las capas dirigentes civiles a este rol conductor, al renegar de él en términos de extrema insolvencia, que las Fuerzas Armadas se vieron en el imperativo de asumir una tarea ingrata y que les era extraña.

Así, pues, para que construyamos una nueva institucionalidad como la que Chile se merece, sería, eficaz, moralmente justa, sin prejuicios oligárquicos ni paternalismos ilustrados con monitos, las que tienen que mejorar su nivel de responsabilidad moral no son las "masas", sino las capas dirigentes de la civilidad, llamadas a orientar, inspirar, dar el ejemplo y conducir a esas masas. ¡Y aquí no hay tu tía! O es así, o simplemente no será.

Este es el cuesco de la breva. Chile le está pidiendo a las capas dirigentes civiles un ejemplo y una orientación. Al cierre de este año 1979, es hora de que empiecen a dársela. Pero es hora, también, que esa orientación no se dilate con argumentaciones difusas ni elusivas.

¡Las cuentas claras y el chocolate, espeso!

25.12.79

RECOGIENDO CAÑUELA

En la polémica respecto al futuro camino político de Chile se ha dado un gran paso esclarecedor. Con las explicaciones dadas a don Claudio Orrego, sabemos ahora que su contradiCTOR rechaza de plano la tesis marxista del determinismo histórico. Queda en claro que "la realidad económico-social no

determina las estructuras políticas” y que “la libertad económica no asegura por sí sola la libertad política”. A ambas sólo “las condiciona fuertemente”.

Nunca dudamos que así fuese; pero es grato oírlo decir. El manejo vehemente de los hechos y de las ideas, permite deslizarse a veces hacia compromisos indeseados con el materialismo marxista, cuya perversión teórica tiene una notable aptitud para infiltrarse aún en las cabezas que le son más opuestas.

Sin embargo, en el trasfondo de la argumentación que se ha dado hay algo que me sigue no gustando. Es esa convicción de que el desarrollo económico, social y cultural “condiciona fuertemente” la libertad política y constituye requisito “sine qua non” para la madurez cívica del pueblo y la “democracia estable de masas”, como si la cultura, el bienestar y el mayor rango social inmunizara contra el marxismo revolucionario, lo que —quírase o no— reduce la convicción y la conciencia cívica a un problema de “status”.

Ya en la década del 30, Henry de Mann llamaba la atención sobre el hecho de que la vanguardia de la revolución marxista no se reclutaba en el “proletariado” ni respondía para nada al concepto de lucha de clases. Muy por el contrario, provenían casi sin excepción de estratos sociales y culturales elevados, elitistas, de la alta burguesía e, incluso, de la aristocracia. Tanto así, que en su inmensa mayoría podían ser clasificados como “tránsfugas de clase”, aplicando un criterio marxista. En cambio, como ya lo había reconocido Marx, los estratos de más pospuesto desarrollo económico, cultural y social relativo resultaban, a la inversa, notoriamente poco permeables para el marxismo revolucionario, como sucede, por ejemplo, con las capas sociales del campesinado.

Desde entonces, el paso de los años no ha hecho más que acentuar esa constatación. La permeabilidad más alta al marxismo revolucionario se da en los estratos intelectuales, universitarios y en segmentos de la alta burguesía hastiados por el ocio. De no ser por ello, por su deserción, no prendería en las masas.

Suponer entonces que mejores niveles de desarrollo económico, social y cultural eliminan o disminuyen su riesgo, evidencia una visión distorsionada del marxismo revolucionario, de su real naturaleza y, peor que eso, indica una peligrosa intoxicación de determinismo materialista.

Elevar los niveles de desarrollo económico, social y cultural de la gran masa es un imperativo irrenunciable de justicia, lo demanda terminantemente la equidad. Y lo demanda cada día con mayor urgencia.

Pero eso es otro cuento. Nada tiene que ver con la solidez institucional de una nación ni representa una garantía contra el marxismo revolucionario.

El marxismo revolucionario es una explotación sistemática y perversa de las contradicciones propias a toda sociedad, cualesquiera que sea el nivel relativo de progreso por ella alcanzado. De otro modo no se explica la existencia

de Brigadas Rojas en Italia, o de grupos terroristas poderosos en Japón o Alemania Occidental. Las “jornadas de mayo” en Francia estuvieron a pelo de colapsar una nación con niveles de desarrollo enormemente mayores que la nuestra; en cambio, el “Ché Guevara” fracasó en su intento de movilizar las masas paupérrimas del campesinado indígena boliviano.

En fin, parece casi tonto glosar procesos históricos ya tan trillados por la crítica y obvios para cualquier estudioso, por poco versado que sea.

Citar a Alemania e Italia como países maduros, de alta cultura democrática en comparación con Chile, y que de las ruinas y miserias de la post-guerra construyeron una “democracia estable de masas”, resulta hasta chistoso si se considera que ambas, en 1929 y 1933, eligieron por aplastantes mayorías “democráticas” el nacional-socialismo y el fascismo. Ambas naciones lo hicieron, precisamente, porque el desgaste de sus capas dirigentes burguesas, corroídas hasta el hueso por el marxismo revolucionario, a la vez que por una desatada frivolidad de “consumismo”, no estaban en condiciones de sostenerse un día más.

El marxismo revolucionario no es producto de un desarrollo económico, social y cultural insuficiente, sino de la crisis y las contradicciones que el desarrollo trae consigo, sobre todo cuando se logra a un costo social desmesurado o cuando se cuida más de dar televisores y botellas de whisky que dar conciencia cívica y moral.

El marxismo revolucionario no es tampoco un fenómeno natural, espontáneo. Es, desde hace ya 50 años o más, el instrumento militar en la guerra por la dominación mundial desatada por el imperialismo soviético. Ni el más ingenuo puede pensar que los potentísimos, casi inexpugnables grupos terroristas revolucionarios son de generación espontánea o fruto del subdesarrollo. Para nadie es un misterio que sus inmensos recursos, sus sofisticados equipos técnicos, sus armas, su entrenamiento llevado al virtuosismo en la bomba y el asesinato, la huelga política o la obstrucción parlamentaria, el uso del púlpito o la metralleta, son el resultado de una escuela que cuenta en el mundo con una red de estupendos centros de capacitación.

El humanismo cristiano, más que eso, todo lo que puede representar la concepción del hombre y la sociedad para el espíritu de occidente, está enfrentado a una guerra total, incesante, sin fronteras. ¿Habrà que subrayarlo una vez más?

El conflicto con el marxismo revolucionario es un conflicto moral, del cual ningún nivel de desarrollo se verá libre “per se”. Aún la sociedad más culta, la más rica, la socialmente más refinada, si sus capas dirigentes se corrompen o debilitan moralmente, si admiten o hacen la vista gorda a las contradicciones en el plano moral, de justicia o equidad, será pasto de la revolución marxista.

Por el contrario, podrá ser muy mínimo el nivel de bienestar económico, social y cultural de un pueblo; pero, si mantiene los rangos morales de justicia

y equidad en su seno, el comunismo no le hará mella.

Ver las cosas de otro modo es anestesiar la conciencia cívica del pueblo mismo. Verlas de otro modo contribuye a excusar la pervivencia de contradicciones funestas en el desarrollo y que repugnan a la justicia y la equidad. Verlas de otro modo es hacerle el juego al marxismo revolucionario y corroer la capacidad natural de resistencia que hay en lo hondo de cada ciudadano, con el espejismo de un anhelado confort. Es, también, como lo he dicho antes, menospreciar la estupenda calidad y las extraordinarias reservas vitales que todo pueblo tiene por mísero que sea.

Esto es lo que no me gusta de la argumentación citada. Esto es también lo que esa tesis aún no ha contestado.

19.2.80

PRUEBAS AL CANTO

No hace mucho se nos mostraba a Italia, desde aquí, como uno de esos países políticamente maduros, cuyo alto nivel de desarrollo económico, cultural y social lo declaraba apto para una democracia de masas. Una democracia que se nos describía como digna de ser defendida, puesto que era capaz de ofrecer standards de satisfacción al alcance de cualquiera y, por lo tanto, que nadie tendría interés en destruir o socavar. En suma, una democracia estable.

Sin embargo, la más poderosa y "madura" colectividad política italiana, el Partido Demócrata Cristiano, parece empeñada, desde allá, en dar al traste con tan seductora tesis.

Nadie podría arguir con viso de seriedad, que los delegados al Congreso Nacional de la D.C. italiana, que se reunió la semana pasada para definir su estrategia para 1980, no gozan de los beneficios de la cultura, la educación y el bastante más prosaico pero no menos atractivo buen vivir. Por poco que sepamos de ellos, podemos aveturar que todos los delegados a ese simposium sobrepasan holgadamente nuestra media de ingresos y de "dolce vita". En cuanto a sus figuras más destacadas, como el ex Premier Giulio Andreotti, o el Secretario General saliente, Benigno Zaccagnini, es fácil suponer que, mucho más que eso, integran aquel mundo de la "gente linda" que aquí, en América Latina, sólo vemos en el cine o la TV, por mucho que nos predispongamos a imitarlos con provincianos "regine".

No obstante, ese partido, del cual depende por muy lejos la suerte de Italia entera (y tal vez la de Europa) se ha mostrado incapaz de defender el Alfa Romeo, la "villa", el abundoso plato fiscal que hoy disfruta y aún la posibilidad de dejarse coimear de nuevo por las empresas transnacionales, para divi-

dirse casi exactamente por la mitad, como un vulgar partidito caribeño subdesarrollado, al poner simplemente en tabla la prolongación de su amorío-contubernio o su divorcio con el Partido Comunista.

Y uno se pregunta ¿por qué será que siempre, invariablemente, con bienestar o sin bienestar, con cultura o sin cultura, con madurez o sin ella, son los partidos democráticos los que se dividen, los que se pulverizan, los que se rajan en fracciones y no le ocurre nunca este estropicio al Partido Comunista con quien ellos conviven y se amanceban?

¿Qué es lo que les hace arriesgar el Alfa Romeo y la "villa", la "dolce vita" y la tarjeta de crédito en este juego suicida?

Mientras los soviéticos avasallan Afganistán y sus cruceros portamísiles rondan el Golfo Pérsico; mientras sus naves de guerra se pasean insolentes y ominosas por el ayer "mare nostrum"; mientras los brigadistas rojos les tirotean las rodillas a sus periodistas y dirigentes locales, dinamitan sus sedes y asesinan por decenas a sus más conspicuos correligionarios, casi la mitad de los delegados al Congreso DC, para ser precisos: el 42,30/o de ellos, sigue pensando, sigue deseando, sigue creyendo que al Partido Comunista hay que darle una nueva oportunidad, que hay que convivir con él, que es un aliado insustituible y que en ese amor-contubernio está la buena suerte de Italia, la buena suerte de Europa y su propia, personal buena suerte, incluyendo el Alfa Romeo, la "villa" y la "dolce vita".

Hay una incurable tentación, una seducción imposible de refrenar, una impotencia hormonal que arrastra a estos sonámbulos hacia el paredón.

Ya dijimos que ni el más exquisito confort, la más refinada educación política curan de esta dolencia en que recae una y otra vez el alma desgastada de la democracia partidista, su honda, casi irremediable fatiga vital. En este Congreso es como si el 42,30/o de la D.C. italiana le estuviera diciendo al mundo y a Italia: "Quiero morir". Tedio, cansancio, frivolidad, desesperanza, el vértigo de un vacío donde las ideas (¡los ideales!) se han convertido en cáscara y ceniza. Un vacío donde las convicciones doctrinarias se han convertido en consignas y la fe en slogans... o acomodados.

Comprar un poquitito de supervivencia, un precario seguro, un resto de prolongación. "Tal vez a mí no me baleen mas que en las piernas; tal vez a mí me acepten cuando triunfen. Yo no los he atacado. Tal vez podamos seguir tirando; al menos, yo". Esto es lo que nos dice ese 42,30/o.

Muchas veces al contemplar como una avispa depreda despiadada el nido de una gran araña tropical, me he preguntado qué misterioso mecanismo biológico hace que el monstruo peludo, más grande que una mano, agresivo y feroz hasta con sus congéneres, se entregue a la total indefensión ante el bichito alado que la parasita. Del mismo modo me pregunto de dónde proviene esta ceguera, esta incapacidad de defensa ante el parásito comunista que

muestran aún los más grandes monstruos del partidismo político de nuestro tiempo.

Cuando escucho, entonces, sostener con amnesia y desubicación que aquí, en nuestro Chile, la gran garantía del futuro descansa sobre el partidismo político, sobre su retorno promisor, me parece sentir que los síntomas de una antigua fiebre nos están volviendo.

Italia es un ejemplo. Sí, un ejemplo que no debemos seguir. La democracia enferma que nos muestra como modelo, no es estable ni es de masas, no es más que la prueba al canto de cuánto y cuán hondo pueden descomponerse las "élites".

1º.3.80

UN VUELCO DE CAMPANA

El triunfo de Francois Mitterrand en la segunda vuelta de las elecciones francesas, aunque estrecho, da motivo a muy serias reflexiones. Queda en evidencia una vez más que el desarrollo o la prosperidad no son por sí mismos suficientes para garantizar una supuesta "inmunidad" contra el socialismo.

Basta leer la plataforma programática con que Mitterrand ha llegado al poder en Francia, para convencerse que la mayoría de sus compatriotas se ha inclinado voluntaria y consecuentemente por una vía de socialización en que están envueltas las compañías de seguros, la siderurgia, los bancos, los nueve principales grupos industriales de ese país y una serie de medidas de similar carácter. Hay, sin duda, otras razones que mueven a los pueblos, más allá de sus apetencias y conductas frente al mercado.

Sería ingenuo restar trascendencia a esta elección que cambia sustancialmente el mapa de Europa y evoca, en cierto modo, el triunfo del Frente Popular en mayo de 1936, donde la crisis actual española rememora igualmente un ominoso pasado.

La suerte de la OTAN, el incierto destino de Italia y la en extremo delicada situación polaca (otro recuerdo histórico imborrable) quedan en vilo tras estos resultados de la elección francesa.

Europa, que desde hace años viene retrayéndose más y más de los riesgos de una confrontación, en la que sería un espantoso campo de batalla, parece empeñada en eludir a cualquier costo ese destino.

Se ha insistido con obstinación aquí que la madurez de nuestra democracia y la estabilidad de nuestras instituciones depende sólo del éxito de la política económica y que bastará con que Chile alcance los niveles de vida de las naciones desarrolladas para que los fantasmas del pasado dejen de penarnos. Más de una vez se han citado los casos de Alemania y Francia como un ejem-

plo que debemos emular. Ha sido inútil representar a estos profetas de la "libre economía" la evidente incongruencia histórica de su confianza y el riesgo que siempre importa descansar sólo en la prosperidad como pilar de las libertades ciudadanas.

Yo me pregunto ¿qué tendrán que decirnos ahora esos profetas? ¿Nos dirán acaso que Chile no es Francia? ¿Nos asegurarán que allá no se aplicó con todo su rigor la ortodoxia del libre mercado? ¿Nos señalarán que la prosperidad no llegó al nivel suficiente?

Siempre podrá esgrimirse un matiz de diferencia, siempre habrá un "emperado" al cual echarle la culpa. Pero los hechos son tenaces, porfían contra las teorías y, a veces, las demoronan. Lo cierto es que la derecha francesa no ha sido capaz de resistir el envión de los tiempos. Los "diamantes" de Valéry Giscard d'Estaing no han sido eternos. Y no podían serlo.

No es la fría voz de las cifras, de las estadísticas y de los indicadores numéricos la que guía a los pueblos. Lo que los guía es su instinto frente a las amenazas del destino y la confianza que pueden depositar en la capacidad moral de sus dirigentes. Cuando esto falla, todo lo demás falla y se produce el vuelco de campana. En la búsqueda de una alternativa, los pueblos no vacilan en ensayar otras soluciones, tal vez equivocadas, pero al menos prometedoras.

La elección francesa constituye una advertencia que no podemos desoir. Hay a la distancia, en nuestro futuro, una decisión pendiente, que dependerá de la voluntad de la ciudadanía. Su suerte puede llegar a ser muy precaria si, como esos profetas, nos confiamos sólo en la prosperidad y el éxito económico para darle sustentación. Por muy grandes que ambos sean, de nada nos valdrán si no se apoyan en una convicción moral y en un espíritu comunitario que vea al país como tarea

12.5.81

LA CONJURA INMOVILISTA

Dase el nombre de "inmovilista" a una corriente o sector que, como el cuco, hasta ahora nadie ha visto, pero que muchos se empeñan en denunciar como la piedra entrabadora que detiene el progreso hacia una nueva institucionalidad. De otorgarse crédito a estas denuncias, habría "gentes" (hasta el minuto nadie ha dado nombres) a quienes se syndica como interesados en perpetuar la inmovilidad.

Uno habla con éste o aquél, escucha al de más allá, lee al siguiente, escarmenta entre los más fanáticos opositores o partidarios del régimen, y en ninguna parte percibe el menor atisbo de conjura inmovilista. ¡Misterio! El fantas-

món inmovilista no aparece.

Tal vez sea tiempo de interrogarse si este animal quimérico realmente existe, o si con él estamos designando un fenómeno diferente, y aún, quizá, encubriendo con él una específica impotencia.

Para decirlo de un chopazo, a más de seis años del 11 de septiembre, no creo que nadie con dos dedos de frente pueda ser inmovilista "per se". No creo que nadie pueda ser tan iluso para sostener o desear que la institucionalidad de la República de Chile quede congelada tal cual está. Aún para aquel mezquino logrero que más pudiera haberse beneficiado personalmente en este período (y para ello tiene que haber sido hartito vivino, hartito sin escrúpulos) ha de resultar patente el imperativo de progresar hacia una institucionalidad formal, cualquiera que ella sea. Si esto no se lo señala su viveza, se lo mostrará precisamente su falta de escrúpulos. Al pan, pan y al vino, vino: El que no vea el inmovilismo como un gravísimo defecto, lo verá al menos como un pésimo negocio.

¿De dónde, entonces, esta oscura conspiración que se denuncia? ¿A qué este afán de establecer clasificaciones entre "aperturistas", "gradualistas", "progresistas" e "inmovilistas", donde quién más quién menos se sitúa siempre entre los que se mueven, se abren o aspiran al movimiento?

Habría que tomar el rábano por donde habitualmente se usa.

El régimen, y específicamente el Jefe del Estado, han sido no sólo tajantemente claros desde el primer momento, sino reiterativamente explícitos en su decisión de construir una nueva institucionalidad democrática. Por tanto, para sus partidarios, la cuestión no está en si el régimen debe o no debe quedarse inmóvil. La cuestión no está siquiera en qué instancias de gradualidad deben imprimir su evolución, asunto que si bien es importante, es también adjetivo, meramente procesal. La cuestión de fondo es concretar de modo coherente, realista y orgánico hacia dónde pensamos que debe ir.

Es claro que si entre sus partidarios (y sobre todo entre sus partidarios influyentes) no hay una mínima comunión de criterios al respecto y, peor que eso, no hay precisiones (aunque sean divergentes) sino aspiraciones difusas, elusivas, cuajadas de reservas mentales y cateos de laucha, es muy plausible que esta carencia de unidad, de precisión y de sinceridad termine por adquirir un efecto entrabador y hasta paralizador sobre su marcha. Y digo sobre su marcha, porque el régimen jamás ha estado inmóvil. Muy por el contrario, desde el 11 de septiembre mismo ha habido un proceso sostenido de condicionamiento y acentuación positiva hacia una nueva institucionalidad, sin plazos pero con metas nítidas.

El inmovilismo viene a ser entonces un producto excretado por aquellos partidarios del régimen que no saben ni siquiera en su fuero íntimo para dónde realmente quieren que vaya, o que, sabiéndolo, no quieren hacer público su verdadero anhelo, o se niegan a aceptar las conclusiones lógicas a dón-

de conduce su deseo.

Un producto excretado, además, por aquellos de sus partidarios a quienes les espanta que avance hacia una institucionalidad de veras nueva, "en forma", arraigada con autenticidad en el alma del pueblo de Chile y que, por eso mismo, preferirían congelar ¡ya ahora!— ese avance mediante una máscara constitucional de construcción casera. Una máscara que inmovilice todo eventual arraigo innovador en la sustancia de la civilidad y sus mayorías silenciosas. Lo que se muestra entonces como una apertura gradual es una simple vuelta atrás o, si se quiere, un retroceso gradual al pasado.

La obra que es necesario imaginar y construir tiene tal magnitud, tal trascendencia y tal complejidad que no puede pretenderse que el régimen de las FF.AA. la logre parir de sí sin el concurso de la mayoría ciudadana, de su inteligencia creadora, de su cordura, de su participación en la tarea. Será la obra de las FF.AA. pero la haremos entre todos. Necesariamente ha de haber una confluencia, un flujo y reflujo de análisis y crítica, de búsqueda de soluciones atinadas y no sectarias, en que los sectores partidarios del régimen puedan desempeñar un rol esclarecedor.

Los grandes lineamientos de esa meta han sido señalados por el Gobierno en términos unívocos. ¡No hay dónde perderse! Es en el aterrizaje instrumental, técnico de esos lineamientos donde el aporte de los diversos sectores de sus partidarios puede ser iluminador al precisar sus proyecciones.

La nueva institucionalidad no es una mera Constitución de 1925 amononada con maquillaje y postizos. Es mucho más que eso. Tiene que ser algo vivo, cuyas estructuras no sólo reflejen con fidelidad las fuerzas germinadoras de la comunidad nacional, sino que arraiguen vitalmente en ellas y les abran canales de participación e integración sin intermediarios falaces ni ficciones formalistas.

Nadie va a sujetar al régimen en la inmovilidad. Nadie puede contener el impulso reverdecedor que en él palpita. Este no ha sido un interregno para volver atrás. El pasado no retorna. Lo que vamos a disputar sañudamente es la dirección que algunos quieren imprimirle o el empeño por congelar artificialmente la evolución prometedora que el 11 de septiembre le dejó marcada.

15.1.80

LA IMAGEN EN EL ESPEJO

Sorprende constatar a veces el parecido que llegan a tener posiciones en apariencia muy opuestas. Tesis y antítesis, de tanto entrenchocar y de tanto frotarse mutuamente, terminan por tener la misma cara, un irremediable aire

de familia.

Es lo que en cierto modo ocurre con algunas posiciones respecto del futuro constitucional.

Si examinamos a fondo la esencia del pensamiento político que inspira al grupo llamado de los 24 Juristas y se compara con el sustentado por quienes han querido llamarse últimamente “gradualistas”, sus posturas en contra y en pro del actual régimen o sus distintas maneras de condenar o encomiar el actual modelo económico, no alcanzan a excusar el parecido. Diríase que las separa una cuestión de mera táctica y lenguaje, de tiempo y de gradualidad.

En efecto, para ambos la clave de la institucionalidad radica en el retorno del régimen de partidos en gloria y majestad, como exclusivos generadores y administradores del poder y como únicos intermediarios válidos de la soberanía.

Para ambos, los partidos lo son todo. El alma, la sustancia, el agua y la sal de la nueva institucionalidad. Del “gremialismo”, otrora llevado como un decorativo nombre, no queda más que el romántico recuerdo. Toda otra vía de representación es execrada como fascista y despreciada como ilusoria. ¡Cómo nos cambia la vida!

Que esto excluya o no a los partidos de inspiración marxista revolucionaria es cosa de matiz y casi se diría renunciable por ambas partes. Matiz, porque si se otorga a los partidos el dominio total en la generación del Parlamento y en la del Ejecutivo, se les está otorgando también de nuevo la totalidad del Poder Constituyente. Luego, es ovio que cualquier disposición que excluya a los partidos totalitarios hoy, podrá ser modificada mañana mismo, al dictado de las conveniencias electorales y demagógicas tan propias de todos los partidos. Matiz, porque aún si así no fuera, siendo los partidos dueños y señores del Poder, les será muy fácil hacer la vista gorda y dejar esa exclusión como mera letra muerta de la ley. Habrá siempre una lonja suculenta de electorado potencialmente marxista en la mira ávida de los candidatos a senadores, a diputados, a regidores y de los “presidenciables” y bien sabemos lo que puede esa zanañoria cuando se trata de ablandar el corazoncito voluble de los candidatos. No hace mucho oímos a uno que decía: “No habrá candidatura Tomic sin Unidad Popular”, tendiendo, por si las moscas, el platillo.

Matiz, finalmente, porque bien sabemos que las ideologías y los programas doctrinarios de los partidos son maleables, elásticos, estirables y latigados en manos de sus próceres, conformando un todo continuo, donde caben las más pasmosas y extravagantes alianzas. Que yo recuerde no hay ningún partido que no haya ido unido al comunismo por lo menos en una elección. No se ve por qué no podrían volver a hacerlo en el futuro. Está en su maña.

En suma, diríase que lo que separa ambas posiciones es una especie de Ley de Defensa de la Democracia maquillada, frágil telaraña que la derecha estimó —y tal vez siga estimando— como un seguro contra incendio. ¡Dios la guarde!

¿El resto? Que si la Constitución debe comprometerse o no con un modelo económico; que si el Banco Central será absolutamente autónomo o no ante el Jefe del Estado; que si la elección presidencial será en una o dos vueltas; que si habrá algunos senadores decorativos, designados como curiosidad, o no; etc. son pelos de la cola. Si los partidos van a ser los dueños absolutos del Poder Constituyente mañana, bien poco importan todas estas cosas hoy. ¡Ya las cambiarán según dicten sus conveniencias y necesidades electoreras! Con muchísima mayor razón si la Carta Fundamental se aprueba y se redacta sin haberles consultado. Ya eso solo les dará buen argumento para modificarla.

Es como si se dictara una ley estableciendo: “Queda prohibido desde hoy a los conejos comer lechugas”.

Y se le agregara, además, el siguiente inciso: “Cualquier modificación ulterior a esta ley será de la exclusiva determinación de los conejos”.

Hay, pues, una simetría esencial en que convergen, como en un espejo, ambas posiciones. Lo demás es transable, materia de negociación, de tira y afloja, y de darle tiempo al tiempo.

Contra el tiempo, previsible en su perspectiva, la tesis gradualista intenta erigir una sola barrera. La barrera del dinero. Una barrera constituida por un ingreso per cápita que sea dos, tres veces superior al actual. Y hay en esto también una mentalidad gemela de su antítesis, que nace de la misma raíz conceptual que la aberración marxista a la que con tanto furor se opone.

En efecto, para el marxismo la clave de la evolución histórica está en lo económico, en las formas y estructuras que adopta la economía. El resto es superestructura deterministamente regida por la economía. Es ésta la que determina la institucionalidad política. Con igual confianza fatal su contradictor cree que el modelo económico y su éxito bastan para determinar nuestro futuro institucional y garantizarlo. ¡Por algo se ha dicho que Marx es el hijo putativo del liberalismo!

Gemelos, convergentes, estos dos pensamientos tan opuestos no comprenden que la libertad del hombre y su destino son una aventura del espíritu, siempre en peligro, siempre en desafío, más allá de cualquier nivel de progreso, bienestar o confort, y que sus únicas garantías son la fuerza moral y el rigor de la conducta como ejemplos.

29.1.80

EL PUEBLO CHILENO: VERDE, MADURO O PASMADO

Una vez más vemos negar con desparpajo la madurez política de la ciudadanía. Una vez más se achaca a su incultura cívica la responsabilidad del proceso de descomposición y decadencia que se ha cebado con el país durante largo tiempo.

La imputación es grave y tiene implicancias que aún al menos perspicaz saltan a la vista. Habrá que recoger el guante.

Si no es serio generalizar sobre la madurez del pueblo chileno, muchísimo menos serio todavía es generalizar sobre su inmadurez. No es ni serio ni honesto. Semejante tesis no resiste la más elemental confrontación histórica y, en el caso de quienes la sustentan, no posee siquiera la excusa de una ignorancia que tendría que ser supina respecto de nuestra historia patria. De consiguiente, sólo cabe explicarla por el ansia de escamotear y emboscar a los reales culpables de esa descomposición y cargarla a cuenta ajena, arrojándola sobre los hombros del país entero y sobre la cara de su pueblo.

¡Hagamos memoria!

Los negros decenios que van entre 1891 y 1920, que se suponen como de escasa participación electoral de la multitud, conforman uno de los periodos más estériles, ramplones y frívolos de nuestra evolución republicana. ¿Cómo explicar entonces, a la luz de esa tesis, el desenfreno parlamentarista y la condenable rotativa ministerial que los llena? Que justifique alguien, si se atreve, que defienda alguien, si se atreve, esos decenios de postración y liviandad cadauca, síntesis de cuán despreciable se puede hacer una "élite" cuando se transforma en oligarquía. ¿Fueron culpa del pueblo? ¿De su inmadurez?

Muy por contrario, precisamente con la incorporación paulatina de las grandes masas electorales, en 1920, brota del seno del pueblo, de su exasperación, una marejada instintiva, vehemente, para dar su empujón brutal a un sistema que no merecía sostenerse un minuto más. Son las mayorías independientes, silenciosas, las que lo sepultan por fin, y lo hacen contra el poder aplastante de la prensa de la época, contra la descarada intervención oficial, contra la coalición virtual de todos los partidos, contra la "voz de las cifras" y contra el influjo pervertidor del cohecho derramado a manos llenas.

Es precisamente el instinto político de la ciudadanía, su natural madurez la que la hace desoír el farrago de la propaganda y la seducción del dinero, para arrasarse incontinentemente, en esa fecha, no con la inmadurez, sino con la sobremadurez agusanada de sus capas dirigentes políticas, que se habían mostrado hasta la saciedad absolutamente incapaces de imaginar soluciones eficaces para satisfacer el imperativo de modernización y cambios.

En 1920, la madurez política de la ciudadanía, del pueblo chileno, trató de abrir una ventana, como trató de hacerlo en 1938 y en 1952. Si esa ventana

no se abrió o se abrió sólo a medias, no es su culpa.

No es la ciudadanía la que ha estado saltando cada seis años de una fórmula a su contraria. No es el pueblo el que ha empujado a ese loco vaivén de programas y a ese remate de promesas a cual más insensata. No son el electorado ni las mayorías silenciosas las que no saben lo que quieren. Si no han escogido más que entre variantes distintas de suicidio es porque no se les ha ofrecido otra cosa que alternativas suicidas entre las cuales optar.

Es más, las mayorías silenciosas, a pesar de su desaliento y su prolongada orfandad de conducción, aún tuvieron fuerzas para imponer una esperanza contra los cálculos electoreros y las combinaciones partidistas en dos de las más recientes elecciones presidenciales.

En 1952, esas mayorías dieron la espalda a sus presuntos intérpretes y mentores, los partidos, e hicieron tabla rasa con la influencia del cohecho para apoyar un nombre que les brotaba del corazón. El nombre del General Ibáñez. Su símbolo fue una "escoba" y habla por sí mismo. Ibáñez era la escoba que iba a barrer con la demagogia y la politiquería. La gran masa ciudadana lo eligió por duro, por autoritario, contra el poder venal del dinero, la presión de la prensa y el encono cerrado de todos los grupos políticos.

En 1958, esas mismas mayorías ciudadanas eligieron a don Jorge Alessandri, el "Paleta", el "Firmeza", buscando una vez más atajar el avance incontenible ya de la demagogia, el aventurerismo y la politiquería. Lo eligieron por recio, por enérgico, por independiente. Habría que ser muy fresco para sostener que Ibáñez o Jorge Alessandri fueron demagogos, agitadores de masas, vendedores de ilusiones, o que el origen de su mandato brota de la inmadurez del pueblo chileno. ¡No! El instinto maduro de las grandes mayorías los buscó y los impuso, muy a pesar de los políticos, precisamente en un empeño por erradicar la corrupción y contener nuestra rodada cuesta abajo. Si esas dos "esperanzas" se frustraron no fue culpa de la ciudadanía, del pueblo, sino de la fronda politiquera.

Hay que decirlo de una vez: El pueblo ha tenido que esperar hasta el 11 de septiembre para ver realizado por obra de las F.F.AA. lo que aquellos dos gobernantes no pudieron hacer y que el alma nacional pedía a gritos imperativamente.

No es culpa de la ciudadanía que la "Revolución en Libertad" haya resultado un fraude y la "Vía Pacífica hacia el Socialismo" una astracanada circense. ¡No! Y la prueba de la madurez ciudadana es que le bastó muy poco tiempo para juzgarlas y condenarlas. Si este fuera un pueblo inmaduro o venal, Tomic habría sido Presidente en 1970.

Echarle la culpa a la ciudadanía, a su inmadurez, es echarle la culpa al empedrado. El pueblo sabe lo que quiere, y por eso, si mañana hubiera una elección presidencial a nadie le cabe duda (ni a su más enconado contradictor) que el General Pinochet sería elegido por una abrumadora votación. Esa es la

verdad. Pero la cuestión es otra. La cuestión es encontrar una fórmula jurídica juiciosa y eficaz para transformar este interregno militar fecundo en un sistema democrático perdurable, que releve a las FF.AA. de esta tarea, brinde a la ciudadanía canales de participación veraz y permita el germinar de capas dirigentes civiles responsables, comprometidas con ese deber de servicio público portaliano del que vienen desertando y renegando desde hace ya tantos decenios.

Ni verde ni pasmado, esto es lo que el pueblo, la gran mayoría ciudadana espera. Esto es lo que hay que darle, o será una vez más estafada.

4.2.80

STRIPTEASE A PLENA ORQUESTA

Vestir y desnudar las noticias, cuando se las comenta o se las analiza, es algo que puede hacerse sea con deportivo desenfado sin tapujos, sea con modestia cargada al circunloquio. Lo que importa es que en este ejercicio profesional los hechos queden a la vista del público tal como son, ya velados por el pudor de la cautela (hojas de parra más, hojas de parra menos), ya ventilados a la cruda intemperie.

El público es el llamado a juzgar.

Hay quienes, no obstante, en el virtuosismo de su interpretación, recurren a una especie de intencionado "striptease", donde el juego de luces y sombras, el desvaído o recargado de las tintas, hacen al lector sospechar presas psicalípticas en la anatomía de acontecimientos que en verdad no las tienen, o le prometen descubrir, a medias, curvas pudendas donde no las hay, y que, por eso mismo, nunca se le muestran del todo. Las sugerencias asoman, se insinúan, se tapan, vuelven a mostrarse y "naca la pirisnaca". La cosa es que el público quede "metido". La cosa es que el público crea ver que "hay" donde no "hay".

Para el lector fogueado, sagaz, el espectáculo de la noticia así amañada, a más de defraudador, resulta desagradable y —por qué no decirlo— hasta un tanto pornográfico.

Sucede, a veces, con los editoriales. También sucede, a veces, con las entrevistas. Ha sucedido en forma muy notoria con los comentarios a la renuncia de don Hernán Cubillos.

Con razón los italianos dicen: "traduttore = traditore".

Sostener que a raíz de esta renuncia "la línea política (del Régimen) ha cambiado" y que "estamos en otra parte"; hablar de "duros que cantan victoria" y que "han inducido" esta renuncia; ligar dicho incidente con la línea

económica del Gobierno y mostrarla como gravemente amenazada; conjurar el fantasma del “fascismo” y echar a rodar otra vez el nombre del general (R) Contreras, que no tiene pito que tocar en este asunto; vincular lo sucedido al cambio el año anterior del señor Ministro de Educación o con el “Plan Chacarillas”; en suma, mostrar que el cielo se viene abajo por un cambio en la cartera de Relaciones Exteriores, inevitable tras el brutal desaire por ella sufrido, no sólo es desproporcionado y poco serio, es simplemente ridículo.

¿A quién en Chile se piensa engañar con ésto?

El país sabe, señores “estriptiseros”, que el Jefe del Estado ejerce hoy con plenitud —y así lo hará mañana y siempre— su alta misión de árbitro rector en los destinos nacionales y, por supuesto, en la designación de sus Ministros. Al país le consta que el General Pinochet no es un títere manejado por partidos, facciones o grupúsculos. ¡Ni lo será nunca por mucho empeño que algunos le pongan! ¡El Gabinete no tiene dueños!

Sabe el país que, por fortuna, no estamos todavía en un régimen de partidos, donde el cambio de cualquier alto funcionario implique necesariamente un cambio de políticas, o el Gobierno tenga que tomar primero el parecer a sus conmitones antes de removerlo. Estamos aún en un régimen presidencial, donde el trazado de las políticas corresponde al Presidente, y el éxito o el fracaso de su implementación técnica recae sobre los Secretarios de Estado llamados a velar por ellas y ejecutarlas bien, porque ése es precisamente su rol, y no otro.

El país sabe, señores “estriptiseros”, que aquí no ha cambiado nada; ministro más, ministro menos. Estamos en el rumbo de siempre: en un rumbo que no es otro que aquel fijado por el régimen de las FF.AA., y que significa crear la grandeza de Chile a la vez que darle una nueva institucionalidad, sin distinción de “blandos” o de “duros”. Sin mirarle la cara a ésta o aquella fronda de tertulia.

El país conoce los méritos del Ministro saliente y, sin duda, deplora el rudo tropiezo que puso término a su gestión. Pero el país comprende también que, tras lo ocurrido, su permanencia en el cargo se hacía insostenible. Todo lo que se diga en contrario carece de objetividad.

El desmesurado nerviosismo, ampuloso, catastrofista, de quienes parecen llamados a orientar la opinión pública y hasta pretenden reservarse su exclusiva representatividad, contrasta con la serena y firme reacción de la ciudadanía (población la llaman ahora), que acudió en masa a testimoniar su adhesión al arribo del Jefe del Estado, reafirmando una vez más la orgullosa altivez del pueblo chileno.

Se puede excusar el mal genio de una revista a la cual el cambio ministerial toca muy a lo íntimo. En fin, ya se les pasará.

Lo que no tiene suficiente explicación es el resto de la alaraca que se ha hecho, flor de un día por lo demás. Su ruido inútil, vano, y por cierto inten-

cionado, nos está advirtiéndole la existencia de un bloque abundante en opiniones, pero escaso en población —cuya veleidosa adhesión al régimen deslinda exactamente con el tamaño de sus intereses, ni un milímetro más, ni un centavo menos, y que por eso, está pronta a mostrar su ánimo de fronda apenas se la toca, o, peor que eso apenas se cree sin fundamento tocada. Si un incidente infortunado, que habría que atribuir en parte al descuido o el exceso de confianza, en parte a la simple mala pata, trajo esta chilla, habría que preguntarse entonces ¿qué otros trucos y ases se trae ese bloque entre las mangas? ¿Qué otros striptease se aprontará a estrenar?

Diríase que, con la precipitación y el susto, se les cayó un abanico y “se les vio todo”. Mucho ojímetro, pues. ¡Hay que ponerse cachudo!

En cuanto a las menciones que se me han hecho, las doy por gratuitas. No hablo por boca ni cuenta ajena. Ni reconozco facción ni admito dueño. Lo que se está construyendo en nuestra Patria está muy por encima de todo eso. Me limito a llamar cara a cara las cosas por su nombre, y a poner cosas y personas en su debido lugar.

10.4.80

LAS AVENTURAS DE GORDON TULLOCK

El Centro de Estudios Públicos, instituto de reciente creación, en cuyo directorio figuran algunos de los más destacados próceres del día, pasó a fines del año pasado un “platillo” tamaño oficio, entre los empresarios privados, prometiéndoles a cambio un vasto programa académico de muy alto nivel. Como la sugestión venía respaldada por avales insospechados, de esos que nadie toma a bromas, la contribución de los empresarios fue generosa. Raro fue el que no se cuadró.

En retribución les fue servido como plato fuerte, de introducción a las actividades de dicho instituto, un simposio de cuatro sesiones a cargo del conferencista norteamericano Mr. Gordon Tullock, Doctor en Derecho y Profesor de Economía, cuyo tema versó sobre la “Teoría de las Decisiones Públicas”.

Grande fue la sorpresa de muchos de los asistentes a ese seminario cuando escucharon las tesis del charlista. Según se comenta, a numerosos empresarios católicos casi se les cayó el pelo y no faltaron los que confesaron privadamente que, de haber sabido en qué consistía el pastel, no habrían dado una chaucha.

Y no es para menos.

El profesor Tullock nos ha traído una novedad muy vieja. Tan vieja que su ropaje argumental apenas disimula la ancianidad de la herejía que le sirve de

fuelle y contra la cual han alzado su voz múltiples padres de la Iglesia y sucesiones de encíclicas.

Mr. Tullock cree haber descubierto que el bien común no existe. La conducta social, la conducta pública, la conducta política de los hombres responde a las mismas leyes, las mismas motivaciones y los mismos intereses que lo guían cuando entra a un almacén. En suma, nos conducimos en nuestras relaciones de familia, frente a nuestros hijos o nuestros padres, frente a la patria, frente a nuestros deberes ciudadanos, de igual modo como nos conducimos en un supermercado cuando se trata de comprar un televisor o elegir una marca de café instantáneo. Salvo excepciones teratológicas, como la de Cristo o la de Francisco de Asís, para Mr. Tullock, en todas esas dispares situaciones, "la mayoría de los hombres actúan la mayor parte del tiempo en función de sus propios (privados) intereses".

Sería temerario suponer que el charlista no es sincero en su tesis y que al venir a Chile no lo hizo respondiendo a esas convicciones. Gorda ha de ser la remuneración que lo indujo a venir y más gorda aún la ganancia que le reditaban esas teorías; puesto que si por exponer otra diferente y hasta opuesta le pagaran más —para ser consecuente consigo mismo— tendría que variarla en términos sustantivos.

Conmueve el júbilo y la adhesión con que estos predicamentos tan heterodoxos han sido acogidos por ciertos sectores de la prensa chilena y por los directores del Centro de Estudios Políticos, el que en realidad debiera llamarse con más justeza "Centro de Estudio de los Intereses Privados".

La luz es siempre útil, venga de donde venga. Gracias a esta visita de Mr. Tullock, que debe haber costado un ojo de la cara, nos enteramos que los medios de prensa que lo acompañan con su irrestricta adhesión, no escriben sus editoriales ni comentan las noticias en un afán generoso de orientar a la ciudadanía o servir los intereses nacionales. ¡No! Lo hacen exclusivamente para servir sus propios intereses mercantiles. Del mismo modo, los empresarios que financiaron su arribo y comulgan con él, no se guían por el bien público, el bien común. ¡No! lo hacen motivados por su propio beneficio, sean en sus relaciones laborales (¡ojo, trabajadores!), sea en la bastante más delicada relación con sus consumidores y usuarios. Y, a mayor abundamiento —¡mucho más ojo aún, ciudadanos!— los personeros civiles de ese instituto que sirven altos cargos fiscales (y que comparten las ideas de Mr. Tullock), no tienen como mira en sus decisiones el bien del país o el bien común, salvo en aquellos contados casos en que el bien del país y de su pueblo se allana a concordar con sus propios, personalísimos apetitos.

Esta es la única conclusión que parece aceptable, puesto que de otro modo habría que atribuir a directores de diarios, editorialistas, empresarios y funcionarios de Gobierno el carácter de teratos a la manera de San Francisco. Ya se sabe, a confesión de partes...

¿Será esto lo que llaman “privatización” y “subsidiariedad”?

Quiero creer que la venida en gloria y majestad del señor Tullock fue una patinada involuntaria de sus auspiciadores. Son cosas que suceden hasta en el Festival de la Canción. Quiero suponerlo, porque me resulta intragable la idea de que ese instituto pretenda seriamente convencer al país que todo lo que se ha hecho en Chile en estos últimos siete años (bombardeo de La Moneda inclusive) responde a móviles de interés personal.

Sospecho que Mr. Tullock nació y vive en una región sin montañas. En el tedio de la llanura. De otro modo, su experiencia juvenil le habría demostrado que la gente suda y se arriesga muchas veces sólo por la satisfacción íntima de vencer un obstáculo y llegar a la cumbre, aunque nadie lo sepa, nadie lo vea ni le pague. En el mundo de Mr. Tullock no sólo no hay santos; no hay tampoco ni alpinistas ni toreros, no hay nadie dispuesto a morir de hambre con tal de escribir un verso, pintar un cuadro o descubrir un remedio contra el cáncer. No hay exploradores ni aventureros. Debe ser un mundo muy latoso. Mr. Gordon Tullock no ha leído a Mr. Gordon Pyn.

Y eso es triste.

¿Sería mucho pedirle al Centro de Estudios Públicos que la próxima vez nos traiga un terato?

2.3.81

EL SOFA DE DON OTTO

Cuentan de un manco que, por razones de simetría, se cortó el brazo que le sobraba.

Hay gente así. Los ideólogos, por ejemplo. Enceguecidos en la adoración idólatra de sus propias teorías, bajo la incitación del dogmatismo, suelen perpetrar semejantes amputaciones.

Es su vicio más funesto.

Sirva o no sirva, valga o no valga, para los ideólogos todo tiene que ser cortado por la misma tijera. Lo que no encaja en la ideología se incinera sobre su altar. Si hay que estatizar, se estatiza hasta el gato. Si hay que privatizar, se privatiza hasta la bandera. No hay lugar para el matiz, ni para el pragmatismo. El criterio técnico objetivo se ve sobrepasado.

Cuentan también que don Otto, cuando supo que su mujer lo engañaba, vendió el sofá.

Hay ideólogos que se comportan de ese modo. Los ideólogos elitistas, por ejemplo. Siempre recelosos de cuanto huelga a participación masiva, suelen recurrir a similares enajenaciones. Todo aquello que no se puede controlar tiene

que ser desmantelado. Ilusamente creen que manteniendo a la ciudadanía desorganizada podrán prevenir su infidelidad. Y claro, la ciudadanía hará siempre con ellos lo que la mujer con don Otto.

Se está viendo en los Colegios Profesionales.

En aras de la libre economía, algunos Savonarolas vienen de someter los Colegios Profesionales a la hoguera; operación tan gratuita como inoportuna, e "implementada" visiblemente con los pies. Basta leer los pujos de argumentación de quienes la propiciaron para apreciar su frágil asidero y su desmesura.

Cuando se mira bien, toda esta escombrera en torno a los Colegios se reduce a un punto: el carácter obligatorio de la colegiatura que es incompatible con la letra de la Constitución. Entonces, bastaba haber puesto término a la colegiatura obligatoria. Eso era todo.

Ni el registro único y público, ni los tribunales de ética, ni siquiera los aranceles son seriamente cuestionables. Con o sin colegios tendrán que subsistir. Borrarlos sería dejar a la ciudadanía indefensa frente a los desmanes de un profesional inescrupuloso o de un sinvergüenza que se hace pasar por profesional. Y no me vengan con eso de que la ética puede ser amparada por la justicia ordinaria. Hasta el más lerdo entiende que hay mil maneras cómo un profesional sin escrúpulos puede faltar a la ética, con grave perjuicio de sus clientes, sin por ello configurar delito.

¿Cómo explicar entonces este súbito furor contra los colegios de parte de quienes, hasta ayer, debieran estarles muy, pero muy agradecidos? Sólo se entiende aplicando la lógica del manco del cuento, o la de don Otto. Mejor ambas juntas.

Ciega obstinación en la simetría dogmática. Terror congénito a las agrupaciones cívicas y asociaciones gremiales, a las que se quiere borrar del mapa, para que el partidismo mañana pueda dominar la cancha a su amañó.

Hace días me preguntaba yo si estos ideólogos elitistas no se dan cuenta que la ciudadanía, tarde o temprano, les cobrará los moretones y patadas en las canillas que tan gratuitamente le propinan.

La votación en los Colegios Profesionales me está dando la razón. Sería ridículo atribuir esa votación a "maniobras ocultas de la oposición al régimen". Lo que está demostrando esa votación es que la conciencia y el espíritu de cuerpo gremial, aunque apabullado por una ofensiva disociadora que ya se dilata mucho, no están muertos ni van a morir tan fácil. Es más, estos garrotazos de la facción elitista los harán reverdecer y despertar. Porque ya está claro que la supervivencia del auténtico gremialismo (no del postizo) dependerá de su fortaleza, de su capacidad para sanearse de antiguos vicios, malos hábitos y cómodas molicies, y de su voluntad para disputar a las élites ideológicas un lugar bajo el sol y una participación activa y responsable en el diseño del porvenir, que éstas pretenden administrar a su antojo.

Cada vez es más claro que hará falta un poder social germinado desde los

gremios, desde los municipios y desde las regiones, que equilibre y contenga la soberbia del ideologismo elitista y la insolencia de la fronda, si queremos que lo obrado en bien de Chile hasta hoy se consolide y no se tuerza.

Y ya que estamos en esto, un comentario final. En el manifiesto que algunos profesionales muy conocidos firmaron para justificar y aplaudir la defunción de sus Colegios, brilla por su ausencia el nombre de un connotado analista, exégeta habitual de las élites. No hay que extrañarse de ello. Bien sabido es que, cuando se trata de embarcar, siempre prefiere quedarse en la playa.

14.4.81

A PRE-DEMOCRACIA PRELADA

Nunca había visto yo en tanta concordancia política al señor Cardenal y a algunos de sus más perseverantes detractores, como en la última quincena. Se me dirá que exagero, puesto que los ataques también han menudeado como nunca por ambos bandos; pero, cuando la cosa se examina con cuidado se ve que las diferencias político-doctrinales son más bien mínimas.

En efecto, tanto el señor Cardenal como ese grupo de afamados detractores, al hacer su apreciación política, concuerdan en calificar al gobierno como “pre-democrático”. Es más, ambos coinciden en estimar el período anterior al 11 de marzo en términos que los unos definirían como “pre-pre-democrático”, mientras el señor Cardenal, desde un comienzo, no vaciló en estimarlo “pre-pre-predemocrático”. La diferencia se ve, es de matiz y de oportunidad. Lo que no cabe duda es que tanto el señor Cardenal como esos tenaces detractores suyos concurren a un mismo propósito: Por así decirlo, están empeñados en dejar al gobierno “a pre-democracia prelada”.

¿Será este el anuncio de cierta próxima concordia y, acaso, hasta de cierta solidaridad entre bandos tan opuestos?

Si mal no recuerdo, fue don Jaime Guzmán, en una entrevista de prensa, el primero en apresurarse a calificar la fase actual política como de “gobierno militar pre-democrático”, así como el primero en definir la fase anterior como “gobierno militar de facto”.

No entiendo entonces la ira con que estos detractores del señor Cardenal se han referido a sus últimas declaraciones. Todos sabemos que el señor Cardenal sufre de facilidad de palabra. Estamos ya acostumbrados a sus frecuentes incursiones en el plano de lo contingente y todos suponíamos que no se iba a privar de esa satisfacción en vísperas de Semana Santa que, mal que mal, lo obliga al ayuno y a la abstinencia.

¿Cuál es el motivo entonces de esta reacción casi desmesurada? ¿Estiman

esos detractores tener un derecho de marca registrada sobre las tesis de la “pre-democracia” y “el gobierno militar de facto”?

Para ser ortodoxos en su liberalismo debieran dejar también la semántica entregada a la libre competencia. Al fin y al cabo, por razones muy opuestas, convergen ambos hacia un mismo juicio.

Pero, si bien se mira, mientras en el plano político contingente las distancias entre ambos bandos se acortan, en el plano económico se alargan. Es allí donde entre el señor Cardenal y sus detractores ya citados se abre un insalvable abismo. Lo que provoca las iras es que el señor Cardenal incursione en la ciencia infusa de la economía, territorio privado y exclusivo de esos detractores, donde nadie más puede sentar cátedra. Por cierto, el que el señor Cardenal les hable de economía a los dueños de ese territorio, viene a ser como mentar el ojo de la aguja en casa del camello. Es algo que francamente los joroba.

Por todo lo dicho, creo que las declaraciones del señor Cardenal, tan debatidas y vapuleadas, han tenido, pese a su natural propósito, un efecto benéfico sobre el ambiente. Alumbran con una nueva luz las diversas actitudes e intenciones de algunos grupos y a más de alguien lo han obligado a retroceder sobre ciertas tesis que ya estaba acariciando.

En cuanto al resto de su contenido, ya un matutino abundó hasta el exceso en otorgarle calificación, por lo que no vale la pena volver sobre ello.

Por cierto, y al margen de la contienda entre agujas y camellos, que confiamos continuará para edificación ciudadana, el juicio que a los contrincantes merezca la actual fase del gobierno carece de significación. Ni afecta su solidez, ni entorpecerá su evolución, en tanto las mayorías silenciosas no compartan y esto por la simplísima razón de que las mayorías silenciosas carecen de jorobas.

28.4.81

CUANTOSPARESSONTRESLARVAS

Los últimos días han dado sobrado motivo para que mucha gente se sienta estupefacta al tenor de algunas actitudes. ¿Qué significan esos editoriales que despotrican contra un presunto “partido único”? ¿A qué se debe ese insólito ataque al nacionalismo, que el régimen hizo suyo en su Declaración de Principios (páginas 23, 36 y 37) y en su Objetivo Nacional (página 47), y que ahora determinados analistas tienen la patudez de difamar? ¿Por qué esa tan documentada evocación de la caída del Presidente Ibáñez en que ciertos diarios ominosamente se refocilan, con tono que suena de advertencia? ¿Qué hay

de ciertas reuniones en calle Compañía, con asistencia de conspicuos personeros de partidos y que prohombres del año a quienes debiera suponerse sin filiación en virtud de su cargo?

Las preguntas son importantes. Justifican ciertas precisiones.

El 11 de septiembre, a raíz de la Liberación Nacional, se hizo obvio que el régimen de las FF.AA. requería nuevos canales de participación ciudadana, capaces de movilizar en su apoyo a las mayorías silenciosas y de dar sólida sustentación a sus metas. La Declaración de Principios así lo expresa al señalar que **“las FF.AA. no pueden desentenderse de su sucesión gubernamental, observando su desenlace como simples espectadores”** y, en consecuencia, entre sus misiones está **“el inspirar un nuevo y gran movimiento cívico-militar”** (Pág. 29).

La creación de la Dirección de Organizaciones Civiles respondió a este generoso objetivo. Esta y no otra era su tarea.

Es más, con idéntica mira se gestó en “La Leonera” el MUN, Movimiento de Unidad Nacional, en cuya inicial directiva militaron, entre otros: Rubén Díaz Neira, Gisela Silva, Eduardo Boetsch, Jaime Guzmán, Renato Carmona, Amneris Alvarez, Jorge Arturo Prat, etc. Hay actas y hay memorándums debatidos en la oficina de Jorge Fontaine A., en el edificio Tajamar, donde se establece pormenorizadamente la estructura, carácter y finalidad de dicho movimiento, en perfecta concordancia con el espíritu de la Declaración de Principios y los objetivos del régimen.

Puede alguien explicar: ¿Cómo es posible que los mismos coautores de dichos documentos, en buena parte inspiradores de la idea, confundan hoy esa iniciativa con un “partido único”, con el “fascismo” o la “demagogia”, y le den mil torcidas interpretaciones? ¿Puede alguien explicar que esos coautores rompan vestiduras y se arrojen ceniza en la cabeza cuando, cinco años después, alguien revive el proyecto que tanto acariciaron?

Yo puedo explicarlo. Y si hace falta, lo haré.

Tras la primera reunión multigremial en “La Leonera”, cálida y ancha, vibrante de unidad, vinieron los tropiezos, los conciliábulos, las discriminaciones y los sectarismos. Vino el pavor a todo contacto con la base social. Surgió la tesis oligárquica, elitista, de que el pueblo no estaba maduro, de que las mayorías silenciosas no estaban preparadas para participar y de que, en consecuencia, bastaba organizar una minoría civil “selecta”, una élite escogida, que controlara los medios de comunicación y los municipios, para dar sustentación al régimen y prolongarlo.

Quienes en esa primera directiva del MUN no compartían tal idea excluyente y sectaria, fueron suficientemente cándidos para dejarse envolver, suficientemente generosos para no contradecir y no quebrar la unidad. Así fue como el MUN abortó. Así fue como se le dio sepultura.

Desde entonces, el respaldo multitudinario que el régimen buscaba, la uni-

dad civil en su torno que las mayorías nacionales anhelaban, ha sido menospreciada, ha sido maneada, maniatada con trabas, bozales y jáquimas por quienes aspiran a jinetearlo, bloqueándose toda tentativa de comunicación o participación cívica mayoritaria. Se prefirió el brujuleo palaciego, el muñequismo de tertulia y se tendió en torno al régimen un vacío, un foso, un muro aislador, que sólo la recia estampa del Jefe del Estado ha sido capaz de sobrevolar.

Por supuesto, si hay algo que a la fronda aterra, si hay algo capaz de provocar su histerismo y sus ataques de hidrofobia, es la posibilidad de que se abra una ventana de aire limpio y de comunicación con el alma nacional en la viciosa atmósfera de encerrona y contubernio que tan grata es a sus frágiles pulmones y que tanto se empeñan en crear.

Paradojalmente, los que braman contra un supuesto "partido único" son, precisamente, los miembros del único partido que la civilidad conoce, el partido de los pegados como niguas a la teta de la "subsidiariedad", civiles que en 1973 no tenían dónde caerse muertos y que hoy cuentan los millones de dólares por decenas y centenas.

Pero el destino del régimen está íntimamente ligado a la voluntad de las mayorías nacionales. Depende por excelencia de una perfecta y permanente integración entre las FF.AA. y el pueblo de Chile. Ningún muro, ningún foso, ningún "partido único" de pretendida tutoría civil será capaz de separarlos.

Cuando he hablado de crear un nuevo tejido social, no me he referido jamás a un "partido único", idea repugnante y contradictoria. Menos aún a un partido tan repugnante como el descrito. Me he referido al imprescindible fortalecimiento de las sociedades intermedias, sindicatos, gremios, organizaciones estudiantiles y profesionales, juntas de vecinos y pobladores, que esa misma oligarquía elitista se ha empeñado en destruir, minimizar o castrar, movida por su pavor excluyente, y que han de ser revitalizadas en un espíritu nacionalista de servicio a la comunidad y a la grandeza de la patria.

Me pregunto si alguien podrá impedir que, con absoluto desinterés, entregue a ese propósito la totalidad de mi energía.

4.8.81

I N D I C E

PROLOGO	5
I. TRADICION PORTALIANA	
Tradición y destino	12
La perversión de los instintos	14
Dos caras para Chile	17
Acerca de perturbaciones e influencias	19
El cristal con que se mira	21
El metro como medida	23
El poder del ejemplo	25
1891 - 1973: el vacío en el alma	27
II. GENESIS DEL PODER	
Rol de los partidos políticos	30
Vida interna de los partidos políticos	33
Razón de existencia de los partidos políticos	35
Vías de participación	37
Naturaleza de las sociedades intermedias	39
Rol de las sociedades intermedias	42
Algunas conclusiones	44
Los intermediarios de la soberanía	46
Chile como tarea	49
El fin de una jornada	51
La sombra de una duda	53

III. ROL DEL ESTADO	
Nacionalismo, socialismo y libre empresa	55
En subsidio de la subsidiariedad.	57
Firme y claro	59
Eficiencia e ineficiencia	61
CODELCO no será privatizado.	63
Travesuras	65
IV. TRABAJO Y PREVISION	
Primero de mayo.	67
La chuña previsional	70
El sentido de la simetría	71
V. TERRORISMO ECONOMICO	
El talón de Aquiles	74
¡Se están pasando!	76
Chiquititas, pero cumplidoras	79
Conformismo apolillado	81
Concurso de preguntas CRAV-CRAVAL	83
Del lobo ¿sólo un pelo?	85
Ni tanto, ni tan poco	88
VI. LA AGRESION EXTERIOR	
En septiembre.	91
Un burrito llamado paciencia.	93
El mundo nos está mirando	95
Popa al norte	97
Requiem cubano	99
¡Ojo a la viga, Jimmy!	101
Ciega, pero dura de roer	103
El caso Belmonte.	105
Evocando a Carreño en Irán.	108
Good by Jimmy	111
52 rehenes	112
Empolvados y berlines	114
VII. EN RESPUESTA A LA OPOSICION	
La democracia en el pico del pavo.	116
La tentación totalitaria.	118
Caperucita siempre tira al bosque	121
Las clases ilustradas	122
Jugando a la alternativa	124

Alternativa de lentejas	127
Ayer y hoy.	129
VIII. CLERICALISMO	
Carta a un joven católico.	131
Nada más que silencio	133
Zapatero a tus zapatos	135
Con pesar pero duramente.	137
Callos al aeropuerto.	139
IX. OTRA VEZ LA FRONDA	
Masas, élite y otras yerbas.	141
Recogiendo cañuela.	143
Pruebas al canto	146
Un vuelco de campana	148
La conjura inmovilista	149
La imagen en el e s p e j o	151
El pueblo chileno: verde, maduro o pasmado	154
Striptease a plena orquesta	156
Las aventuras de Gordon Tullock	158
El sofá de don Otto	160
A pre-democracia prelada	162
Cuántos pares son tres larvas	163

IMPRESOS VICUÑA

K U K L O X . X Y Z

“El marxismo revolucionario no es producto de un desarrollo insuficiente, sino de las contradicciones que el desarrollo trae consigo, sobre todo cuando se cuida más de dar televisores y botellas de whisky que de dar conciencia cívica y moral”, advierte el autor, poniendo en el tapete la polémica relación entre política y economía, actualizada por las elecciones en Francia.

Hijo de un alto oficial de Ejército, la existencia de GASTON ACUÑA MACLEAN (55) ha estado orientada por el sobrio estilo castrense y sus actuaciones políticas inspiradas en los mismos principios nacionalistas de las Fuerzas Armadas. Católico, pertenece a la generación de post guerra, la que giró en torno al legado de los movimientos nacionalistas europeos. Hizo sus primeras armas como dirigente universitario y, muy joven, asumió la Dirección de Informaciones de Gobierno en la Administración del General Ibáñez, cargo que volvió a ocupar durante los años 1973-1976.

Su innata vocación social unió a Gastón Acuña al quehacer político de Jorge Prat, con quien trabajó en el estudio a fondo del régimen previsional chileno. En 1963 fue Secretario Nacional de la campaña presidencial de Prat, cuyas difíciles circunstancias —que exigieron de éste la hidalga renuncia a la candidatura— probarían, una vez más, la influencia decisiva y la indudable responsabilidad de los partidos políticos en la dolorosa prueba histórica que aguardaba al país.

Gastón Acuña reúne aquí una selección de sus artículos semanales en el diario “La Tercera de La hora”, enfoques que transparentan a su autor y que se distinguen por su sinceridad, su lenguaje claro, agudo, audaz en el chilenismo, flexible ante las múltiples exigencias del acontecer, a veces tonante, a veces burlón, pero nunca frívolo ni destructivo.

Acuña exalta el valor de la libertad, al mismo tiempo que deposita su básica confianza en el discernimiento del pueblo y en la rectitud del proceso político que conducen las Fuerzas Armadas.

Estas páginas contienen también su denuncia, constante y recia, de los excesos de la oposición, los desbordes clericales, el mal comportamiento de algunos empresarios, las pretensiones elitistas de la nueva fronda política y la arrogancia de ciertos medios de comunicación que pretenden monopolizar la representación del país. *Firme y Claro* es la expresión de una conciencia vigilante.



Ediciones

EL ESTANQUERO

Santiago Chile

K U K L O X . X Y Z